

MIGUEL ALBANDOZ



**TENGO GANAS
DE MORIRME
PARA VER QUÉ
CARA PONGO**



Lectulandia

Conozcan a Facundo Palomero la tarde en que la fortuna le sonríe con una quiniela de catorce aciertos, lo que despertará una rabia desmedida en su vecina, doña Justa. Compartan las tribulaciones de Vicente Valladar, cuya vida pende de un hilo si no consigue saldar la deuda que tiene con una familia de malhechores; para lo cual le vendría de perlas el dinero de la quiniela de Facundo.

Asistan a una reunión de la junta directiva de Apochical y descubran qué es un esponjo, una p lgara o una biela rusa.

Bailen al son de una orquesta capaz de lograr que cualquier melodía suene como el Porompompero.

Divi rtanse con las peripecias de la gran estrella del asesinato profesional, las alucinaciones de un carbonero reconvertido en exterminador y los despropósitos de un camarero cojo la mar de desagradable.

Una divertidísima novela sobre esa curiosa costumbre que tiene el destino de dar pan a quien no tiene dientes; sobre lo que uno es capaz de hacer cuando ve que lo que le hace falta le cae en suerte a alguien que no lo necesita ni lo valora. Sobre las cosas tan distintas que unos y otros consideramos como las más importantes en la vida. Y sobre la cara que a cada cual se le quedará cuando haga el balance final de su periplo por este mundo.

Lectulandia

Miguel Albandoz Esquide

**Tengo ganas de morirme para ver qué
cara pongo**

ePub r1.0
Titivillus 10.07.2017

Título original: *Tengo ganas de morirme para ver qué cara pongo*
Miguel Albandoz Esquide, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Isabel, a mis padres y al “E.J.M.”

GOL EN EL “SALTO DEL CABALLO”

La noche del domingo caía con languidez sobre el pequeño pueblo burgalés de Quintana Salceda. Y en el diminuto barrio de Arroyoscuro, el más apartado del casco urbano, la noche, más que caer, se filtraba con verdadera parsimonia. El plácido silencio solo lo perturbaba el rumor de la corriente del raquíptico arroyo. Y en los viejos árboles, el crujido de las frágiles hojas agitadas por una ligera brisa.

Tan apacible estampa de serenidad fue de pronto destrozada por un alarido que surgió de la cuarta y última casa del barrio:

—¡Me cago en la madre que parió a Ibargoitia!

Felipe Ibargoitia, fornido y correoso delantero centro del Deportivo Alavés, llevaba un buen rato preguntándose si no estaría más contento recauchutando neumáticos en el taller de su padre que recibiendo leña de los defensores rivales en el “Salto del Caballo”, el estadio del Toledo. Su equipo perdía por un gol a cero desde el minuto doce de la primera parte y no había sido capaz de crear una sola oportunidad para empatar en todo el partido.

A Felipe le habría dado lo mismo que el encuentro, en lugar de con un balón de reglamento, se hubiera disputado con una llanta de tractor porque, entre los severos marcajes de los zagueros manchegos y el pésimo juego de sus propios compañeros, no había tocado la pelota en toda la tarde.

Faltaban tres minutos para el final cuando Ibargoitia decidió que si seguía en el campo corría peligro de sufrir una crisis existencial, de perder para siempre su interés por la práctica del balompié y de que le partieran una tibia. Así que puso cara de sufrimiento, como si se le acabara de atravesar el banderín de córner en un pliegue del intestino grueso, y se acercó cansinamente a la banda para pedir el cambio.

En su camino le salió al paso un avieso abejorro del tamaño de un aguacate, que zumbaba con la potencia del motor de un fuera borda. Al toparse con aquel fenómeno de la naturaleza a un palmo de sus narices, Felipe dio media vuelta y puso pies en polvorosa mientras sacudía las manos alrededor de su cabeza con auténtico frenesí.

El central del Toledo que, en aquel momento, controlaba el esférico, vio que aquel chalado se le venía encima como una locomotora y optó por salvaguardar su integridad física y hacerse a un lado. Ibargotia pasó junto a él a toda velocidad y, por pura chiripa, arreó un chupinazo al balón que lo hizo entrar como un obús en la portería del Toledo. Y si llega a ser una llanta de tractor, no les quepa duda de que también la habría mandado al fondo de las mallas.

El fútbol es así. Los escasos seguidores alaveses, que llevaban casi dos horas sin decir ni mu, estallaron en júbilo. Los jugadores del Toledo no salían de su asombro mientras sus rivales perseguían alborozados a Felipe Ibarbeitia quien continuaba corriendo por la banda como alma que lleva el diablo.

Y a muchos kilómetros de distancia, en el pequeño pueblo castellano de Quintana Salceda, alguien se acordaba de la madre del goleador pese a que no tenía el gusto de conocerla.

FACUNDO

La placidez con que transcurrió la tarde del domingo en el remanso de paz que era Arroyoscuro contrastaba con el tremendo vaivén de emociones que vivió Facundo Palomero en el interior de la cuarta casa del barrio.

Tras largos años de quinielista cenizo, la fortuna parecía dispuesta a sonreírle. Los resultados futbolísticos de la jornada, que le hicieron pasar la tarde de sobresalto en sobresalto, comenzaron de pronto a mostrar una sorprendente tendencia a coincidir con los pronósticos de su quiniela.

Cuando el sol empezaba a ocultarse, Facundo experimentó una sensación desconocida: tenía catorce aciertos. Solo quedaba por concluir el encuentro del pleno al quince, en el que había pronosticado una victoria local y que, a falta de tres minutos, reflejaba un resultado de un gol a cero favorable al equipo de casa, el Toledo.

Tenía el pleno al alcance de la mano y ya empezaba a imaginarse cómo iba a cambiar su vida. Cuando ya se veía dueño de un chalet, un palacete y una mansión en la costa, Felipe Ibargoitia lo redujo todo a escombros con un afortunado pepinazo.

Pero no vayan a creer que a Palomero le duró mucho el disgusto. Profirió una sonora ristra de juramentos hasta que el Toledo-Alavés llegó a su fin. En ese momento tomó conciencia de que había acertado los restantes catorce resultados y compuso una sonrisa de oreja a oreja con la misma boca que acababa de utilizar para estercolarse en toda la estirpe de los Ibargoitia.

Tal vez les sorprendan tan repentinos cambios de humor pero háganse cargo de que Facundo, solterón empedernido de cincuenta y seis años, hacía dos que se había quedado sin trabajo a causa del cierre de la fábrica de electrodomésticos “Menenghem”, empresa alemana en la que trabajó desde que era un chaval y que le dejó en la calle previa entrega de una maravilla de nevera y una birria de indemnización.

El préstamo que había pedido para comprar la casa en que vivía se llevaba casi completa su paga de prejubilación. Así que, para sobrevivir, Palomero sacaba provecho de su pequeño huerto y elaboraba mermeladas que vendía en el mercadillo de Villagallarda.

De manera que, en semejantes circunstancias, aunque Felipe Ibargoitia le hubiera estropeado el pleno, una quiniela de catorce podía arreglarle la vida definitivamente.

Por si les queda alguna duda sobre su estado de ánimo, les diré que, cuando el reloj de la iglesia de San Pablo quebraba el pacífico anochecer de Quintana Salceda con nueve golpes de campana, el señor Palomero se marcaba un pasodoble por la

cocina de su casa agarrado a una escoba.

El premio fue mayor de lo que él mismo esperaba y lo primero que hizo en cuanto lo cobró fue quitarse de encima la hipoteca de la casa. Cumplido el deber, le llegó el turno al placer. Durante un par de semanas Facundo se entregó a una orgía de caprichos que pagaba a toca teja con tal expresión de gozo en su rostro que, si en lugar de hallarse frente a un dependiente hubiera tenido ante sus narices a un sacerdote, éste le habría enviado derecho al confesionario.

Adquirió, entre otras cosas, un televisor panorámico, un vídeo, un equipo de música, una butaca de orejas con reposapiés y respaldo reclinable, un “Ford Galaxy” con todo el equipamiento habido y por haber, una desbrozadora, una motoazada, dos trajes a medida, cinco pares de zapatos, una bañera de hidromasaje y un trombón de varas. Este instrumento al que, dicho sea de paso, Facundo era incapaz de extraerle una sola nota a no ser que lo golpease contra la pared, tuvo la virtud de poner fin al arrebató consumista.

Cuando Palomero se encontró con aquel artilugio en las manos, una batería de dudas asaltó su mente. Comenzó por preguntarse cómo diantre había que asir semejante chisme para llevarse el pitorro a la boca sin sacarse un ojo en el intento. Y terminó reflexionando sobre cuestiones de más profundo calado, como por ejemplo:

—¿A santo de qué se me ha podido ocurrir comprarme un trombón de varas?

Esta línea de pensamiento le condujo a replantearse la situación y recapacitar acerca de la verdadera utilidad del dinero, cuestión esta última sobre la que había cavilado a base de bien a lo largo de su vida pero desde una posición hartó diferente a la que ahora tenía. Finalmente decidió devolver el trombón de varas y ponerse manos a la obra para reunir a sus mejores amigos y celebrar con ellos su golpe de fortuna.

VICENTE

Vicente Valladar tenía menos años de los que aparentaba, mucha menos formación académica de lo que afirmaba, muchísima menos estatura y corpulencia de lo que deseaba y bastantes más problemas de los que era capaz de manejar.

Las cuentas de “Apochical”, la fundación de “Apoyo a las chicas de alterne” que él presidía y controlaba con mando absoluto, habían sufrido tantos apaños, trampas y remiendos de su puño y letra que apenas admitían ninguno más.

Su calvario comenzó seis meses atrás, cuando fue invitado a la inauguración del hipódromo en su calidad de presidente de “Apochical” y como miembro preponderante de la sociedad burgalesa. Desde luego, Valladar no pudo resistirse a semejante elogio. Lo malo fue que tampoco supo resistirse a la tentación de apostar en las carreras de caballos, y con pésima puntería, dicho sea de paso.

El hecho de no dar ni una y perder, por consiguiente, una modesta suma de dinero, no solo no le desanimó sino que le encorajinó de tal manera que se convirtió en uno de los visitantes más asiduos del hipódromo. ¿Acaso unos irracionales cuadrúpedos comedores de alfalfa iban a poder con él?

En menos de medio año, los veloces equinos pudieron con él, con sus ahorros y con la mayor parte de los fondos de “Apochical”. Cuanto más se empeñaba Vicente en obtener información privilegiada sobre cada carrera, cada favorito y cada ínfimo detalle que pudiera afectar al rendimiento de los caballos, más se obstinaban éstos en llegar a la meta en el orden equivocado.

Pero Valladar seguía acudiendo cada domingo al hipódromo y maquillando cada lunes las cuentas de “Apochical” para disimular las cantidades que sacaba él, en su condición de administrador, y que recibían otros caballeros, en su condición de corredores de apuestas.

Como los chanchullos en la contabilidad cada vez le daban para menos, llegó un día en el que se le terminaron los fondos a mitad de la jornada, justo tras la tercera carrera. Resignado, abandonó la tribuna y se refugió en el bar del hipódromo mientras maldecía mentalmente a toda la familia equina, desde Babioca al Caballo de Bastos. Acodado en la barra contempló con el ceño fruncido la llegada de las primeras gotas de lluvia.

—Ésta sí que es buena —comentó un sujeto esmirriado y bigotudo que se hallaba junto a él—. Como se ponga a llover se van al garete los pronósticos para la sexta.

—¿Y eso por qué? —le preguntó Vicente.

El individuo del mostacho, lejos de molestarse porque alguien se inmiscuyera en su monólogo, se mostró encantado de entablar una conversación con Valladar.

—Por un sencillo motivo —le explicó—; todos los caballos que participan en la sexta carrera se arredran cuando les toca galopar bajo la lluvia. Todos excepto uno.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye.

—¿Y cuál es ese caballo, si puede saberse?

—“Gordito Relleno”.

—“Gordito Relleno”, ¿eh? —repitió Vicente mientras desplegaba el ejemplar de esa semana de la “Guía para forrarse en el hipódromo”—. Le advierto que aquí figuran como favoritos para la sexta “Almighty Joroba” y “Canillejas Dream”, pero de “Gordito Relleno” solo dice que no ha llegado entre los ocho primeros ni en el regreso a las cuadras después de las carreras.

—Lo que hace la situación todavía más interesante —afirmó el tipo canijo con un brillo de codicia en la mirada—. Una victoria de “Gordito Relleno” sería la mejor pagada en las apuestas. Y yo le aseguro que, si cuando se dé la salida a la sexta carrera, esos caballos se encuentran en medio de la lluvia, formarán una piña y avanzarán a paso de tortuga para evitar salpicarse unos a otros. En cambio, “Gordito Relleno” galopará a toda pastilla hacia la meta como si allí le esperase la yegua de sus amores. Ese animal, que en condiciones normales recorre la pista con tan escaso vigor que su jinete llegaría antes a la meta si fuese hasta ella caminando, bajo la lluvia se convierte en un auténtico torpedo.

—Caray. ¿Y a qué puede deberse semejante metamorfosis?

—A su árbol genealógico —aseguró el bigotudo para asombro de Vicente—. “Gordito Relleno” desciende de una estirpe de caballos trucheros de Irlanda.

—¡Atiza!

—Sus antepasados —prosiguió el esmirriado— ayudaban a los pescadores irlandeses a capturar las truchas. Las perseguían y cercaban en las salvajes aguas de los ríos del condado de...

—Oiga —le interrumpió Vicente con aire suspicaz—. ¿Cómo es que está usted tan enterado de la vida y milagros de ese jamelgo y de sus ancestros?

—Porque soy un profesional de la cuestión —declaró el otro muy pomposo—. Soy técnico especializado en logística de higiene de caballerizas lo que, por cierto, me impide apostar una sola moneda en cualquier hipódromo.

Vicente puso cara de incrédulo.

—Pero digo yo —le comentó—, que si usted no le cuenta al corredor de apuestas a qué se dedica, podrá jugarse todo el dinero que le venga en gana.

—¿Por quién me toma, caballero? —replicó indignado el del bigote—. Que uno sea un mero quitaboñigas no significa que carezca de principios y deontología profesional.

—No se ofenda, hombre —trató de quitar hierro Valladar—, que yo lo sugería por su propio bien.

—No me ofendo, no me ofendo. ¿Se ha fijado? Cada vez llueve con más fuerza.

Así era. Vicente se volvió para contemplar los ventanales y comprobó que la lluvia arreciaba y el cielo tenía el aspecto de un grumoso puré de plomo. Un paisaje que abatiría el ánimo del más pintado pero que, sin embargo, dibujó en el rostro de Valladar una fulgurante sonrisa. Aquel prometedor chubasco representaba su oportunidad para recuperarse de todas sus pérdidas.

El gesto de gozo en su cara duró apenas un instante. Lo que tardó en recordar que se había quedado sin dinero para hacer la menor apuesta. Sacó su cartera del bolsillo y la revisó por si se hubiera producido en ella algún milagro. Como no era tal el caso, la volvió a guardar y dejó escapar un quejido lastimero.

—¿Le ocurre algo, joven? —preguntó una voz varonil a su espalda.

Vicente se giró dispuesto a compartir sus cuitas con el individuo canijo pero, para su sorpresa, éste había desaparecido y su lugar lo ocupaba un sujeto más alto, fornido, calvo y maduro que el del bigote, pero con unas facciones muy similares a las de aquél.

—Perdón, ¿me decía usted algo? —acertó a decir Vicente bastante desconcertado.

—Así es —confirmó el otro—. Me interesaba por su salud, ya que me ha parecido oírle gemir.

—Agradezco su interés, pero le aseguro que estoy más sano que una manzana —proclamó Vicente.

—Nadie lo diría, a juzgar por el semblante tan fúnebre que luce, pollo.

—Si tengo mala cara no es debido a cuestiones de salud sino a un repentino problema de disponibilidad financiera.

—Ah, caramba —exclamó el calvo—, entonces está usted de suerte.

—¿De suerte? Temo que no me ha entendido. Mi aflicción está motivada por una momentánea carencia de liquidez.

—Le he comprendido a la primera, señor mío. Y le repito que está usted de suerte, porque el destino ha querido que haya ido a dar con la persona más indicada para socorrerle en este trance.

—¿De quién se trata?

—De un servidor, naturalmente. Ricardo Cembollín —anunció al tiempo que le tendía su mano derecha—, solucionador profesional.

—Solu ¿qué? —preguntó Vicente tras el apretón de manos.

—Solucionador. ¿No ha oído usted hablar de los solucionadores?

—Pues no.

—¿Y de los prestamistas?

—Sí, de éstos sí.

—Pues es lo mismo. Usted tiene un problema de falta de peculio...

—Momentánea —le interrumpió Vicente.

—Momentánea —admitió Cembollín—, pero sumamente inoportuna, me atrevo a suponer.

—Se atreve usted bien.

—Entonces, no pene usted más, muchacho, porque los hados le sonrían. Yo puedo prestarle inmediatamente la cantidad que precise, siempre y cuando usted se comprometa a devolverme, en un plazo razonable, dicha cantidad más un interés meramente simbólico.

—¿De qué plazo estaríamos hablando? —quiso saber Vicente, claramente interesado en la propuesta.

—Dos semanas —respondió Cembollín— o, por así decirlo, catorce días. ¿Le parece un plazo corto?

—No, no. A decir verdad, estoy convencido de que me sobrarían trece días para devolverle el préstamo.

En un abrir y cerrar de ojos Cembollín plantó ante las narices de Vicente unas hojas de papel dobladas y un bolígrafo.

—Rellene usted mismo sus datos —le sugirió—, así como la cantidad que considere oportuna, en las casillas correspondientes.

—¿Qué me dice del interés?

—Bah. Una minucia. Es tan insignificante que ni siquiera merece la pena mencionarlo.

—Menciónelo, ande, menciónelo —le pidió Vicente—, que me pica la curiosidad.

—El cincuenta por ciento.

—¡Sopla!

El primer impulso de Valladar fue decirle a aquel ciudadano que se buscara otro incauto al que socorrer pero, en ese momento, se anunció por la megafonía el inicio de la quinta carrera. No había tiempo que perder. Si quería aprovechar el soplo para la sexta y apostar un buen pico por “Gordito Relleno”, debía aceptar el préstamo de Cembollín sin la menor vacilación. Hizo un cálculo aproximado de lo que llevaba perdido en el hipódromo, le sumó una cantidad para cubrir la ganancia del solucionador y otra mayor para la suya propia, y se puso a rellenar los papeles a toda velocidad.

Acto seguido, devolvió los documentos a Cembollín quien, tras repasarlos con gesto de aprobación, los dobló, se los guardó e hizo aparecer un enorme fajo de billetes sujetos por una simple gomilla. Separó la cantidad que Valladar había solicitado y se la entregó.

En cuanto sintió en sus dedos el delicado tacto del papel moneda, Vicente salió disparado hacia la zona de apuestas con una agilidad y una potencia que habrían hecho sonrojarse a cualquiera de los pencos por los que se había jugado el dinero en los últimos meses.

Cuando la sexta carrera estaba a punto de comenzar, Vicente ocupaba un asiento en la tribuna y aferraba su boleto de apuestas. Un boleto que obtuvo a pesar de la reticencia del corredor que le atendió, quien echó por tierra la reputación de mutismo e

impasibilidad de la que gozaba su gremio cuando exclamó:

—¿Todo ese dineral por “Gordito Relleno”?!

Desde la tribuna, Vicente contemplaba extasiado cómo llovía a cántaros.

<<Echa, echa —pensaba—, hasta que se junte el cielo con la tierra.>>

La salida de la sexta carrera se produjo bajo un auténtico aguacero. A esas alturas de la tarde, la pista estaba empapada y se habían formado numerosos charcos.

Los caballos avanzaban despacito, agrupados y dando cada paso a un tiempo, con perfecta sincronización, como si acabaran de licenciarse en la Escuela de Equitación de Viena. Así desfilaron ante la tribuna para la estupefacción del público presente y así tomaron la primera curva, tan juntos que el comentarista del hipódromo era incapaz de distinguir cuál iba en cabeza.

Cuando llegaron a la recta opuesta a la meta, donde el terreno estaba tan empantanado que podía albergar un campeonato de saltos de trampolín, uno de los jamelgos rompió la formación y tomó la delantera. Desde la tribuna, a través de la cortina de agua, era imposible vislumbrar el número del animal o los colores del jinete que lo montaba. Así que Vicente permanecía atentísimo a la narración de la carrera que emitían los altavoces.

—Parece, damas y caballeros, que uno de los participantes se ha decidido a romper las hostilidades —relataba el locutor con su tonillo monótono—, y se trata de..., no, no puede ser. Aguarden un momento que voy a cambiar de prismáticos, porque estos deben de estar estropeados. A ver, a ver... ¡Coño! ¡Pues es verdad! ¡El que va en cabeza es el número diecisiete! ¡“Gordito Relleno”!

Vicente se puso en pie de un brinco. Su entusiasmo era tal que, a pesar de la distancia y de que jarreaba de lo lindo, creía apreciar una sonrisa de triunfo en el belfo de “Gordito Relleno”. No cabía duda de que en las venas de aquel corcel había comenzado a bullir la sangre de varias generaciones de trucheros irlandeses.

“Gordito Relleno” tomó la última curva con más de cinco cuerpos de ventaja sobre sus competidores, los cuales se mostraban más preocupados por evitar salpicarse unos a otros que por dar caza al escapado.

De pronto, un relámpago cayó a pocos metros del hipódromo y, de inmediato, retumbó un trueno potentísimo. “Gordito Relleno” se pegó tal susto que frenó su veloz carrera de sopetón, lo que provocó que su jinete saliera despedido y cayera de cabeza en medio de un charco. El caballo se puso a lanzar relinchos y coces al aire en el mismo punto en el que se había detenido. Bufó enérgicamente, levantó las patas delanteras y emprendió una frenética carrera en dirección contraria a la meta.

El corazón de Vicente Valladar se saltó un par de diástoles mientras veía cómo “Gordito Relleno” se cruzaba con sus rivales y se alejaba a galope tendido bajo la tormenta.

VIRGILIO

En todo Quintana Salceda no había ninguna librería tan bien surtida como la librería “Perduela”. En realidad, en Quintana Salceda no había ninguna librería aparte de la librería “Perduela”. Con tan escasa competencia, cabría figurarse que el negocio iría viento en popa, pero no era así. El establecimiento subsistía, básicamente, merced a la venta de libros de texto a finales de cada verano.

Así había sido desde que, en los años cuarenta, don Hilario Perduela fundó la librería y se enfrentó al desinterés de sus convecinos por la lectura. Cincuenta años después, a las puertas del siglo veintiuno, la dueña del establecimiento era doña Araceli Perduela, hija del fundador, viuda de Indalecio Mier y madre de Virgilio Mier Perduela que era quien se encargaba de dirigir y atender el negocio.

Virgilio, soltero a sus cincuenta y cinco años, pasaba los días en la librería leyendo las obras que sus vecinos se empeñaban en ignorar. Sentado en un taburete detrás del mostrador, plantaba sobre éste el codo derecho y apoyaba la cabeza en la mano mientras con la izquierda pasaba las páginas.

Así, con la misma pose que Jovellanos en el cuadro de Goya, lo encontró su amigo Facundo Palomero aquella mañana. Facundo entró en la tienda y, sin mediar palabra, lanzó sobre el mostrador un ejemplar de “La gimnasta del crimen”, de Mikey McAlban.

—Coño, “Palito”, menuda forma de dar los buenos días —protestó Virgilio.

—Buenos días, “Viriji” —replicó Facundo sonriente.

—¿Qué pasa, que no te ha gustado el libro?

—Al contrario; me ha encantado. Qué suspense, qué intriga. Me lo he terminado en tres días.

—Entonces, ¿por qué me lo traes?

—Por eso mismo; porque ya me lo he leído —respondió Palomero con total naturalidad.

Virgilio cerró con delicadeza el libro que había estado leyendo, se quitó las gafas y cruzó los brazos con resignación.

—Vamos a ver, “Palito”: este establecimiento es una librería, no una biblioteca —explicó—. O sea, que no prestamos libros; los vendemos. Poquísimos, la verdad, y muy de tarde en tarde. Pero si, encima de que vendemos pocos, los clientes nos los trajeran después de leerlos y tuviéramos que devolverles el dinero, ya me contarás tú dónde estaría el negocio para los libreros.

—Pero si yo no pretendo que me devuelvas un céntimo, “Viriji”. Te traigo el libro para que lo puedas vender otra vez y así obtendrás doble ganancia por un solo

producto.

—¿Y a quién quieres que se lo venda, alma de cántaro? ¿Otra vez a ti? Anda, “Palito”, déjate de tonterías. Una cosa es que te hayas hecho rico de la noche a la mañana y no sepas en qué gastarte el dinero, y otra muy distinta que me lo regales de una manera tan ridícula.

—Está bien, hombre, está bien —se rindió Palomero—. Yo lo hacía mirando por tu negocio pero, si a ti no te parece correcto, no se hable más del asunto. Me vuelvo a llevar el libro. ¿Tienes más de este estilo?

—¿Novelas de intriga? A montones. Incluso tengo algunos del mismo autor. Vente por aquí.

Se adentraron en la trastienda donde Virgilio tomó varios libros de las estanterías y se los ofreció a Facundo.

—Me voy a llevar cuatro o cinco —aseguró Palomero—. Así tengo entretenimiento para una temporadita.

—No sabes cuánto me alegra que te haya dado por aficionarte a la lectura, “Palito”.

—Es que no veas lo a gusto que se está leyendo un libro en mi nueva butaca. Se pasan las horas volando.

—Ya, ya, si lo comprendo perfectamente —admitió Virgilio—, pero me sorprende porque, como no me habías comprado un libro en toda tu vida...

—¿Cómo que no?

—Como que no.

—Ay, “Viriji”, que me parece que ya estás senil. Te falla la memoria. Te compré un libro hace la tira de años.

—¿Qué libro era ese, si puede saberse?

—“Todos los secretos del uno-equis-dos a su alcance”, de Diego Pirlindo.

—¡Arrea, pues es verdad! —reconoció Virgilio con cara de perplejidad—. Y fíjate lo bien que lo has aprovechado.

—Y un jamón con chorreras, “Viriji”. A ver si te crees que me ha costado veinte años descifrar los secretos del uno-equis-dos. El librito de marras era una engañifa de tomo y lomo. ¡Pero si con el método del Pirlindo acertaba menos que haciendo las quinielas con un dado! Lo usé diez o doce jornadas hasta que me harté y lo tiré a la basura.

—Vaya por dios. Para un libro que me compras acaba en el vertedero —se lamentó Virgilio.

—Es que era un timo, “Viriji”. Por aquel libro sí que deberías haberme devuelto el dinero.

Abandonaron la trastienda y regresaron al mostrador. Facundo recogió la novela de McAlban, la apiló junto a las cinco que acababa de elegir y, ya de paso, echó un vistazo al libro que había estado leyendo Virgilio.

—¿Y esto de qué va? “¿Cuándo se nos pasa el arroz?”, por Pelayo Monongo.

¿Qué es? ¿Un libro de cocina?

—Qué va a ser de cocina —le respondió Virgilio—. Mira lo que dice en la parte posterior de la sobrecubierta.

—“¿Cuándo se nos pasa el arroz?” —leyó en voz alta Facundo— es una completa guía para hombres y mujeres mayores de cincuenta años que, pese a encontrarse solos, no pierden la esperanza de dar con su media naranja. Ya busquen compañía, sexo o amor, este manual les ayudará a comprender y valorar los complejos factores psicológicos, motivacionales y sociológicos que condicionan esta importante faceta de las relaciones humanas en la madurez. Pelayo Monongo, sociólogo especializado en... ¡Acabáramos! —exclamó y soltó el libro como si quemara—. ¡La típica morralla sociológica para engañar a la gente a base de palabrería hueca y frases rimbombantes, para que parezca que este gañán ha descubierto el remedio contra la calvicie cuando lo único que dice es que si se te caen los pelos y no te salen otros, más tarde o más temprano te vas a quedar calvo!

Virgilio recogió del suelo el ejemplar y lo colocó en un estante del que extrajo otro volumen.

—Mira por dónde —comentó mientras le pasaba el libro a su amigo—, has ido a acertar con otra obra del mismo autor.

—“La calvicie, ¿para qué? Una aproximación sociológica” —leyó Facundo—. ¿No te digo? Si es que esto de la sociología es el timo de la estampita pero institucionalizado.

—Desde luego, Facundo, cuando te pones a exagerar...

—De exagerar nada, “Viriji”. Cuando cerró la “Merengues” y me quedé en la calle, los de la Asistencia Social me tuvieron una temporada visitando a psicólogos y sociólogos, y aquello fue una pérdida de tiempo mayor que plantar en el huerto un zapato y sentarse a contemplar cómo crece.

—Anda, anda, deja de renegar y vamos a tomar un vermú —propuso Virgilio.

—Lo que usted ordene, señor Mier.

—Pues hala; lo que te ordeno es que me abones estos cinco libros y así yo te invito al aperitivo para celebrar tan histórica venta.

Mientras procedía al pago de su compra, Facundo reanudó la conversación sobre el libro de Pelayo Monongo.

—Oye, “Viriji”, ¿cómo te ha dado por leer la bazofia esta del arroz? No me digas que todavía te ronda por la cabeza lo de buscar pareja.

—Qué va, qué va —le respondió Virgilio—. Leo ese libro igual que leo muchos otros; por aprender.

—Sí, claro, por aprender —repuso Palomero con tono suspicaz—. Anda, “Viriji”, no me vengas con pamplinas que nos conocemos desde el parvulario. Tú estás dándole vueltas a lo de ser un solterón.

—¿Y tú no piensas en ello? —le espetó Virgilio mientras salían de la tienda—. ¿O es que ya te has resignado a vivir solo toda tu vida?

—No estoy solo, “Viriji”; te tengo a ti —declaró con sorna Facundo.

—Déjate de coñas, “Palito”, que ya sabes por dónde voy.

—Claro que lo sé, hombre, lo sé de sobra. Pero verás; yo todo eso de buscar pareja, de que se te pase el arroz y de acabar hecho un solterón, me lo quité definitivamente de la cabeza cuando cumplí los cincuenta. Hasta entonces, no te niego que pensara en ese asunto hasta casi obsesionarme pero, de ahí para acá, me aplico lo que dice el dicho: el buey solo bien se lame. No tengo que aguantar las rarezas de nadie, ni obligo a nadie a soportar las mías. Si necesito compañía, o alguien que me comprenda, ¿quién mejor que tú, mi amigo de toda la vida, que me conoces como si me hubieses parido? Y cuando aprietan las ganas de hembra, ya sabes: un viajecito hasta la capital para contratar los servicios de una señorita experta en la materia.

—Pero, “Palito”, ¿tú te acuerdas, cuando teníamos veinte años, lo impensable que nos parecía que pudiéramos quedarnos solteros? Ni se nos pasaba por la imaginación.

—Porque tampoco sospechábamos que la soltería pudiera tener ventajas —afirmó Palomero cuando entraron en un bar situado frente a la librería—. Creíamos que quedarse soltero era una especie de derrota y, a los veinte años, nadie se tiene por perdedor. Luego, a medida que maduras, descubres que no se trata de una competición. Que no es obligatorio encontrar una pareja y casarse con ella. Que, al fin y al cabo, la vida de soltero, como la de casado, tiene sus inconvenientes pero también sus compensaciones. Además, ¿qué hago yo explicándote esto a ti, que no quisiste casarte con la Goyita después de estar con ella tres o cuatro años?

—Cinco —le corrigió Virgilio—. Pero si no me casé con ella no fue por renunciar a la vidorra del soltero. Lo que ocurrió fue que Gregoria no estaba dispuesta a quedarse en Quintana y atender la librería. Ella pretendía que nos marcháramos a una gran ciudad y yo no podía dejar a mi madre sola con el negocio. Por eso rompí con Goyita, porque era la única manera de no estropearle la vida a ninguna de las dos.

—A propósito, “Viriji”, ¿qué fue de la Goyita? ¿Has vuelto a saber algo de ella?

—Creo que se fue a Barcelona —especuló Virgilio—, y me figuro que se casaría enseguida, porque ella sí que se tomaba como un fracaso lo de quedarse soltera. De todas formas, no me hagas mucho caso porque no he tenido noticias tuyas desde el mismo día en que rompimos nuestra relación, y de eso hace ya quince años.

Pidieron dos vermús y un plato de aceitunas rellenas y, cuando el camarero se los sirvió, Facundo hizo ademán de dirigirse a una de las mesas del bar.

—¿Qué pasa, “Palito”, que estás cansado? —le preguntó Virgilio con cierto retintín.

—En absoluto —negó Palomero sacando pecho—, pero es que desde esa mesa se divisa perfectamente la puerta de tu librería. Así podemos estar ojo avizor, mientras nos tomamos el aperitivo, por si te llega algún cliente.

Virgilio sujetó a su amigo por un brazo y le conminó a permanecer junto a la barra.

—Anda, Facundo —le dijo—, quédate aquí y no te preocupes, que si entra un cliente en la librería, seguro que repican las campanas de la iglesia. Eso sí —añadió tras dar el primer sorbo al vermú—, de esto ni una palabra a mi madre, ¿estamos?

—Descuida, “Viriji”, que a mí jamás se me ocurriría irle a tu madre con ningún chascarrillo. Aunque me da en la nariz que ella está al tanto de todo lo que haces. ¿O acaso te figuras que se traga el cuento de que tú y yo nos pasamos la noche jugando al billar cuando nos vamos de putas a Burgos?

—No sé si se lo traga o se lo deja de tragar pero, por si las moscas, tú no le digas ni pío.

—Que no, hombre, que no. Por cierto, ¿qué tal está la buena mujer?

—Renegando, como de costumbre. Para mí que está como una rosa pero, como disfruta quejándose, no hay día que no encuentre algo que le duela. Cuando no es la ciática son los juanetes, o la artritis, o qué sé yo qué. Eso sí, mientras está en casa viendo la telenovela, no se acuerda de ninguno de sus dolores. De cualquier modo, en cuanto tengas el coche nuevo, un día que te venga bien, nos la llevamos al ambulatorio de Villagallarda para que le hagan un reconocimiento. A ver si le descubren alguna tontería para que, por lo menos, reniegue por un buen motivo.

—Pues el coche me lo dan mañana —recordó Facundo mientras masticaba una aceituna—. Así que, para estrenarlo como mandan los cánones, el domingo nos vamos a comer chuletas a un asador vasco. Que ya va siendo hora de que celebremos lo de mi quiniela, ¿no te parece?

—Me parece, me parece —asintió su amigo.

—Ya he quedado con Evaristo y Olegario en que salgan temprano de Burgos para que lleguen aquí a tiempo de ir a misa de once y media.

—¿A misa? —Virgilio no se habría sorprendido más si acabara de ver al Papa en braga náutica haciendo unos largos en su vaso de vermú—. ¿Es que te ha entrado la fe desde que te has hecho rico?

—Qué fe ni qué niño muerto. Se trata de ir a la iglesia a jugarnos un “San Pablo”, como en nuestros buenos tiempos.

—Acabáramos. Ya me parecía extraño. ¿Y qué nos vamos a jugar? ¿Quién se libra de pagar la comida?

—Eso ni pensarlo —negó Palomero con rotundidad—. La comida corre de mi cuenta. Podemos apostar veinte duros por barba, como hacíamos siempre.

—Pero es que, por aquel entonces, no teníamos barba —rememoró Virgilio—; éramos unos chavales, y veinte duros eran muchos duros.

—Pues nos jugamos mil duros, “Viriji”, qué más da. No es cuestión de dinero, sino de divertirnos.

Virgilio posó cariñosamente su mano izquierda sobre el hombro de Facundo.

—Cómo me gusta oírte hablar así —le confesó—. Sigues siendo el mismo que cuando estabas a dos velas.

—¿Y qué creías? ¿Que el dinero me iba a cambiar a estas alturas de la función?

—Torres más altas han caído, “Palito”.

—Estoy yo muy mayor para cambiar, “Viriji”. Admito que sufrí un arrebató y me puse a comprar cosas como un poseso, pero se me pasó enseguida y, ahora mismo, ni siquiera sé qué hacer con lo que tengo en el banco.

—Por eso no te apures —le aconsejó su amigo—, que si algo abunda en este planeta son las ocasiones para gastarse los cuartos. Y si no, ya estamos los amigos para echarte una mano.

—Faltaría más, “Viriji” —declaró muy serio Facundo—; lo que necesites y esté en mi mano... —añadió al tiempo que sacaba la cartera de un bolsillo.

—Hay que ver, “Palito”; desde que nadas en la abundancia eres el más rápido en desenfundar la cartera a este lado del río Ebro. Guárdate eso —le ordenó— que ya te he dicho que invito yo. Mal estaría que le diese un sablazo a mi mejor amigo pero, ¿a mi mejor cliente? ¡Eso nunca!

EVARISTO

Si montar en cólera se considerara deporte olímpico, Evaristo Rominchal sería el indiscutible campeón en la modalidad de *sprint*. Su tiempo de reacción ante un estímulo capaz de provocar su ira era mínimo, insignificante; solo cuantificable en microsegundos, y muy poquitos. Para que se hagan una idea, les propongo un experimento.

Acérquense con sigilo a la cuna de ese bebé de sus vecinos que acostumbra a perturbar, con su desproporcionado chorro de voz, el sueño de quienes habitan en su edificio y en las manzanas colindantes. Procuren escoger un momento en el que la criatura repose despreocupada succionando su chupete mientras prepara mentalmente el repertorio con que obsequiará esa noche a todo el vecindario. Sin la menor vacilación, arrebaténle el chupete y cuenten el tiempo que transcurre hasta que el ternerito empiece a berrear. No es preciso que tomen nota del resultado; solo estamos a mitad del experimento.

Tras diez segundos de alaridos (si no pueden soportarlo, bastará con cinco segundos, o con tres si la potencia pulmonar del arrapiezo es particularmente colosal), inserten de nuevo el chupete en la boquita del chiquitín. En el mismo instante en que se extinga por completo el eco del último chillido, quítenle otra vez el chupete al nene y cuenten, si son capaces y van provistos de un buen cronómetro, lo que tarda la bestiecilla en ponerse a gritar.

Pues bien; por formidable que sea la marca que establezca el pequeño tenor, en una competición de cabreo al *sprint*, Evaristo Rominchal le sacaría varios cuerpos de ventaja.

Merced a esta vertiginosa velocidad con que se le calentaba la cabeza, Evaristo era conocido, desde niño, como el “Fósforo”. Apodo que no le desagradaba lo más mínimo, aunque prefería el sobrenombre por el que se le conocía en los círculos empresariales y de negocios de Burgos desde que el éxito empezara a sonreír a su cadena de tiendas de sanitarios: “el mariscal de los retretes”.

Cuando inauguró su primera “*boutique* del sanitario” en una minúscula lonja alejada de la zona comercial de la capital burgalesa, Evaristo tenía treinta años y una fe ciega en el éxito de su empresa. Los pronósticos favorables de todos sus allegados contribuyeron a acrecentar su confianza. Claro que, conociendo el mal betún que gastaba Rominchal, a ver quién era el guapo que se atrevía a augurar un negro porvenir al negocio.

Un cuarto de siglo más tarde, “Sanitarios Rominchal” era una cadena con más de veinte establecimientos repartidos por Burgos, Palencia, Soria, Valladolid, La Rioja y

Cantabria. Y en similar progresión había crecido la barriga de su dueño. A decir verdad, todo su cuerpo se había hinchado como si, día tras día, le hubieran insuflado aire con un fuelle por salva sea la parte.

Además de su aspecto, también había variado su estado civil. Más por su determinación y su firmeza de carácter que por su atractivo físico, Rominchal gozó siempre de un considerable éxito con las mujeres, pero nunca mantuvo una relación estable con ninguna. Hasta que, cuando “Sanitarios Rominchal” ya destacaba como negocio floreciente, Evaristo conoció a Macucha, una de esas bellezas a las que los cámaras de televisión tiran planos de recurso en las corridas de toros.

Tras un noviazgo relámpago de apenas cuatro meses, Macucha se convirtió en la señora de Rominchal y en la principal partida de gastos de su marido. De recién casados era el propio Evaristo quien la animaba a comprarse toda clase de caprichos, pero pronto dejó bien claro Macucha que para tales menesteres no necesitaba del aliento ajeno.

Quienes les conocían les auguraban, a espaldas de Evaristo naturalmente, una convivencia matrimonial breve y desdichada debido a la diferencia de edad entre los cónyuges, ya que Macucha era casi quince años más joven que su esposo. Sin embargo, lo que malogró el matrimonio no fue tanto la diferencia de edad como la diferencia de intereses o, para ser más exactos, el hecho de que el único interés que tenía Macucha era ella misma.

Los gemelos, que llegaron al mundo cuando su progenitor rondaba los cuarenta y cinco, terminaron por ser el único motivo por el que los Rominchal no se separaban. Por lo demás, Macucha y Evaristo solo eran pareja de puertas para afuera. Vivían en un enorme dúplex del que cada uno ocupaba una planta, lo que les permitía ignorarse cotidianamente y reunirse de cuando en cuando para guardar las apariencias. Bien al salir de casa, para evitar los cotilleos de los vecinos, o bien en el interior del domicilio conyugal durante los cortos periodos que los gemelos pasaban con ellos cuando les daban vacaciones en el colegio de Suiza en el que estudiaban.

Por mutua conveniencia, Evaristo y Macucha acudían juntos a los actos sociales a los que eran invitados. En tales ocasiones, Macucha se convertía en el centro de atención de las miradas de los varones asistentes, quienes no osaban dirigirla más de siete palabras seguidas por temor a despertar la legendaria furia del “mariscal de los retretes”. Éste, mientras tanto, se entretenía en localizar alguna dama desemparejada a la que llevarse a un hotel al término del evento.

Contra lo que pudiera pensarse, esta situación, lejos de incomodar a la señora de Rominchal, la hacía plenamente dichosa. Disfrutaba al sentir sobre su piel tantos pares de ojos masculinos y le tranquilizaba saber que el célebre mal carácter de su marido mantendría a raya a todos los galanes. Porque a Macucha el sexo no le interesaba en absoluto. Lo utilizó en abundancia durante los cuatro meses de noviazgo y lo fue haciendo desaparecer en los primeros años de matrimonio hasta que, tras dar a luz a los gemelos, lo apartó definitivamente de la circulación.

En tales circunstancias, ante las frecuentes aventuras sexuales de Evaristo, Macucha, en lugar de traicionada, se sentía confortada. Mejor que su esposo se desfogara a menudo lejos de casa con alguna golfa; no fuera a ser que al mariscal se le acumularan las ganas y se le presentara cualquier noche en su habitación, ofuscado de mente y enhiesto de miembro, para exigirle el pago del débito conyugal. Porque, después de tanto tiempo de abstinencia intramatrimonial, dicha deuda debía de ser de aúpa y, con la mala leche que tenía Evaristo, cualquiera le llevaba la contraria.

HERMÓGENES

Mientras esperaba en el vestíbulo de la estación de trenes de Burgos, Hermógenes Portosilandínez tuvo una de esas ideas que cuando a uno se le ocurren le parecen geniales y en cuanto las lleva a la práctica descubre que ha cometido un craso error.

Como faltaban casi veinte minutos para la hora de su cita con los compañeros de cursillo con quienes iba a cenar, se acercó a la zona de las máquinas expendedoras de bebidas y aperitivos. Allí se fijó en el llamativo letrero de uno de aquellos artefactos mecánicos:

“Diseñe usted mismo sus propias tarjetas de visita. 100 pesetas, 10 tarjetas; 500 pesetas, 60 tarjetas”.

Hermógenes, carbonero en paro de cuarenta y dos años, casado y padre de dos hijos, acababa de completar un cursillo de control de plagas que el Ministerio de Trabajo le había sugerido hacer, bajo amenaza de retirarle el subsidio de desempleo si rechazaba la invitación. Ya que estaba dispuesto a sacar algún provecho económico de lo aprendido en el cursillo, pensó que sería una idea estupenda el proveerse de tarjetas en las que figurara su nueva profesión. Así que sacó una moneda de cien pesetas, la insertó en la ranura correspondiente y se puso manos a la obra.

Escogió el modelo que le pareció más adecuado y enseguida tropezó con la primera dificultad: su nombre y sus dos primeros apellidos no cabían en una sola línea. Tras probar con todos los tamaños de letra disponibles, renunció a incluir el segundo apellido.

Se ocupó entonces de la dirección y el teléfono y dejó para el final el espacio reservado a la profesión, que fue lo que le presentó el inconveniente mayor. El título que había obtenido, según rezaba el diploma que le entregaron el último día de clase, era el de:

“Técnico especialista en desinfección, desinsectación, desratización y control de plagas”.

Por muy rimbombante que quedara en el certificado de estudios, incluir todo aquello en el poco espacio que le quedaba era como intentar escribir todas las soluciones de un crucigrama en el uno horizontal. Y en cuanto suprimía uno o varios de los términos, le daba la sensación de que el título perdía toda su contundencia.

De pronto, sonó un pitido y apareció un mensaje en un rincón de la pantalla. Había consumido catorce de los quince minutos que la máquina le concedía para completar el diseño de la tarjeta. Apremiado por la urgencia, trató de dar con alguna palabra o expresión breve que resumiera el sentido de todo el enunciado y, justo a tiempo, halló la solución. En un abrir y cerrar de ojos tenía en sus manos las diez

tarjetas calentitas con sus señas, su número de teléfono y el texto siguiente:

Hermógenes Portosilandínez Exterminador

No se había extinguido el calor en las tarjetas cuando a Hermógenes le pareció oír la voz de su esposa en el interior de su propio cerebro.

<<¿Pero tú eres tonto, Hermógenes? ¿No quedamos en que vas a dedicarte a exterminar bichos sin sacarte una licencia fiscal ni darte de alta como autónomo? Entonces, ¿cómo eres tan merluzo como para hacerte tarjetas de visita para que todo quisque se entere de tus intenciones? ¿No te das cuenta, cabeza de chorlito, de que como llegue a oídos de Hacienda que estás metido de pies a cabeza en la economía sumergida, además de quitarte el subsidio, te va a caer un palo de padre, madre y muy señor mío? ¿Y de que si se enteran de lo tuyo, inmediatamente me investigarán a mí y descubrirán que me dedico a limpiar casas cuando, oficialmente, soy una parada sin ingresos?>>

Hermógenes tenía que reconocer que, incluso a distancia y en espíritu, su mujer era muchísimo más sensata que él. Porque, efectivamente, ya había empezado a desempeñar las labores de su nueva ocupación y a cobrar por ellas un dinero que no tenía la menor intención de declarar a Hacienda. No era solamente una cuestión de codicia; Hermógenes estaba hasta la coronilla de dar el callo en empresas que le exprimían hasta la última gota y le daban luego una elegante patada con el beneplácito de la legislación laboral.

En cualquier caso, le convenía ser reservado y prudente, así que entró en la cafetería de la estación, pidió un bolígrafo al camarero y en cada tarjeta añadió:

Discreción absoluta

Era una medida inteligente. No obstante, a Hermógenes le asaltó la duda de si no se habría limitado a colocar una tirita sobre una fractura de peroné. De lo que estaba totalmente seguro era de que a su mujer, las dichas tarjetas, con el añadido hecho a mano o sin él, no iban a hacerle ninguna gracia. De manera que lo más aconsejable era procurar que no tuviera oportunidad de echarles la vista encima.

Trató de guardarlas en su cartera pero no encontró el modo de meterlas todas sin que abultaran demasiado o quedaran muy expuestas. Como su esposa tenía la costumbre de echar mano a su cartera sin el menor escrúpulo para cogerle o dejarle dinero, Hermógenes decidió esconder una sola tarjeta bajo el carné de identidad y guardarse las demás en un bolsillo de la cazadora hasta que se le ocurriera qué hacer con ellas.

Algunos de sus compañeros de cena y de cursillo ya habían llegado al vestíbulo de la estación, así que Hermógenes abandonó sus cavilaciones y se reunió con ellos. Tanto los que se encontraban allí como los que se fueron incorporando eran, como poco, quince años menores que él. En el cursillo de control de plagas solo había cuatro personas de edad parecida a la suya y ninguna de las cuatro se atrevió a acudir a la cena de fin de curso.

Pese a ser el veterano de la reunión, Hermógenes se lo pasó en grande. Y eso que le pillaba desentrenado, porque la última noche de juerga que recordaba se remontaba al día de su boda, unos catorce años atrás. Sin embargo, a medida que avanzaba la velada, se sentía más y más eufórico. Tal vez fuese por las ganas de fiesta que tenía acumuladas, o puede que la verdadera causa estuviese relacionada con la alegría con que se echó al gonzate unos cuantos vasos de vino tinto.

Hermógenes bebió y comió de lo lindo, se rió a base de bien y hasta bailó, con más entusiasmo que estilo, en algunos de los locales a los que acudieron después de cenar. En vista de que el organismo no le pedía tregua, fue despidiéndose de los compañeros y compañeras que se retiraban a descansar y terminó la noche en compañía de los tres jovencitos más golfos de la reunión, del cursillo y de la ciudad de Burgos. Urbe que demostraron conocer a fondo, pues llevaron a Hermógenes a los antros con peor reputación de la ciudad, donde les franqueaban la entrada con la misma gentileza que a los propios dueños de los locales o a los miembros masculinos de la corporación municipal.

El colofón a la fiesta lo pusieron en un club de alterne donde entablaron negociaciones con cuatro amables señoritas que accedieron a proporcionarles diversas modalidades de goce carnal, previo pago de una determinada cantidad de dinero.

Fue al incorporarse del catre del burdel, en el que acababa de recibir una sesión básica, algo precipitada y poco imaginativa de maniobras sexuales, cuando Hermógenes percibió los primeros síntomas del clásico malestar *post* parranda. Aguardó de pie unos instantes, hasta que se sincronizaron las vueltas que le daba la cabeza con las que daba la habitación a su alrededor, y se vistió. Quiso demostrar su buena educación y despedirse de la profesional, que recomponía su atuendo sentada en el borde de la cama. Preparó en su mente un sencillito “muchas gracias, hasta la vista”, pero la lengua actuó por su cuenta y riesgo y lo que pronunció fue:

—Murcia está a la vista.

—¿Murcia? —replicó sorprendida la furcia con la mirada fija en la zona genital de Hermógenes—. Hay que ver qué manía tenéis los hombres de ponerle nombre a vuestra pichuflilla.

Hermógenes bajó la cabeza de golpe, lo que le provocó una ola de dolor desde la nuca a la frente, y descubrió que su pene asomaba con aspecto alicaído por la bragueta abierta. Balbuceó una frase ininteligible mientras ponía su miembro a buen recaudo y se terminó de vestir.

—Oye, guapetón —le dijo la fulana cuando él estaba a punto de salir del cuarto —, ¿no te parece que Murcia tiene demasiada autonomía?

Hermógenes, que no habría comprendido tal comentario ni aun estando sobrio, siguió la dirección de la mirada de la mujer y descubrió sus calzoncillos tirados en el suelo. Se agachó para recogerlos y volvió a sentir que el cerebro se le agitaba como en una coctelera y chocaba contra las paredes internas de su cráneo. Se irguió, esperó a que todos sus órganos se recolocaran en sus ubicaciones naturales, metió los calzoncillos en un bolsillo de su cazadora, emitió un gruñido sibilante que en su origen cerebral era un adiós, y abandonó la estancia con la poca dignidad que le quedaba.

El frío intenso de la madrugada y el paseo por las calles desiertas hasta el lugar donde había aparcado su coche, muy cerca de la estación, le vinieron a Hermógenes de perlas. No es que se sintiera repentinamente recuperado, para lo cual, más que una caminata al raso, habría necesitado un milagro o, cuando menos, doce horas de sueño y una buena ducha. Pero sí creyó encontrarse en condiciones físicas suficientes para conducir de regreso a su casa en Villagallarda. No obstante, condujo todo el camino a la velocidad mínima que soportaba el motor sin detenerse y logró mantener su utilitario en el carril correspondiente durante más de la mitad del trayecto.

Penetró en su casa con suma precaución para evitar hacer algún ruido que pudiera despertar a los niños y, sobre todo, a su esposa. Porque, teniendo en cuenta lo poco partidaria que se había mostrado de que él asistiera a la cena, si le viese llegar en tal estado, su mujer no iba, precisamente, a ponerse a aplaudir, a no ser con la cara de Hermógenes en medio de sus femeninas manos.

Él mismo no comprendía cómo había podido perder el control de semejante manera. Su única pretensión era escapar de la rutina diaria y pasar un buen rato con los compañeros que tan simpáticos le habían parecido durante el cursillo. Pero de ahí a pillar una cogorza de campeonato y terminar hecho un guiñapo después de disfrutar de una sesión de sexo de pago en la cama de un prostíbulo, iba un largo trecho.

A Hermógenes, en cualquier caso, lo que más le preocupaba era la reacción de su mujer. Si se enteraba de la hora a la que había vuelto a casa y el lamentable estado en que se encontraba, le echaría un rapapolvo de marca mayor. Pero si llegaba a saber lo de la puta, entonces la Revolución Francesa iba a parecer una riña entre parvulitos al lado de la bronca que le montaría su esposa.

La estrategia a seguir estaba clara: disimular y, llegado el caso, negarlo todo y mentir como un bellaco.

Como eran las cinco y media de la madrugada y su mujer se levantaba una hora más tarde, ya no tenía sentido que se metiera en la cama. Fingiría haber regresado mucho antes y no haberse acostado porque sentía el estómago abotargado después de una cena un tanto excesiva. Dado que esa misma mañana había quedado con un

primo suyo para ayudarlo a terminar con una plaga de pulgones que se le había instalado en el huerto, pretextaría que había aprovechado la noche para repasar los apuntes del cursillo y preparar las herramientas que iba a necesitar.

Algo en su interior le decía que el plan tendría éxito. Y algo en la nariz le convenció de todo lo contrario. La mezcla de olores que se había traído como recuerdo del jolgorio le delataba. Tenía que desnudarse, arrojar todo lo que llevaba puesto al cesto de la ropa sucia y darse una ducha con dosis extraordinarias de gel y champú.

A toda prisa, entró en el cuarto de baño, se desvistió y depositó junto al lavabo todo lo que sacó de sus bolsillos, incluidos los calzoncillos, que inmediatamente puso en el cesto de la ropa sucia, y las tarjetas de visita, que tiró, hechas pedazos, a la taza del retrete.

La estratagema marchaba viento en popa, pero Hermógenes tenía la desagradable sensación de que se le escapaba algún detalle. Recordó que había guardado una tarjeta en su cartera y juzgó conveniente darle el mismo fin que a sus nueve hermanas. Entonces descubrió cuál era el detalle que se le escapaba: no había el menor rastro de su cartera.

Escudriñó cada rincón del baño y repasó, una por una, todas las prendas que había en el cesto de la ropa sucia, incluso las que ya estaban allí antes de que él llegara. Volvió sobre sus pasos examinando minuciosamente cada zona del piso por la que había pasado y hasta salió a la calle, en canicas, para inspeccionar el interior de su coche. Pero fue en vano; su cartera no había vuelto a casa con él.

Resignado, cabizbajo y muerto de frío, entró de nuevo en su casa y se metió en la bañera. Mientras se enjabonaba el cuerpo una y otra vez y se frotaba la piel como si pretendiera sacarse brillo, Hermógenes escuchaba en el interior de su cerebro la voz imaginaria, pero terroríficamente real, de su mujer: <<Yo a ti te capo, Hermógenes, ¡te capo!>>

LA SEÑORA JUSTA

El barrio de Arroyoscuro constaba solo de cuatro casas diseminadas a lo largo de un camino angosto y serpenteante que bordeaba el río y desaparecía entre enormes matorrales unos doscientos metros más allá de la última casa. Esta estrecha vereda nacía en un desvío de la carretera que unía Quintana Salceda y Villagallarda, justo al lado de la primera casa del barrio, que pertenecía a doña Justa Galopín, viuda de Daza. Suyas eran, así mismo, las dos casas siguientes, mientras que el propietario de la última era Facundo Palomero.

En su fuero interno la viuda se consideraba dueña de todo el barrio, incluidas las tierras, el río, sus tres inmuebles y el de Palomero. Tal comportamiento de jugadora de “Monopoly” no obedecía simplemente a su codicia.

Cuando Justa Galopín conoció a Cosme Daza, el “Garrafón”, éste poseía, además de la exitosa taberna de la que provenía su mote, una extensa porción de tierra en la zona de Arroyoscuro donde estaba prohibido edificar al tratarse de unos terrenos calificados como “rústicos no urbanizables”. Sin embargo, el regalo de bodas que Cosme hizo a su joven esposa fue, precisamente, una casa construida en aquellos terrenos, al lado de la carretera de Villagallarda.

¿Cómo se las arregló el “Garrafón” para lograr que su finca fuese recalificada como “urbana y edificable”? Fácil: obsequió al concejal de urbanismo de Quintana Salceda con un pedazo de dicha finca. Un pedazo del que el concejal se deshizo con prontitud, no porque no le gustara el regalo, sino porque obtuvo un montón de dinero contante y sonante al venderle la parcela a un constructor. Éste edificó una casa unifamiliar de dos alturas que, con el paso de los años, se convertiría en la vivienda de Facundo Palomero.

Entre esta casa y la suya propia, Cosme Daza construyó otras dos que destinó al alquiler, con lo que se garantizaba unos suculentos ingresos cada mes hasta que necesitara estos inmuebles para otro menester. Porque el plan de Cosme y Justa era bastante sencillo: cuando alguno de sus hijos decidiera casarse y formar su propia familia, recibiría, como regalo de bodas de sus progenitores, una de las casas de Arroyoscuro.

El plan presentaba tres inconvenientes. El primero, tan nimio que los Daza prácticamente no lo tenían en cuenta, era que habría que desalojar a los inquilinos de las casas que tenían alquiladas. El segundo, algo más relevante, era que a alguno de los hijos le correspondería quedarse con la residencia familiar, lo que podría suponerle hacerse cargo de sus ancianos padres. Y el tercero, el más peliagudo, era que Cosme y Justa tenían cuatro hijos.

Cuando el primogénito, Valentín, contrajo matrimonio, se negó en redondo a aceptar una de las casas del barrio.

—Hijo mío —le insistió su padre—, esas casas me pertenecen y, por lo tanto, puedo disponer de ellas como se me antoje. Y lo que se me antoja es regalárselas a mis hijos para que no tengan que gastarse un dineral en comprarse un piso y sigan viviendo en el barrio donde se criaron.

—Si a mí me encantaría quedarme en Arroyoscuro, padre —aseguró Valentín—, pero dígame: si acepto, ¿qué ocurrirá con mis hermanos? ¿No comprende que les condenaría a una carrera para casarse porque el último en hacerlo se va a quedar sin premio?

—No te preocupes por eso, Valentín. Para cuando llegue la boda del último ya habré encontrado la solución.

—Entonces, tampoco se preocupe usted, padre; que cuando encuentre esa solución, yo me volveré a vivir al barrio.

—Siendo así —aceptó Cosme—, ya me quedo más tranquilo.

Tan tranquilo se quedó el bueno del señor Daza que se durmió en los laureles. Y no me refiero a una simple siestecilla, sino al sueño eterno.

A la señora Justa, como podrán figurarse, no le sentó nada bien quedarse viuda. A la lógica congoja producida por la pérdida del esposo se sumó un profundo disgusto cuando doña Justa tomó conciencia de que se había convertido, para el resto de sus días, en la viuda del “Garrafón”.

Pero sus mayores sufrimientos le llegaron con la emancipación de sus tres hijos menores. Las dos medianas, Basilia y Casilda, celebraron sus respectivas nupcias con apenas siete meses de diferencia. Y un año después de la última de estas bodas, le tocó el turno a Genaro, el benjamín. Los tres, en aras a evitar un cisma entre hermanos por el asunto de las casas de Arroyoscuro, siguieron el ejemplo del primogénito y adquirieron sendos pisos en el centro de Quintana Salceda. Con lo cual se salvaguardaba la armonía familiar, pero la señora Justa se quedó más sola que la una.

Esta soledad afectó sensiblemente a su estabilidad mental. Se le agrió el carácter de tal forma que, en el pueblo, cuando alguien tenía la desdicha de beber un vino picado, inmediatamente después de escupirlo exclamaba: ¡esto está más avinagrado que la viuda del “Garrafón”!

Lo peor para doña Justa era saber que la solución a sus problemas estaba, como quien dice, a tiro de piedra. Así que, una mañana, vio desde la ventana de su salón a Facundo Palomero que se aproximaba por el camino y decidió salirle al encuentro y hacerle una oferta. Abandonó presurosa su hogar, se plantó en medio del sendero y, en cuanto apareció su vecino, le soltó la cifra a bocajarro, sin siquiera darle los buenos días.

—¡Dos millones! —Es cierto: doña Justa era más agarrada que un chotis.

—¡Coño! —exclamó Palomero. No porque fuese un genio de la sinécdoque, sino

por el susto que le pegó la viuda.

Ésta, que apenas había dirigido a Facundo más de dos palabras seguidas en los años que llevaban como vecinos, rompió inmediatamente dicha estadística.

—Le doy dos millones por la casa y el terreno.

—¿Dos millones? —preguntó Facundo quien, por aquellas fechas, debía una cantidad mucho mayor al banco y no se imaginaba que pronto saldaría la deuda de un solo golpe.

—Dos millones de pesetas —especificó doña Justa.

—Toma, claro. Ya me figuraba que no serían de maravedíes.

—Bueno, ¿qué me dice? —le apremió la viuda sin hacer el menor caso a la chanza.

—Qué quiere que le diga, buena mujer. Que, o pretende usted tomarme el pelo, o está muy desfasada en el asunto del precio de la vivienda, porque por dos millones, hoy en día, no compra ni una caseta para el perro.

—¡Paparruchas! —replicó ella despreciativa—. Le doy dos millones y medio y va que chuta.

—¿Qué voy que chuto? Pero si eso no es ni la tercera parte de lo que le debo al banco.

La viuda puso los brazos en jarras y lanzó un sonoro bufido por la nariz. Enlutada de pies a cabeza y con sus noventa quilos plantados en medio del camino, era la viva imagen de un toro bravo a punto de embestir.

—Escúcheme bien, Palomero, y no intente torearne —hasta ella misma parecía asumir la semejanza—. Estoy dispuesta a darle tres millones, y de ahí no paso.

—Pues el que pasa soy yo —afirmó Facundo—. Si de verdad le interesa comprarme la casa, señora mía, hágame una oferta seria; de diez millones para arriba.

—¡Vamos, anda! —exclamó desdeñosa doña Justa—. ¡A robar, al mercadillo! ¿Es que me toma por tonta? Pero si no es usted más que un miserable cascaciruelas que no tiene dónde caerse muerto.

—Se equivoca —le indicó Palomero con mucho temple—. Tengo una casa que es de mi propiedad, aunque le deba una millonada al banco. Y puedo caerme muerto dentro de ella cada vez que me apetezca.

—¿Conque desprecia mis tres millones?

—Yo no desprecio nada, señora. Sus tres millones merecen todo mi respeto. Pero para que tome en consideración su oferta, tendrán que venir acompañados de otros siete.

—Se acordará de este día, gusarapo —le advirtió la viuda—. No crea que va a poder vivir mucho tiempo de vender ese barro verde que saca de espachurrar ciruelas. Cuando se quede sin un duro y el banco le amenace con quitarle la casa, entonces vendrá usted con las orejas gachas a mi puerta para pedirme los tres millones que ahora le parecen tan poca cosa.

—No cuente usted con ello, doña Justa —le recomendó Facundo—, porque con

sus tres millones no saldo ni la mitad de la deuda que tengo con el banco.

—Usted sabrá lo que hace.

Con esta velada advertencia, la viuda dio por concluida la conversación. Volvió la espalda a Palomero y regresó a su residencia con paso marcial.

A partir de entonces, la señora Justa se mantuvo a la espera del día, que estaba segura habría de llegar, en el que el cascaciruelas se arrodillaría ante ella para suplicarle que le comprara la casa. Pero, para su desgracia, el destino se calzó un domingo las botas de fútbol y le marcó un golazo cuando ella menos se lo esperaba.

La noticia de la quiniela que acertó Palomero sumió a doña Justa en un estado cercano a la paranoia. De la mañana a la noche ocupaban su mente pensamientos cargados de odio hacia su vecino. Ni siquiera dormida lograba escapar a su obsesión. Le asaltaba con frecuencia una pesadilla en la que toda su descendencia la llamaba a gritos desde lo alto de una torre solitaria. Por más que la viuda apretaba a correr escaleras arriba para reunirse con ellos, la tarea le resultaba imposible por culpa de un personaje que subía por delante de ella y que iba añadiendo más y más escalones a una velocidad vertiginosa. En cuanto levantaba un nuevo tramo de la escalera infinita, el albañil prodigioso se volvía para que doña Justa pudiera contemplar su faz sonriente. La faz sonriente de Facundo Palomero.

Tenía otro sueño recurrente, muchísimo más placentero, en el que compartía el desayuno con sus hijos, hijas, yernos, nueras, nietos y nietas. Comoquiera que todos los presentes se afanaban por zampar como si pretendieran acabar con toda la producción alimenticia del país, cada dos por tres, la viuda ordenaba a un sirviente que les surtiera de más viandas. El sirviente, que no era otro que Facundo Palomero, obedecía *ipso facto* y les abastecía de tostadas con mermelada que preparaba a la misma velocidad con que fabricaba los escalones en el otro sueño.

Cierta mañana, una furgoneta de “El edén del electrodoméstico” se adentró despacio por el camino de Arroyoscuro para llevar a Facundo el televisor panorámico que había comprado. La viuda contempló desde su ventana la llegada del vehículo, y la rabia le hizo rechinar los dientes con tanto vigor que el conductor de la furgoneta echó el freno y se bajó a revisar el motor, convencido de que el chirrido venía de allí.

Decididamente, la señora Justa se había convertido en un negro recipiente lleno hasta el tope de odio visceral hacia Facundo Palomero.

EL RENACIMIENTO DE VICENTE

Si de algo se vanagloriaba especialmente Vicente Valladar era de haberse hecho a sí mismo. (Con bien poquita materia, por cierto, ya que ni de puntillas llegaba al metro sesenta).

No le faltaba razón. Cuando su madre lo entregó a las monjas que se encargaban del hospicio, era un bebé diminuto que, por no tener, no tenía ni nombre. Las monjas le llamaron Vicente pero fue él quien escogió el apellido Valladar a los doce años, cuando se enteró de la verdad acerca de su origen.

Hasta entonces vivió convencido de ser, como el resto de sus compañeros, un huerfanito. Pero un muchacho grandullón, más espabilado y puesto al día que él, le hizo saber que la mayoría de los padres y madres de los críos acogidos en el hospicio estaban vivitos y coleando.

—¡Eso no es verdad, mentiroso! —espetó Vicentín a su compañero, tras apartarse de él un par de metros.

El otro ni siquiera amagó con atizarle; acababa de zurrarles la badana a dos pipiolos y se ve que tenía la mano cansada. Se limitó a mirar con desdén a Vicente y hacerle una recomendación.

—Si no me crees —le dijo—, pregúntaselo a cualquiera de las hermanas.

El pequeño Vicente aceptó el consejo y así supo, por boca de la hermana Remedios, que, efectivamente, el porcentaje de auténticos huérfanos acogidos en la institución era muy escaso. Y lo que era peor: que él no formaba parte de dicha minoría.

—Tu madre te quería mucho, Vicentín —intentó consolarle la monja—, pero era prácticamente una niña cuando te tuvo y no podía hacerse cargo de ti. Por eso pensó que lo mejor era traerte aquí para que nosotras te criáramos.

Vicente se deshizo en lágrimas pero no pronunció una sola palabra. Al día siguiente se presentó ante sor Remedios y le preguntó si existía alguna posibilidad de que su madre volviera algún día a buscarle.

—Verás, Vicentín: el Señor nos enseña que no debemos perder nunca la esperanza, pero también nos dice que hemos de aprender a afrontar las dificultades que se nos presenten. Así que no te hagas muchas ilusiones.

—Yo no me hago ninguna ilusión, hermana —replicó muy serio Vicente—. Y mi única esperanza es que esa mujer no pueda encontrarme jamás.

Así que, en cuanto cumplió los trece años, dejó a las monjas y se trasladó a Madrid, donde se ganó la vida como repartidor de propaganda, mozo de almacén y camarero, y se dio a conocer como Vicente Valladar. La inspiración para escoger el

apellido la obtuvo mientras veía partidos de fútbol en el televisor del hospicio. Los chavales más entendidos en la materia solían ensalzar la labor de los defensas más fornidos, duros y mal encarados, a los que calificaban como “auténticos valladares”. Y Vicente se apropió del término porque él quería ser así: un sujeto robusto e imponente que metiera miedo con solo mover una ceja. Para su desgracia, Vicente no creció de acuerdo con sus deseos. Mejor dicho: no creció.

Cuando apareció por Burgos tenía veinticuatro años y era chiquitín y paticorto. Decía ser economista y experto en relaciones públicas y tener veintinueve años. Algún quisquilloso le tildará de embustero redomado pero, desde su propio punto de vista, no cabe duda de que era un hombre que se había hecho a sí mismo.

Se agenció un apartamento y puso en práctica su plan para aprovecharse de las subvenciones, para vivir del dinero público. Fundó “Apochical” y se convirtió en el presidente de su junta directiva, constituida por cuatro veteranas prostitutas muy poco interesadas en las tareas administrativas. Se asignó un magnífico sueldo y dispuso con entera libertad de la cantidad destinada a los gastos de representación. A esta cuenta cargaba, sin ir más lejos, lo que le cobraban por sus servicios algunas de las protegidas por la fundación, incluida la mitad de su junta directiva.

Esta afición suya al sexo de pago (eso sí: subvencionado) le causó un disgusto cuando cierto detalle de su anatomía llamó la atención de una profesional que tenía la lengua muy larga (y no solo en el desempeño de su oficio). Vicente tenía una curiosa mancha de nacimiento; una especie de lunar de color caoba con forma de media luna. El quid de la cuestión no radicaba en el lunar en sí, sino en su emplazamiento. La mancha abarcaba casi por completo el testículo izquierdo de Vicente. Un testículo mucho más pequeño que el otro. Más pequeño que cualquier otro de los cientos de testículos que aquella fulana cotilla había manejado en su vida.

Vicente advirtió que la puta se fijaba con detenimiento en su minúsculo cojón, pero no le dio importancia. Comprendió su error el día siguiente, cuando fue a comprar la revista “Magnates” y el quiosquero de su calle le saludó de esta guisa:

—Buenos días, “Güevilín”.

No hubo manera de que Vicente se librara del apodo. Se extendió por la ciudad de Burgos a velocidad de vértigo. Pronto eran mayoría quienes le conocían exclusivamente por el mote, en lugar de por el apellido que él mismo se había buscado. Vicente aborrecía su sobrenombre de tal modo que llegó a considerarlo su problema número uno. Hasta que una recua de caballos de carreras lo desbancó del primer puesto.

—Por fin le localizo, señor Valladar.

Un deje misterioso en la voz de su interlocutor le decía a Vicente que más le habría valido no descolgar el teléfono.

—¿Quién es usted? —preguntó tratando de aparentar serenidad.

—Aquilino Cembollín.

—¿Aquilino Cembollín dice? No me suena de nada.

—¿Tampoco le suena el nombre de mi hermano Ricardo?

—¿Ricardo? ¿Ricardo qué?

—Ricardo Cembollín, naturalmente.

—Ricardo Cembollín, ¿eh? Pues no, no me dice nada. Me parece que se ha equivocado usted de teléfono.

—Quien se equivoca es usted, “Güevilín”, si cree que va a poder dárnosla con queso —el deje en la voz había dejado de ser misterioso y era claramente intimidatorio—. Está muy feo eso de intentar engañarnos con un número de teléfono falso, ¿sabe?

—No sé de qué me habla, señor... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Déjese de juegucitos. Le advierto que la paciencia de la familia Cembollín tiene un límite y no le conviene traspasarlo.

—¿Me está amenazando? —replicó Vicente fingiendo ponerse gallito.

—¿A usted qué le parece?

—Que sí.

—Muy perspicaz. Pero no se preocupe, que los Cembollines somos personas razonables y no acostumbramos a dar palizas a aquellos que nos deben dinero.

—¿Ah, no?

—De ninguna manera. El nuestro es un negocio honrado, caballero. Lo que hacemos cuando alguien como usted se resiste a pagarnos es pasar su nombre y sus datos a “Lucifer”.

Vicente sintió cómo se le reblandecía el esqueleto de repente.

—O... o... oiga, oiga, espere un momento —acertó a decir—; seamos sensatos, señor Cembollín.

—Vaya, ya veo que el nombre de “Lucifer” sí que le suena. No me sorprende. Ya sabe lo que se dice: de la lista de “Lucifer”, a las esquelas del “Diario de Burgos”.

—Pero, hombre, don Aquilino, no hay por qué ponerse tan drásticos. Admito que les debo dinero, pero...

—Pero, ¿qué? —le interrumpió Cembollín— ¿Nos lo va a pagar?

—Ahora mismo, la verdad sea dicha, me resulta de todo punto imposible...

—Uy, uy, uy...

—¡Pero le doy mi palabra de que les pagaré! —se apresuró a añadir Vicente.

—No estoy muy seguro del valor de su palabra, “Güevilín”, después de que le proporcionara a mi hermano un número de teléfono falso.

—Pero no lo hice a propósito —adujo Valladar—. Seguramente, con las prisas por obtener el préstamo, me pondría nervioso y cometí un error absolutamente involuntario.

—¿Nervioso dice? Para mí que se volvió usted idiota, porque no acertó una sola cifra de su propio número de teléfono.

—¿Ninguna? —repuso Valladar con tono inocente.

—No señor. Ni siquiera el prefijo provincial de Burgos.

—Ahí tiene usted la prueba de lo alterado que yo estaba.

—Déjese de milongas, “Güevilín”, que no le van a servir de nada. Ya ve que los Cembollines tenemos métodos para localizar a nuestros deudores por mucho que ellos pretendan pegárnosla.

—Le juro que no era esa mi intención, don Aquilino.

—Muy bien. Para demostrarme que es usted un tipo íntegro, dígame: ¿cuándo cree que estará en condiciones de saldar su deuda?

—Es difícil de calcular, la verdad...

—Entonces, deje que yo lo calcule por usted —se le adelantó Cembollín con tono conminatorio—. Escúcheme con atención. Si dentro de un mes no nos ha pagado, traspasaremos su expediente a “Lucifer”. Tiene usted treinta días para conseguir el dinero, o bien para dedicarse a preparar los detalles de su propio funeral.

OLEGARIO

El sol despertó generoso sobre la ciudad de Burgos aquel domingo de abril. Macucha de Rominchal dormía a pierna suelta en su habitación cuando su marido entraba en el piso inferior después de pasar la noche en un hotel en compañía de una joven viajante de grifos.

Evaristo probó suerte durante la reunión vespertina con la moza y ella aceptó encantada la invitación a cenar. A los postres, Rominchal se ofreció a acompañarla al hotel con el pretexto de que no era aconsejable que una joven atractiva anduviera sola por la calle a esas horas de la noche. Por lo visto, Evaristo tampoco consideró seguros para la representante de grifería los pasillos del hotel, ni el interior de su habitación, porque por acompañarla la acompañó hasta la cama.

La gachí resultó un desafío de campeonato para “el mariscal de los retretes”. En cuanto creía haberla dejado satisfecha y cerraba los ojos para abandonarse al sueño, la chavala volvía a la carga. Como no era cosa de quedar por flojo, Evaristo sacaba fuerzas de donde podía para demostrar su hombría a la señorita. Y así una y otra vez. La viajante de grifos era insaciable. El “Fósforo” tuvo que hacer tales esfuerzos que llegó un momento en que, más que disfrutar del sexo, parecía que estuviera siendo torturado.

Cuando, finalmente, la jovenzuela se quedó dormida, Evaristo aprovechó la circunstancia y se largó del hotel lo más rápido que pudo. De camino a casa, notaba cómo le temblaban las piernas, que amenazaban con venirse abajo en cualquier momento por el peso de sus orondas carnes. Le costaba respirar; tenía la sensación de que el aire se solidificaba en el recorrido entre su nariz y sus pulmones. La barriga le pesaba más que nunca y un leve escozor se había apoderado de sus genitales, pero estaba orgulloso de haberse comportado como un verdadero machote.

Entró en su domicilio poco después de las nueve de la mañana. Estaba agotado, deslomado, hecho fosfatina, pero no tenía tiempo para descansar.

<<Me ducho, me afeito, me visto —planificaba mentalmente— y, con un poco de suerte, me da tiempo de tomarme un café bien cargado en el bar de la esquina. Voy dando un paseo hasta la casa de Olegario y así me termino de espabilar. Menos mal que quedamos en que llevara él su coche, porque así puedo echarme una cabezadita en el trayecto hasta Quintana. Si me doy prisa, a lo mejor llego a casa de “Gari” a tiempo de desayunar con él, porque seguro que su mujer le habrá hecho rosquillas, o bizcochos.>>

Rosquillas y bizcochos; y en abundancia. Olegario Morón disfrutó de un opíparo desayuno.

—¿Está rico, mi amor? —le preguntó Benita, su mujer, que se dedicaba a planchar mientras su esposo se pegaba el banquete.

—Delicioso —contestó él en cuanto tuvo la boca vacía—. ¿Me estás planchando la camisa nueva, cariño?

—Ya lo estás viendo, Olegario —respondió Benita sin levantar la vista de la tabla de planchar.

—Pero mujer, si me puedo poner cualquier otra, que solo voy a comer con mis amigos y nos conocemos desde que llevábamos pañales.

—¿Y qué quieres? ¿Qué te planche el pañal de los domingos? Esta es tu mejor camisa y te va que ni pintada con el traje marrón.

—¿El traje marrón? Pero si está sin estrenar.

—Pues lo estrenas.

—Pero...

—Ni pero ni pera. ¿Qué pretendes? ¿Ir hecho un gañán? De eso nada. Que vas a comer con tus amigos, ¿y qué? Como si vas a merendar con el cónsul de las Molucas. Ya que os vais a dar un garbeo por Quintana Salceda, tienes que ir de punta en blanco, para que los de tu pueblo se den cuenta de que ya no eres un simple matarife, Olegario. Que ahora eres el director general del matadero.

Desde luego, a Benita no se le olvidaba el cargo que ostentaba su marido. Sobre todo porque fue ella la que le animó a solicitar la plaza, la que habló con el alcalde, la que dio la murga en la Diputación y la que visitó a la consejera. ¡Menuda era la mujer de Olegario! Menuda, sí; apenas pasaba del metro y medio. Pero le sobraban voluntad y temperamento para obligar a un río a fluir de la mar a la montaña. Cuando Benita se ponía firme y reclamaba lo que consideraba suyo por derecho, daban ganas de llamarla doña Arteria.

A Olegario Morón no se le ocurrió que podría trabajar en el matadero hasta que conoció a Benita. Él se sentía inclinado hacia la creación artística, porque poseía un talento natural para el dibujo, las manualidades, la pintura, la música... Era uno de esos tipos a los que les das un silbato y te interpretan con él “La Primavera” de Vivaldi. Pero Benita le hizo ver la principal diferencia entre mancharse las manos con pintura al óleo y pringárselas con sangre de cerdo: el sueldo fijo que pagaban por esto último en el matadero.

Olegario entró a trabajar en el matadero de Burgos como auxiliar de matarife cuando tenía veinte años. Después fue ascendiendo en el escalafón a medida que Benita se lo fue proponiendo.

—Además —insistía ésta mientras terminaba de planchar la camisa de su marido —, ¿tú crees que el Evaristo se va a presentar en chándal, con lo presumido que es?

—Si tienes razón, cielito —admitió Olegario—. Lo que pasa es que me da como apuro ponerme de estreno.

—¿Qué apuro ni qué ocho cuartos?

—Mujer, ya sé que Evaristo va siempre hecho un *dandy*, pero si aparecemos los dos con nuestras mejores galas, puede que Facundo y Virgilio piensen que queremos hacerles de menos.

—Qué inocente eres, Olegario. Facundo, ahora que tiene dinero, seguro que se os presenta como si fuera a una recepción en el Palacio Real. Y Virgilio se pondrá el traje de los domingos porque su madre no le dejará ir de trapillo.

Sonó el timbre de la puerta y Olegario se levantó.

—Aquí está el “Fósforo” —anunció mientras iba a abrir.

Evaristo llegó muy sonriente, abrazó a su amigo, besó las mejillas de Benita y lanzó una mirada golosa a las rosquillas y bizcochos que quedaban sobre la mesa del comedor.

—Llegas a tiempo —le informó Olegario—. ¿Te apetece tomar algo?

—Uy, no, gracias, si acabo de desayunar.

—Pues no sabes lo que te pierdes, porque Benita ha hecho unas rosquillas que tienen sabroso hasta el agujero.

—Ya que insistes —aceptó Evaristo poniendo cara de resignación mientras avanzaba decidido hacia la mesa—. Pero que conste que no es por gula, sino por hacer aprecio a la cocinera.

Olegario fue a vestirse a su dormitorio y Benita sirvió un café con leche a Evaristo para ayudarle a tragar los bizcochos y rosquillas de los que el mariscal no dejó ni las migajas.

—¿No estás más gordo, Evaristo?

Sin ofenderse por la pregunta de Benita, Rominchal se miró la barriga y la palmeó un par de veces.

—Puede ser —admitió.

—¿Cómo que puede ser? ¿No te dijo el cardiólogo que tenías que perder peso?

—Pero, Benita; si fuésemos a hacer caso de todo lo que nos dicen los médicos, apañados iríamos. Que no fumes, que no bebas, que adelgaces, que hagas ejercicio pero sin esforzarte demasiado, que no comas grasas, ni dulces...

—Vale, Evaristo —le interrumpió Benita—, pero después del susto que te llevaste no deberías tomarte a broma las recomendaciones del cardiólogo. Te advirtió muy seriamente de que no tienes el corazón para muchos trotes.

—Meter miedo. Eso es lo único que hacen los matasanos; meterte miedo para que, al menor dolorcillo, acudas corriendo a la consulta.

Benita se disponía a replicar cuando su marido reapareció hecho un brazo de mar con su traje marrón.

—¿Qué tal me sienta? —preguntó Olegario al tiempo que se giraba sobre sus talones para que los presentes le contemplaran por delante y por detrás.

—Como un guante, “Gari” —le aseguró su amigo—. Con ese tipitín que conservas, te queda la ropa estupendamente. Qué suerte tienes de haber sido un tirillas toda tu vida.

—Además de suerte —intervino Benita— y de buena planta, también tiene voluntad y constancia para cuidarse, ¿verdad, cariñín?

Olegario abrazó a su esposa, la levantó del suelo y le plantó un beso en la boca.

—Y sobre todo —le dijo manteniéndola en el aire—, te tengo a ti, guapetona, que me cuidas mejor que a un sultán.

—No hagas muchos excesos —le pidió Benita en cuanto volvió a poner pie a tierra— aprovechando que no estoy yo para vigilarte, ¿eh? Y mucho ojito con el bebercio, que vosotros cuatro cuando os juntáis...

—¡Quiá, mujer! Un vasito de vino con la comida y una copita de coñac para ayudar a hacer la digestión.

—La sal de frutas es lo que ayuda a hacer la digestión, y no el coñac —repuso ella con gesto severo—. Y mejor todavía, comer poquito.

—Eso va a ser complicado —vaticinó Evaristo—, porque Facundo me dijo que pensaba llevarnos a un asador de chuletas que hay cerca de Sodupe. Y ya sabéis lo exagerados que son los vascos para esto de menear los carrillos.

—Déjate de monsergas, Evaristo —dijo Benita—, que la cuestión no es la cantidad que te sirven sino la que tú te llevas al buche. ¿Sabéis cuál es la comida que menos engorda? —les preguntó mientras Olegario abría la puerta para salir.

—¿Cuál? —replicaron ambos al unísono.

—La que se queda en el plato.

SAN PABLO

La misa dominical de once y media en la iglesia de San Pablo de Quintana Salceda no figuraba en las guías como acontecimiento de interés turístico, pero era la favorita de los feligreses del lugar. Las clásicas beatas que llevaban años siendo las primeras en entrar en la iglesia para asistir a dicha misa se encontraron con una sorpresa aquel domingo de abril. Sentados en el último banco, el más cercano a la puerta, dos vecinos del pueblo, Facundo Palomero y Virgilio Mier, y dos que lo fueron antaño, Olegario Morón y Evaristo Rominchal, conversaban a media voz. La sorpresa para las beatonas no fue que estos cuatro se les hubieran adelantado, sino el mero hecho de que estuvieran allí, puesto que ninguno de ellos había pisado la iglesia en los últimos diez años.

—Entonces, ¿os parece bien mil duros por cabeza? —propuso Facundo a sus amigos, ajeno a las nada discretas miradas que les dirigían quienes entraban en el templo.

—Sea —aceptó Olegario mientras los otros dos asentían—. Pero, ¿quién empieza?

—Cualquiera menos “Viriji” —advirtió Evaristo—, porque seguro que su madre le habrá suministrado información privilegiada.

Virgilio dio un leve empellón en el hombro a Evaristo.

—¿Pero qué dices, hombre? —le espetó—. A ver si te piensas que mi madre se dedica a sonsacarle información al cura.

—Supongo que no —admitió Rominchal—, pero como habrá venido a misa a primera hora de la mañana...

—Pues te acabas de colar, “Fósforo” —replicó Virgilio—, porque resulta que mi madre viene con sus amigas a la misa de una y media. Pero ya que te pones tan tiquismiquis, lo mejor será que lo hagamos por orden alfabético.

—Y un huevo —saltó como un resorte Evaristo—. Mier, Morón, Palomero y Rominchal. Venga, “Viriji”, a ver si te crees que nos acabamos de caer del guindo.

—Mira que eres mal pensado —reprochó Virgilio a su amigo—. Cuando digo por orden alfabético no significa que tenga que ser de apellidos; también puede ser de nombres de pila, ¿no?

Evaristo relajó el semblante y levantó las manos como si le apuntaran con un arma.

—Eso ya es distinto —afirmó— y, en mi modesta opinión, perfectamente aceptable.

—Toma, claro; como que así vas tú el primero —intervino Facundo—.

Dejémonos de discusiones y juguémonos el orden a los fósforos, con permiso del aquí presente.

Evaristo rió de buena gana y sacó de su bolsillo una caja de cerillas que entregó a Palomero. Éste extrajo cuatro fósforos de la caja y, valiéndose de las uñas, descabezó uno de ellos.

—Orden alfabético de apellidos, empezando por el que saque la cerilla sin cabeza, ¿de acuerdo? —propuso Facundo al tiempo que ofrecía a sus amigos su puño derecho del que asomaban los extremos inferiores de las cuatro cerillas.

Aceptaron la propuesta y fueron escogiendo fósforos hasta que Olegario dio con el que no tenía cabeza.

—Mira qué bien —declaró ufano—. Me quedo con los filipenses, que siempre me trajeron suerte.

—Ea, pues todos para ti —le dijo Facundo—. Yo elijo a los corintios. ¿Y tú, Evaristo?

—Gálatas, gálatas. Hoy es día de gálatas.

—Pues yo estoy con los efesios —anunció Virgilio.

—Así me gusta “Viriji” —comentó Evaristo muy socarrón—, que te mantengas fiel a tu estirpe. Tú con los adefesios.

Se echaron a reír los cuatro, con lo que llamaron aún más la atención de los feligreses que ya ocupaban la mayor parte de los bancos de la iglesia. Virgilio sacó su cartera y extrajo de ella un billete de cinco mil pesetas.

—¿Ponemos ahora el fondo para la apuesta —preguntó en voz muy baja, dado que el sacerdote acababa de hacer acto de presencia y el silencio se había adueñado del templo—, o lo dejamos para después?

—Guarda eso, “Viriji” —le apremió Facundo en un susurro—, que como el cura olfatee el dinero, se tira a por él en plancha desde el púlpito.

La ceremonia trascurrió con la habitual solemnidad, con los feligreses alzándose y volviéndose a sentar cada dos por tres y el párroco alternando los recitados con las partes cantadas, como en una zarzuela. Durante los cánticos, a Olegario le dio por improvisar la segunda voz de cada pieza, Facundo y Virgilio tarareaban los trozos cuya letra no recordaban o desconocían, y Evaristo se limitó a repetir las últimas sílabas de cada línea con un segundo de retardo.

—Así parece —le explicó a Facundo cuándo éste le preguntó qué hacía— que he cantado la canción enterita pero que tengo un oído garrafal o un pésimo sentido del ritmo.

La mayoría de los asistentes encontró tiempo, entre tanto levantarse, sentarse, cantar y hasta estrecharse la mano unos a otros en un momento dado de la misa, para cotillear acerca de los cuatro cincuentones que se sentaban en el último banco. Se habló de lo muchísimo que había engordado Rominchal desde la última vez que se había dejado ver por Quintana Salceda. Se comentó el formidable aspecto que lucía Morón, con su figura atlética y su espesa mata de pelo cano. Se especuló con la

posibilidad de que Palomero hubiera regresado al redil de la fe católica en agradecimiento por el premio en la quiniela que el Todopoderoso le había concedido. Se elogió el empeño de la viuda de Mier que, sin duda, había conseguido, por fin, que su hijo volviera a asomar por la iglesia tras largos años de descarrío. Se alabó, de manera sucinta, la elegancia de los cuatro, si bien se empleó más saliva en criticar la creciente calva de Facundo y lo mal que cantaba Evaristo, que no había forma de que cogiera el ritmo, caramba.

Ajeno a tanto cuchicheo, el sacerdote continuó con la liturgia y se colocó ante el atril.

—Lectura —anunció con su característica pompa— de la carta del apóstol San Pablo a los gálatas.

—¡Alabado sea el Señor! —clamó la voz de Evaristo en el silencio del templo.

El cura y los feligreses dirigieron al unísono sus miradas hacia el fondo de la iglesia y vieron cómo los cuatro amigos abandonaban el recinto a la carrera mientras se tronchaban de risa.

Una vez en el exterior, Evaristo proclamó entre carcajadas:

—Queridos gálatas: por la presente os comunico que, gracias a vosotros, acabo de ganarles tres mil duros a mis mejores amigos.

—Menuda suerte has tenido —le dijo Olegario al tiempo que le entregaba un billete de cinco mil.

—De suerte nada, “Gari”; intuición, pura intuición. En cuanto he puesto el pie en la iglesia me he dicho: aquí huele a gálatas.

—Pues cualquiera viviría en Galacia, si los nativos olían así de mal —apuntó Facundo mientras pagaba a su amigo—. A mí el tufo tan peculiar que tiene esta iglesia, mezcla de humedad y de no sé qué más, me desagradaba de crío, cuando venía casi todos los domingos, y ahora, después de tantos años sin asomar el hocico por ahí dentro, todavía me ha resultado más repulsivo.

—No, si ahora nos saldrás —comentó Virgilio— con que si dentro de la iglesia hubiese olido a rosas, tú habrías seguido asistiendo a misa domingo tras domingo como un fiel devoto.

—Ni aunque oliera a perfume de azahar, “Viriji”. Bien sabes tú que el único motivo por el que venía a la iglesia cuando éramos adolescentes era el “San Pablo” que nos jugábamos cada domingo, y eso que solo apostábamos veinte duros por cabeza.

—A propósito, “Viriji” —terció Evaristo—, ¿vosotros los adefesios tenéis por costumbre pagar a vuestros acreedores, o preferís hacerlos los suecos?

Virgilio le entregó el dinero con un mohín de disgusto.

—Aquí tienes tus mil duros, escandaloso. Que hay que ver la que has formado en misa.

—La emoción, “Viriji”; la emoción que me ha embargado.

—Pues te podía haber embargado en silencio, “Fósforo”. Ya verás qué pronto le

va alguien con el cuento a mi madre. Y a ver qué le digo yo entonces.

—Dile la verdad —sugirió Olegario.

—Sí, claro. Le cuento a mi madre que he vuelto a la iglesia, después de tantos años negándome a venir, solo para jugar con mis amigos, y es capaz de traerme agarrado de una oreja ante el cura para que me confiese.

—Coño, “Viriji”, que ya no tienes diez años —le recordó Facundo.

—Ni tú tampoco, “Palito”, pero, ¿a que no te atreves a contárselo a mi madre y quedarte quieto al alcance de su mano?

—Ah, no. Ni de coña. Todavía me acuerdo del coscorrón que me atizó el día que se me ocurrió sugerirle que os iría mejor el negocio si te dejara vender revistas guarras en la librería.

—El caso es que se pasa la vida quejándose de lo torpe que se encuentra y lo que le cuesta hacer el menor movimiento —expuso Virgilio—, pero suelta la mano con una agilidad y una rapidez que para cuando quieres apartarte ya te has llevado el sopapo.

Los cuatro amigos caminaron hasta una explanada cercana a la iglesia donde habían aparcado sus respectivos coches Olegario y Facundo.

—¿Cómo es que te has comprado un monovolumen, “Palito”? —Preguntó Olegario mientras se acomodaba junto a Evaristo en el asiento trasero del “Ford Galaxy” nuevecito de Palomero.

—Más que nada, por la perspectiva que tienes de la carretera cuando conduces. Se ve que, después de llevar tantos años la furgoneta, me he acostumbrado a este punto de vista.

—No eres tú raro ni nada. —Rominchal no parecía muy satisfecho con la explicación. —Pudiendo comprarte un “Mercedes”, te conformas con esto.

—¿Y para qué narices quiero yo un “Mercedes”? ¿Para llamar la atención en el pueblo, donde el único que tiene un “Mercedes” es el alcalde?

—Y Chamorro —le corrigió Virgilio.

—Eso; el alcalde y Chamorro.

—¿Qué Chamorro? —quiso saber Olegario.

—¿Qué Chamorro va a ser? —le dijo Facundo—. El churrero.

—¿El churrero? —Evaristo no daba crédito a lo que oía. —¿Cómo ha podido prosperar tanto ese mindundi, con la birria de churros que perpetraba el condenado?

—Porque cerró la churrería en cuanto le nombraron concejal de urbanismo —le respondió Palomero.

—¿El churrero es concejal?

—Como lo oyes, “Fósforo”. Y por lo visto, el ladrillo y el cemento se le dan infinitamente mejor que la masa y el aceite.

—Luego nos quejamos de lo mal que van las cosas —reflexionó Evaristo con gesto adusto—, pero la culpa es nuestra, por permitir que nos gobiernen los churreros.

—Tranquilízate —le aconsejó Facundo— y no te pongas a renegar, que cuando empiezas no hay quien te pare. —Se ajustó el cinturón de seguridad, puso en marcha el motor y partieron con rumbo norte.

DIMAS

Los domingos, de no mediar tormenta, Vicente Valladar se daba el gusto de salir a tomar el aperitivo. Y no dejó de hacerlo aquel domingo de abril, pese a sentirse con el mismo ánimo que un peso pluma aficionado a punto de saltar al *ring* para enfrentarse al campeón mundial de los pesos pesados. Tan taciturno era su semblante que Dimas Pombo, el amigo con quien acostumbraba a compartir el aperitivo dominical, se interesó por su salud nada más verle entrar en la taberna donde solían encontrarse.

—¿Estás bien, “Güevilín”?

—Vicente —replicó éste de inmediato—, llámame Vicente.

—Vale, chico, vale. Pero es que traes muy mala cara. Y menudas ojeras...

—Como que no he pegado ojo en toda la noche.

—¿Estás enfermo? ¿Te duele algo?

—Qué va, qué va. Es que tengo un problema que no logro quitarme de la cabeza.

—¿Y para qué están los amigos? Anda, cuéntame lo que te pasa, a ver si yo puedo echarte una mano.

Este Dimas, que se tenía por el mejor amigo de Vicente, era en realidad el único amigo de Vicente. Creía tener la misma edad y la misma estatura que Valladar, pero era mayor y más alto que él, porque Vicente se ponía cinco años de más y unas alzas de medio palmo en los zapatos.

A diferencia de Vicente, Dimas estaba casado. Había pegado, varios años antes, un modesto braguetazo del que obtuvo un buen empleo y una esposa fea y oblonga lejanamente emparentada con cierto notable burgalés, a la sazón, jefe de Dimas. A éste, lo que más le satisfacía de su matrimonio era, precisamente, lo útil que le resultó para encontrar trabajo ya que, en lo tocante a su señora, Dimas Pombo se atenía a una simple regla de comportamiento: molestarla lo mínimo y pasar con ella el menor tiempo posible. De ahí que Pombo compartiera con Valladar la querencia hacia las profesionales del sexo. En una curiosa simbiosis, Vicente se ocupaba de conseguir que las protegidas por “Apochical” le hicieran precios especiales a Dimas y éste suministraba a Valladar información sobre todo lo que sucedía en la ciudad. Porque Dimas poseía una rara habilidad para enterarse de todo antes que nadie. Desde el chismorreó más inofensivo a la noticia bomba. Y aunque por regla general detestaba el cotilleo, con Vicente hacía una excepción porque consideraba que los verdaderos amigos se lo cuentan todo el uno al otro.

—Vamos, hombre, ábreme tu corazón —instó al cariacontecido Valladar—. ¿Qué es eso tan grave que no te deja dormir?

Vicente guardó silencio mientras el camarero les servía sendos vasos de vino

blanco. Luego, echó un vistazo a los parroquianos que se hallaban cerca de ellos, y cuando estimó que todos parecían estar pendientes de sus propios asuntos, se decidió a confesar.

—Lo que me sucede es que he tenido una mala racha en el hipódromo.

—No me sorprende. Como nunca haces caso de mis consejos...

—Para el carro, Dimas. Si esos jamelgos que tú me recomendabas, y a los que yo no hacía el menor caso, hubiesen ganado las carreras en las que participaban, a estas alturas tendrías que ser más rico que la reina de Inglaterra.

—Pero si es que yo nunca apuesto en las carreras —se justificó Dimas.

—Más a mi favor. Valiente fe demuestras tener en los pencos que recomiendas, cuando ni tú mismo apuestas por ellos.

—No es falta de fe; es solo que yo jamás juego. Me mantengo apartado del vicio.

Vicente dio un sorbo al vino y alzó la ceja derecha.

—Venga, Dimas, no te las des de virtuoso conmigo.

—Yo no me las doy de nada, pero conozco perfectamente los quebraderos de cabeza que causa el vicio del juego. ¿O no es de eso, precisamente, de lo que me estás hablando? —añadió con una malévola sonrisa que borró de inmediato para engullir un trozo de tortilla de patata.

—Sí, sí, supongo que de eso se trata.

—Quedamos en que sufriste una mala racha —farfulló Dimas con la boca llena.

—Malísima. Pero lo peor fue que, cuando ya estaba sin blanca, me llegó un soplo formidable. Tenía una apuesta segura y los bolsillos vacíos. ¿Qué podía hacer?

Dimas le contestó después de echar un trago de vino para ayudar a la tortilla a descender esófago abajo.

—Largarte a tu casa y olvidarte para siempre de las carreras de caballos.

—Eso resulta fácil decirlo ahora, a toro, mejor dicho, a caballo pasado. Y más para alguien que no juega nunca.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Recurrí a unos prestamistas.

—Feo asunto.

—Horrendo —reconoció Vicente—. En lugar de recuperarme, solo conseguí aumentar mis problemas. Porque ahora los muy canallas ya no se conforman con reclamarme lo que les debo y han empezado a amenazarme.

—Vaya por Dios. ¿Quiénes son esos rufianes?

—Los hermanos Cembollín.

—Entonces no te preocupes, que los Cembollines no se comen a nadie.

—No, si no son los Cembollines los que me preocupan.

—¿Ah no? —dijo Dimas al tiempo que lanzaba un par de aceitunas al interior de sus fauces.

—No. Lo que ocurre es que me han dado un plazo para pagarles y, si no liquido la deuda antes de esa fecha, me han amenazado con pasar mi nombre a “Lucifer”.

—¡“Lucifer”! —exclamó Dimas con tal ímpetu que las dos aceitunas salieron disparadas de su boca y pasaron rozando la oreja izquierda de Vicente— ¡Me cago en mi sombra! ¡Eso son palabras mayores! ¡“Lucifer” no falla nunca! ¡De la lista de “Lucifer” solo se sale con los pies por delante! ¡“Lucifer” es el mayor proveedor del cementerio de Burgos!

—Sí, eso —musitó Vicente con voz fúnebre—, tú dame ánimos.

RELOJ, NO MARQUES LAS HORAS

El sol acompañó al reluciente vehículo en el que viajaban los cuatro burgaleses hasta que llegaron al límite con la provincia de Vizcaya. A partir de ahí, el cielo se cubrió de nubes cada vez más grises. Dentro del coche, la continua conversación del cuarteto se alzaba sobre las canciones de un trío: “Los Panchos”.

—Pero bueno, “Palito” —protestó de pronto Evaristo—; ¿es que solo te has traído cintas de “Los Panchos”?

—Las quejas aquí, al pinchadiscos —Facundo inclinó la cabeza hacia Virgilio—, que quedó en encargarse de la música y se ha venido de vacío. Menos mal que el día que me dieron el coche me traje esta cinta para probar el equipo de música. Si quieres, pongo la radio y buscamos alguna emisora. Aunque, ahora que lo pienso, yo creía que a ti toda la vida te gustaron “Los Panchos”.

—Y me gustan —reconoció Rominchal—, pero en pequeñas dosis. No este monográfico de dramas que nos estás endosando. Porque, chico, todo son desgracias. Que si ella se fue, me dejó, yo la quiero y si me dice ven lo dejo todo, pero ella me dice ahí te quedas y se larga con otro, que me faltan sus besos, que mi vida se apaga... Yo es que no comprendo cómo “Los Panchos”, en lugar de seguir tan panchos, no acabaron ahorcándose con las cuerdas de sus guitarras.

Ya que su participación en el asunto musical no había sido muy brillante, Virgilio decidió ofrecer una explicación.

—El caso es que yo iba a traer unas cintas de las que tengo en la librería. Ayer por la tarde, para que no se me olvidaran, me las metí en los bolsillos de la cazadora, pero como esta mañana mi madre me ha obligado a ponerme el traje, la cazadora se ha quedado en casa con las cintas de Sinatra, Tom Jones y los “Platters”.

—Mira qué pena —estimó Olegario—, porque con éstos no habría problema. Como cantan en inglés, lo mismo da que hablen de la luna que de un funeral.

—Ah, no —objetó Evaristo—, eso sí que no. ¿Cómo puedes disfrutar de una canción si no entiendes lo que dice?

Olegario miró a su compañero de asiento con cara de incredulidad.

—No me salgas con eso, “Fósforo” —le dijo—; bien que te gustan a ti los pasodobles que toca la banda en las corridas de toros, y no creo que sea por la letra.

—Déjalo, “Gari” —le aconsejó Facundo—, que lo que le pasa a Evaristo es que nunca está contento con nada.

—Pero si solo he dicho que en las canciones de “Los Panchos” hay más tragedias que en una telenovela —se defendió Rominchal.

—O sea, que tendríamos que haberte puesto —sugirió Palomero en tono de guasa

— los grandes éxitos de Gaby, Fofó y Miliki: “Hola, don Pepito”, “La gallina Turuleca” y “La polquita del plin-plin”.

—Mira que eres cachondo, “Palito”.

—Coño, Evaristo, si lo he sido toda la vida, ahora que he tenido un golpe de suerte lo seré con mayor motivo, ¿no te parece?

—Me parece, me parece —convino Rominchal con cierta sorna—. Me parece que hace falta ser un auténtico cachondo para comprarse una furgoneta pudiendo comprarse un “Mercedes”.

Facundo dio un manotazo sobre el volante.

—¿Otra vez me sales con lo mismo? Si ya digo yo que a este hombre, para darle gusto, hay que enchufarle la minga a la red eléctrica.

—¿Acaso me vas a decir que no te gustan los “Mercedes”? —insistió Evaristo mientras se sacaba del bolsillo un paquete de tabaco.

—Me encantan, “Fósforo”, me encantan. Enciéndeme un pitillo, haz el favor.

—Pues cómprate uno, “Palito”.

Facundo frunció el ceño y dirigió una mirada de extrañeza al reflejo de Evaristo en el retrovisor.

—¿Tan mal va el negocio de los retretes que ya no invitas a tabaco a los amigos a los que acabas de ganarles quince mil pesetas en un “San Pablo”?

—Un “Mercedes”, Facundo, que te compres un “Mercedes” —aclaró Evaristo—. Este coche lo puedes usar para viajes largos, ya que te resulta más cómodo de conducir —sugirió mientras encendía un par de cigarrillos—, y el “Mercedes” lo reservas para trayectos cortos. Por ejemplo, para ir todos los días al centro de Quintana a por el pan y hacer que les corroa la envidia a tus convecinos —se echó hacia delante y puso en la boca de Facundo uno de los pitillos que acababa de encender.

—¿Pero tú que te crees? —replicó Palomero sin levantar las manos del volante, mostrando una gran habilidad para sostener el cigarrillo entre los labios mientras hablaba—. Un “Ford Galaxy”, un “Mercedes” y, ya de paso, también puedo comprarme una escudería entera de fórmula uno. Ni que me hubieran regalado la Fábrica de la Moneda.

—Anda, éste —intervino Virgilio—, ya empieza a mirar la peseta. A ver si ahora se va a echar atrás y nos toca rascarnos el bolsillo.

—De eso nada, “Viriji”. Os prometí que os invitaba a una comida y os voy a invitar. Y si por mí fuera, os llevaba a comer a mi costa cada fin de semana a un restaurante distinto. Pero desde que estos dos se fueron de Quintana, juntarnos es más difícil que pillar cuatro reyes en una mano de mus.

Olegario bajó la ventanilla para que entrara un poco de aire fresco en el coche.

—Así es la vida, “Palito”. Ya no tenemos veinte años. Vosotros dos seguís solteros y os gobernáis como mejor os parece en lo que atañe a vuestro tiempo libre, pero el “Fósforo” y yo tenemos nuestras responsabilidades.

—No sigas, que me vas a hacer llorar —repuso Facundo—, y la Dirección General de Tráfico recomienda no conducir con los ojos llenos de lágrimas.

Evaristo dio una profunda calada a su cigarro y después lanzó al aire unas palabras envueltas en humo.

—Pitorréate todo lo que quieras, “Palito”, pero sabes de sobra lo que me cuesta sacar algo de tiempo libre. A ver si te crees que los lavabos se venden ellos solitos.

—No te mosquees, hombre.

—Si no me mosqueo, Facundo. Pero es que es muy bonito decir que no nos vemos casi nunca. Anda que no me gustaría a mí que saliéramos de farra todos los sábados, como hace treinta años. Ay amigo; cuando quieras te cambio la huerta por los sanitarios, a ver si tú les sacas más rendimiento que yo. Ah, y de paso, te quedas también con mi mujer, que no quiero ni contarte lo que me cuesta mantenerla. Y a mí tampoco me han regalado la Fábrica de la Moneda, ¿sabes? No tengo otro remedio que trabajar como un mulo, más horas que nadie y más días a la semana, que para eso soy mi propio jefe. Para que, encima, luego me venga el médico con el cuento de que lo que me hace falta es reposo. ¿No te jode? ¡Menuda lumbrera el matasanos!

Como a Evaristo se le había encendido el rostro y la papada le palpitaba como si tuviera vida propia, sus tres amigos le rogaron a coro que se calmara.

—Hay que ver cómo te sulfuras por nada —le dijo Olegario—. Comprendo que no puedas dedicarte a la vida contemplativa por mucho que el médico te lo recomiende pero, por lo menos, ahórrate estos berrinches tan tontos, que no tienes el corazón como para andarte con bromas.

—Relájate y disfruta, “Fósforo” —le aconsejó Virgilio—, que estamos de fiesta y vamos a meternos una buena chuletada entre pecho y espalda por gentileza de aquí —señaló con el pulgar izquierdo a Facundo—, el viejo nuevo rico.

—¿Viejo yo? —protestó el conductor—. Habló de putas “la Tacones”. Si solo te llevo cuatro meses, “Viriji”. De todas formas, tienes razón; para una vez que nos reunimos los cuatro para darnos un buen homenaje, no merece la pena que perdamos el tiempo renegando. ¿Estás de acuerdo, Evaristo?

—Estoy de acuerdo. Pero más te vale que sirvan buen rancho en el restaurante al que nos llevas.

—¡Rancho dice! —exclamó Palomero—. Os advierto que, según decía el anuncio del periódico, vamos a comer, y cito textualmente, “las mejores chuletas de Euskadi, o sea, del mundo”.

—¿Cómo se llama? ¿Mesón “Modesto”? —apuntó irónico Olegario.

—No. “Afarí Poti”.

—Lo decía de coña, “Palito” —explicó Olegario.

—Pues yo no. Se llama así: “Afarí Poti”.

CHULETADA

Hacía poco más de tres meses que el minúsculo bar “El porrón” se había convertido, en virtud de una veloz metamorfosis que incluyó la anexión de la lonja colindante, en el restaurante especializado en chuletas “Afarí Poti”. Lo que el dueño se gastó en las obras de remodelación y en adquirir el local contiguo, decidió ahorrárselo en personal. Además de un cocinero y un ayudante que hacía las veces de auxiliar, pinche, recadero y marmitón, contrató, para atender las diez mesas del comedor, a un solo camarero. Un sujeto cojo, con un frondoso bigote en su sempiterna cara de malas pulgas, cuyo principal mérito fue aceptar sin rechistar las condiciones leoninas del contrato. La cojera del mozo no era de las que pasan desapercibidas. Tenía una pierna mucho más corta que la otra, como si fueran las agujas de un reloj.

Cuando Facundo, Olegario, Evaristo y Virgilio entraron en el “Afarí Poti”, el camarero estaba de pie junto a una mesa cercana a la puerta. En cuanto echó a andar para acercarse a ellos, los cuatro se lanzaron a sujetarle porque creyeron que se caía de costado al suelo.

—¡Oigan, oigan, las manos fuera! —protestó enérgicamente el cojo mientras se quitaba de encima al cuarteto de burgaleses—. A ver: ¿tienen reserva o solo han venido a meterme mano? Porque si no tienen reserva ya se están largando con viento fresco.

—Tenemos una mesa para cuatro reservada a nombre de Facundo Palomero —confirmó éste. —Vale.—Dicho lo cual, dio media vuelta y basculó hacia el fondo del comedor.

Tras un instante de duda, los cuatro cincuentones se decidieron a seguirle.

—Este fulano —comentó Evaristo en voz baja— se gastará una fortuna en pastillas para el mareo, porque cabecea más que un barquichuelo en plena marejada.

Sin siquiera girarse para mirarles, el camarero alzó de pronto el puño derecho, extendió el dedo índice y lo sacudió un par de veces en dirección a una mesa vacía.

—Ahí —anunció, e hizo mutis pendular por la puerta de la cocina.

Los cuatro amigos se quedaron mirándose unos a otros como pasmarotes hasta que Olegario se quitó la chaqueta, la colocó en el respaldo de una silla y los demás le imitaron.

De las diez mesas del comedor solo cinco estaban ocupadas, curiosamente, las más cercanas a la cocina. La que correspondió a los burgaleses estaba tan arrimada a una esquina que se las vieron moradas para acomodarse. Facundo se embutió, como buenamente pudo, en la silla del rincón y, cuando Virgilio se sentó a su lado, separaron un poco la mesa para estar más cómodos. Pero poco les duró el confort.

Olegario, merced a su esbelta figura, ocupó su sitio con aparente facilidad, pero Evaristo se vio obligado a balancearse adelante y atrás hasta que logró encajarse en su silla y empotró de nuevo a Facundo y Virgilio contra la pared del fondo.

—Afloja un poco, “Fósforo”, que nos espachurras —imploró Palomero.

—¿Hacia dónde quieres que afloje, si estoy espalda con espalda con el de la otra mesa?

—Pues mete tripa, caramba —insistió Facundo—, que nos vas a incrustar el borde de la mesa en el esternón.

—Si te parece, me la meto en el bolsillo, ¿no te jode? —replicó Evaristo con evidente mosqueo—. Lo que tenemos que hacer es cambiarnos a otra mesa. —Se giró con dificultad y añadió—. A ésa del medio, que es más grande.

—¿Pero no ves que tiene preparados seis servicios? —le indicó Virgilio.

—Pues por eso lo digo, “Viriji”, porque en una mesa para seis estaremos mucho más a gusto.

—Hasta que aparezcan las personas para las que está reservada y se nos sienten encima.

El mariscal puso cara de disgusto ante la réplica de Virgilio pero no se dio por vencido.

—Decid lo que queráis, pero aquí no cabemos. Estamos hombro con hombro y cuando traigan los chuletones tendremos que hacer turnos para partirlos.

—Bueno, Evaristo, tranquilízate —le pidió Facundo—. A ver si vas a montar el pollo nada más llegar.

—¿Qué pollo ni qué niño muerto? Yo solo digo que estamos tan apretados que igual corto mi chuleta con tu mano izquierda y la mastico con los dientes de “Viriji”.

—Mira, “Fósforo” —trató de apaciguarle Palomero—; ahora, cuando venga el camarero, le preguntamos si podemos cambiar de mesa. Pero haz un esfuerzo y aguántate las ganas de cabrearte, por favor.

Efectivamente; cuando llegó el bigotudo con una hoja de papel a la que se refirió como “la carta”, Facundo le expuso la cuestión con delicadeza y le preguntó si podían trasladarse a otra mesa.

—No —fue la lacónica respuesta que les dio el camarero antes de dar media vuelta y alejarse con su andar oscilante.

—Anda que no es borde el cojo —estimó Facundo.

—Y que lo digas —le secundó Virgilio—. Por cierto, ¿vosotros no le encontráis parecido a alguien? Porque a mí, desde que hemos entrado, me recuerda a alguien, pero no sé a quién.

—¡A Astérix! —saltó de pronto Olegario—. Con ese bigotazo, se parece una barbaridad a Astérix el galo.

—Es verdad —corroboró Virgilio—; es clavadito a Astérix pero con el pelo negro.

—Y con una pierna suya y la otra del druida de la aldea —apostilló Olegario.

Como ya eran casi las tres de la tarde, Evaristo concentraba todo su interés en un asunto muy diferente al de los parecidos.

—¿Qué hay para comer, “Palito”? —preguntó a Facundo, que era quien sostenía el papel con el menú.

—Aquí solo pone que hay tres tipos de chuletas: “ugari” o grande, “beraldiko” o supergrande y “gizandi” o extragrande.

Olegario expresó las dudas de los cuatro.

—¿Cuál pedimos? Porque como nos sirvan una exageración de chuleta, lo mismo estamos masticando hasta la madrugada y nos vamos a casa con la mandíbula para el arrastre.

—Seguro que con la “ugari” esa tenemos suficiente —auguró Virgilio—, porque ya sabéis que para los vascos grande significa enorme. De todas formas, lo que importa es que la carne sea de buena calidad y esté bien preparada.

Este argumento no convenció del todo a Rominchal. Acostumbrado a disponer de poco tiempo para comer, prefería no andarse por las ramas con disquisiciones acerca de la calidad gastronómica de lo que fuese a engullir y asegurarse, eso sí, de que la pitanza fuera abundante.

—Lo mejor —sugirió Palomero— será pedir consejo a “Péndulix” cuando vuelva a asomar el mostacho.

Rieron a mandíbula batiente la ocurrencia de Facundo hasta que el camarero se les acercó libreta en ristre.

—¿Van a pedir alguna cosa o prefieren pasar la tarde contándose chistes?

—¿Usted qué nos recomienda? —le preguntó Facundo.

—Que se decidan pronto, porque tengo otras mesas que atender.

—Es que tenemos dudas —le explicó Olegario— respecto al tamaño de las chuletas.

—Grande, supergrande y extragrande —recitó de carrerilla el cojo.

—Que vienen a ser —trató de averiguar Evaristo— de medio kilo, de tres cuartos y de un kilo, ¿no?

—Eso es lo que usted dice.

Rominchal lanzó una mirada furibunda al camarero.

—Evaristo... —pronunció delicadamente Facundo desde la esquina opuesta de la mesa.

El mariscal emitió un áspero bufido, bajó la cabeza y reprimió las ganas de abroncar al del bigote.

Armado de una paciencia inagotable, Olegario procuró hacerse entender.

—Lo que queremos es que nos diga lo que más nos conviene pedir, para que no nos quedemos con hambre ni nos sobre media chuleta. ¿Las grandes son...? —Separó poco a poco las palmas de las manos.

—Grandes —afirmó el camarero—. Las grandes son grandes.

—¿Y las extragrandes son...? —Olegario abrió los brazos cuanto pudo, desde la

pared hasta el hombro de Evaristo.

—Más grandes que las grandes —respondió el cojo impertérrito.

Con una perseverancia que habría maravillado al mismísimo Sísifo, Morón lo volvió a intentar desde el principio.

—¿Las chuletas “ugari” son adecuadas para adultos de compleción normal, tirando a robusta, como nosotros?

El cojo tardó unos segundos en captar el significado de la pregunta y, finalmente, contestó.

—Las chuletas “ugari” son unas chuletas bien hermosas, señor mío.

—En ese caso, si vosotros estáis de acuerdo, tráiganos cuatro chuletas “ugari”.

Como nadie puso objeción alguna, el mozo se aprestó a anotar la comanda.

—Por cierto, ¿las chuletas llevan guarnición? —quiso saber Evaristo.

—Naturalmente.

—¿Y qué llevan? ¿Patatas fritas?

—¿Qué van a llevar? —replicó el cojo con desdén—. ¿Albondiguillas?

—¡Pero bueno! —exclamó Rominchal, que intentó ponerse de pie pero lo único que consiguió fue arrear un barrigazo a la mesa que hizo temblar la vajilla.

Los cuatro comensales se apresuraron a sujetar vasos y platos, circunstancia que aprovechó el bigotudo para tomar las de Villadiego.

—¡Espere, espere! —le gritó Facundo—. Tráiganos ensalada y, para beber, vino.

—Vino —repitió el mozo sin detenerse.

—¿Pero es que solo tienen una clase de vino? —se asombró Virgilio.

El camarero se paró ante la puerta de la cocina, dio un giro parabólico de ciento ochenta grados, volvió sobre sus irregulares pasos y se plantó ante Virgilio.

—¿Cómo vamos a tener solo una clase de vino? —le espetó—. ¿Dónde se cree usted que está? ¿En una tascucha del tres al cuarto?

—No se ofenda, oiga, que solo era una pregunta —se disculpó el librero—. A ver: ¿qué vino tienen?

—Tinto, blanco y clarete —respondió el cojo—, todos de la casa.

—Pues sí que hay mucha variedad —protestó Facundo en voz baja.

Por fin, pidieron dos botellas de vino tinto y el camarero se retiró hacia la cocina.

—¿No os quejaréis —preguntó Evaristo a sus amigos— de la exhibición de temple y autocontrol que os acabo de ofrecer? Lo mío me ha costado aguantarme las ganas de montarle una bronca monumental al mentecato este de la pierna y media. Que conste que me he sujetado las riendas por ti, “Palito”; para no estropearle la celebración de tu ingreso en el club de los ricachones.

Palomero compuso una exagerada mueca de emoción y fingió que se secaba unas lágrimas.

—Tú sí que eres un amigo, “Fósforo”. Si no fuera porque me has encajado entre la mesa y la pared, me levantaría para darte un besazo en los morros.

—Me doy por besado, guapetón —siguió la broma Evaristo.

—Oye, Facundo. ¿Qué se siente al ser rico? —preguntó Olegario quien, en realidad, no sabía ni cuánto dinero tenía él mismo, ya que en su casa las cuentas las llevaba Benita.

—La verdad es que, ahora mismo —explicó Facundo—, me siento hambriento e indeciso.

—Indeciso, ¿por qué? —inquirió Virgilio.

—Porque, después de quitarme de encima la hipoteca y de comprarme unas cuantas cosas que necesitaba y otras tantas que no me hacían ninguna falta, no sé qué hacer con lo que me queda en el banco.

—Coño, pues pon un negocio.

—Claro, “Viriji”, después de oírte a ti todos estos años quejarte de lo mal que funciona el tuyo, sería lo más lógico.

—Hombre, es que, hoy en día —terció Evaristo—, las librerías no pasan por su mejor momento. Pero sería cuestión de estudiar otras alternativas.

—Ya sé —anunció sonriente Facundo—. Puedo poner una tienda de sanitarios en Quintana o, mejor todavía, en la capital, que hay más clientes potenciales. Lo que no sé es cómo llamarla. A ti, Evaristo, como experto en la materia, seguro que se te ocurre un buen nombre.

—No me toques las pelotas, Palomero —replicó Evaristo con tono glacial.

—No está mal, no está mal. Incluye mi apellido y tiene cierta relación con el producto. Pero, ¿no crees que tal vez resulte un poco largo?

—Lo que te va a resultar largo —le advirtió el mariscal— va a ser el dolor por el sopapo que te voy a dar como no dejes de tocarme las pelotas.

La amenaza se desvaneció con la llegada de una botella de vino en manos del camarero. Olegario se apresuró a llenar los vasos mientras ofrecía su propia opinión acerca de las iniciativas comerciales.

—¿Sabéis qué negocios van como la seda? Las agencias que organizan bodas. Ganan dinero a espuestas.

—También tendría par de narices —estimó Facundo— que, después de cincuenta y seis años de soltería, ahora me dedicase a organizar bodas.

—Tómatalo a guasa, pero esa gente se forra.

—¿Y cómo estás tú tan enterado? No me digas que se va a casar alguno de tus hijos.

—La chica mayor, la Maribel —confirmó Olegario—. Quiere casarse en otoño.

—Eso merece un brindis —propuso Evaristo alzando su vaso.

Después de que los cuatro brindaran y bebieran, Olegario pudo continuar.

—A propósito, tenéis que hacerme un favor. Pasar por el juzgado de Quintana Salceda y preguntar qué papeles hacen falta para casarse allí o en el ayuntamiento que, no es porque sea mi pueblo, pero son de los más bonitos de la provincia. Tú te puedes acercar en un ratito libre que tengas, ¿verdad, “Viriji”? Total; el juzgado está a dos pasos de tu librería.

—Descuida, “Gari”, que yo me encargo —le prometió Virgilio—. Pero, ¿no dices que te lo va a organizar una agencia?

—¡Quia! ¡Ni harto de vino! Me pasé por una para ver cómo funcionan, pero luego me puse a hacer cuentas con Benita y comprobamos que no merece la pena. Te ahorran un montón de trámites y preocupaciones, eso sí, porque se lo encargas absolutamente todo, menos buscarle novio a la chica, y te olvidas del asunto. Pero si lo haces por tu cuenta y riesgo te sale por menos de la tercera parte de lo que te cobra la agencia. Solo con las invitaciones, que se las voy a hacer yo mismo con el ordenador de mi oficina, ya nos ahorramos un dineral. Y seguro que quedan mucho más bonitas.

Apareció el camarero portando una fuente repleta de hojas de lechuga. Se detuvo a escasa distancia de la mesa y carraspeó. Era su forma de pedir que le hicieran sitio para depositar la fuente. Aunque más que depositarla la dejó caer. Después se marchó.

—¿Esto es la ensalada? —Evaristo investigaba con el tenedor entre la lechuga por ver si daba con algún otro ingrediente. Pero investigaba en vano—. Si solo es lechuga. Vaya una ensalada del carajo. Y con esta fuente para los cuatro no tenemos ni para empezar.

Tenía toda la razón. Para cuando el camarero regresó con la cesta del pan, de la ensalada no quedaba ni el recuerdo. El mozo lanzó la cesta sobre la mesa y torció el gesto cuando le pidieron más ensalada. Pero aún lo torció más cuando Evaristo le recordó que habían pedido dos botellas de vino y solo les había traído una.

—Cuando se acaben ésta me piden la otra. ¿Estamos? —Y se retiró bamboleante hacia la cocina.

Evaristo resopló, apuró el vino que le quedaba, echó mano a la botella, llenó de nuevo su vaso y lo vació de un trago.

—Oye, “Gari” —intervino Facundo con intención de relajar el ambiente—, el novio de tu chica, ¿es buen partido? ¿A qué se dedica?

—Es sociólogo.

—¿Sociólogo? —se extrañó Rominchal.

—Un sociólogo —se lanzó a explicarle Facundo— es un individuo que, si ve a la gente rascarse el culo, dice que la gente se rasca el culo.

—Ah. Y saca la conclusión de que a la gente le pica el culo.

—No, no, Evaristo —le corrigió Palomero—, nada de sacar conclusiones, que tiene que dejar trabajo para los psicólogos.

—Qué mala leche tienes, “Palito” —le reprendió Olegario entre risas—. De todas maneras, el chico trabaja en una agencia de publicidad. Según dice mi hija, tiene mucho futuro. Lo que significa que está empezando y que ganará una miseria durante una buena temporada.

—Ahí vienen las chuletas —anunció Virgilio al ver que el camarero salía de la cocina con un plato en la mano derecha.

Evaristo se precipitó sobre la botella y repartió el vino que quedaba entre los cuatro vasos. Con una sonrisa de oreja a oreja, alzó la botella vacía y la mantuvo tan alta como pudo. El cojo llegó junto a ellos y, cual moderno discóbolo, lanzó el plato a la mesa. Y con notable pericia, dicho sea de paso. Notable, pero no sobresaliente. Cayó el plato sobre la mesa, la chuleta sobre el plato, las patatas sobre la chuleta y dos goterones de grasa sobre la camisa de Evaristo.

“El mariscal de los retretes” se quedó de piedra, con los ojos abiertos como paraguas y la mano alzada con la botella vacía. Si en lugar de ponerse rojo, se llega a poner verde, le faltaría la corona para ser la Estatua de la Libertad. Con extrema delicadeza, Olegario le quitó la botella de la mano y pidió más vino al camarero.

Mientras Rominchal se serenaba y examinaba los lamparones de su camisa, los demás dedicaban su atención a la chuleta. Aunque las patatas fritas ocultaban parte de su contorno, se apreciaba que no era mayor que la palma de la mano de un niño. Una hiena hambrienta habría despreciado la pieza porque tardaría menos en comérsela que en ingeniar una coartada verosímil para explicar a sus compañeras de manada por qué le olía el aliento a carne.

El mozo se plantó ante la mesa con la segunda chuleta. Al verle, Evaristo desplegó su servilleta y la levantó ante sí a modo de parapeto. Pero esta vez, Virgilio salió al quite y arrebató el plato al camarero antes de que éste intentase mejorar su marca. Y repitió el procedimiento con las dos chuletas restantes.

—Luego, tendré que darte a ti la propina, ¿eh, “Viriji”? —bromeó Facundo.

—A éste, lo que quieras —le advirtió Evaristo—, pero como se te ocurra darle algo al cojo, te pego una paliza que te avío.

La segunda botella de vino, que el camarero dejó sobre la mesa con su acostumbrada displicencia, contribuyó a que los comensales dispensaran la reducida talla de las chuletas. El tinto les animó a soltar las lenguas y como, entre la carne y la segunda tanda de hojas de lechuga, tampoco es que tuvieran mucho que masticar, no dejaron de charlar de esto y de lo otro.

—Oye, Facundo, ¿te has deshecho de tu furgoneta vieja? —quiso saber Virgilio.

—Todavía no, porque en el concesionario no me daban un duro por ella y estoy a la espera de que algún chatarrero me haga una oferta. ¿Por qué lo preguntas?

—Hombre, porque me la podías dejar a mí.

Evaristo abrió la boca como si fuera a zamparse el plato tras haber terminado con la chuleta.

—¿A ti, “Viriji”? —preguntó atónito—. Pero si tú no sabes conducir.

—Ya, pero voy a aprender.

—Sí, como cuando fuiste conmigo a la autoescuela, ¿no?

—Tenía diecisiete años. Era un pipiolo —pretextó el librero.

—Más joven era el pobre borrico de la lechera de Quintana.

—Ya empezamos.

—¡Qué tío! —Evaristo hizo una breve pausa para refrescarse el gástrico y captar

toda la atención de sus amigos y continuó—. La primera vez en su vida que coge un volante, y se carga a un burro nada más arrancar.

—Fue cosa de mala suerte —se excusaba Virgilio entre las carcajadas de sus amigos—. Lo peor fue que cogí mala fama y luego no me admitían en ninguna autoescuela.

—Por suerte para los burros —apostilló Evaristo.

—¿Y tú crees —intervino Facundo— que ahora te admitirán en alguna, “Viriji”?

—Sí, hombre, sí —se adelantó jocoso Rominchal—; si hoy en día apenas quedan lecheras, y las pocas que hay van todas en furgoneta.

A Virgilio no le importaba ser la víctima del choteo de sus compañeros pero, aun así, se puso serio para dar una explicación.

—No pienso ir a ninguna autoescuela. Me prepararé por mi cuenta y haré el examen por libre. Por eso me vendría bien tu furgoneta, para que me enseñes a conducir, ¿eh, Facundo?

Como ya no tenía viandas con las que entretenerse, la lengua de Evaristo estaba de lo más inquieta.

—Mira, “Palito”, ya no tendrás que pensar en qué gastarte el dinero que te queda en el banco. Solo para pagar daños y perjuicios a todos los que tu alumno se lleve por delante te va a hacer falta acertar otra quiniela. Pero bueno, ahora que ya has dado con el método infalible, eso no te supondrá ningún problema.

—¿Quieres saber cuál fue mi, como tú lo llamas, método infalible, “Fósforo”? Pura chiripa. Me equivoqué de boleto e hice los pronósticos con los partidos de la jornada anterior.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes, Evaristo. Semejante potra bien merecía una buena celebración, ¿no te parece?

—Desde luego, “Palito” —admitió Rominchal—, aunque te confieso que yo esperaba quedarme más lleno con la chuleta. ¿A vosotros no os ha parecido muy poquita cosa?

Una rápida encuesta arrojó el siguiente resultado: de los cuatro comensales que ocupaban la mesa, el cien por cien se había quedado con hambre.

Facundo se aplicó a la tarea de llamar la atención del camarero. Levantó una mano y la agitó en el aire, chistó, silbó, alzó los brazos y los sacudió como si tratara de ayudar a aterrizar a una avioneta, gritó “oiga”, “mozo” y “camarero”, pero ni por éstas. Cuando ya Evaristo le ofrecía una botella vacía para que intentase acertar con ella en la coronilla del cojo, éste se dio por enterado.

—A ver, ¿qué pasa? —se interesó con su característica simpatía.

—Oiga, camarero —le dijo Facundo—, ¿tienen alguna otra cosa?

—Otra cosa, ¿de qué?

—De comer, naturalmente. Es que, verá usted, resulta que nos hemos quedado con hambre.

—¿Y a mí que me cuenta? Haber pedido chuletas más grandes.

Si Evaristo no arreó un estacazo al cojo fue solo porque, en aquel momento, no tenía ninguna estaca al alcance de la mano.

—De cualquier forma —perseveró Palomero—, ¿no podría traernos, qué sé yo, unas raciones de setas a la plancha?

—Aquí no hay nada a la plancha.

—O unas croquetas.

—Imposible.

—¿Calamares?

—Nanay.

—¿Y un revuelto de trigueros, o de setas?

—Y dale con las setas. ¿No será usted pariente de “David el gnomo”, por un casual?

A grandes males, grandes remedios, pensó Facundo. También pensó en aceptar entonces la botella vacía que le había ofrecido antes Evaristo y arrojársela al cojo a la cabeza, ahora que le tenía a tiro, pero prefirió apartar este segundo pensamiento de su mente.

—¿Sabe qué le digo? Que nos va a traer otras cuatro chuletas pero, esta vez, de las extragrandes. Y otro par de botellas de vino, que las dos anteriores nos las hemos pimplado en un periquete.

Hacer desaparecer las chuletas “gizandi” requería un truco de magia o, en su defecto, un hambre canina y unas mandíbulas de acero reforzado. Porque el tamaño de aquellas piezas de carne suscitaba la sospecha de que no hubiesen sido extraídas de una vaca, sino de un hipopótamo. Tan grandes eran que sobresalían de los platos y se tocaban unas con otras. Circunstancia que aprovechó Evaristo para, haciéndose el despistado, zamparse varios pedazos de los chuletones de Virgilio y Olegario.

Las cuatro bocas burgalesas tenían trabajo suficiente con masticar tantísima carne, así que la conversación decayó de manera notable. Prácticamente no pronunciaron palabra alguna hasta que les llegó el momento de pedir el postre.

—Hay flan y yogur —les informó el camarero.

—Uy, qué poquita cosa —se lamentó Olegario.

—Si quieren les traigo otras cuatro chuletas.

—¡Sujetadme! —exclamó Evaristo—. ¡Que yo a este tío lo mato!

No hizo falta que nadie sujetara al mariscal, porque estaba tan empotrado entre la silla y la mesa que se sujetaba solo. No obstante, el camarero optó por apartarse un par de metros para tomar nota del pedido, que consistió en tres flanes y un yogur. Mientras el cojo iba a buscarlos, Rominchal se disculpó ante sus amigos por su arrebatado de cólera.

—Perdonad que me haya dejado llevar por la mala uva, pero es que este patachula está pidiendo a gritos que le pongan la nariz en el cogote de un mamporro.

—Cálmate, Evaristo —le rogaron a coro sus camaradas, con tal conjunción que

parecían “Los Panchos”.

Regresó el bigotudo con los postres y los dejó sobre la mesa bajo la candente mirada de Rominchal, que no le quitó el ojo de encima hasta que le vio desaparecer por la puerta de la cocina.

—Me figuro que os habréis dado cuenta —comunicó Evaristo a sus compañeros de banquete— de que las seis personas que se habrían sentado sobre nuestros regazos si nos hubiésemos trasladado a esa mesa no han hecho acto de presencia. Es más; se han quedado vacías las cinco mesas de la fila. Así que ya no cuela el cuento de que estuvieran reservadas. Queda claro que el jodido cojo nos ha puesto aquí apretaditos a propósito.

—Anda que no le has tomado ojeriza ni nada al camarero.

—¿Ojeriza dices, “Viriji”? De no ser por lo sabrosas que estaban las chuletas y porque os he prometido no formar ningún escándalo, hace rato que le habría cogido por el pescuezo y le habría estado dando palos hasta que le quedaran las dos piernas igual de cortas.

—Menos mal que reconoces lo buenas que estaban las chuletas —le dijo Facundo—, porque con todo lo que protestas, cualquiera diría que, en lugar de a comer, te he invitado a sufrir un calvario.

—Rediez, “Palito”, parece que no me conoces —repuso el mariscal—. Soy renegón por naturaleza, pero te aseguro que hacía años que no me lo pasaba tan bien. Entre el atracón de carne, el vinillo que, aunque fuese de la casa, no estaba nada mal, las risas y la compañía de mis mejores amigos, este ha sido un día formidable. Ah; y no hay que olvidar los tres mil duros que os he limpiado con el “San Pablo”. Nada, nada; esto hay que repetirlo más a menudo: reír, charlar, beber, comer y apostar un buen dinero en la iglesia.

Los ocupantes de la mesa contigua se levantaron, no porque les escandalizaran las palabras del mariscal sino, sencillamente, porque habían terminado de comer. Facundo instó a Evaristo y Olegario a que se echasen hacia atrás para poder mover la mesa y ganar de ese modo espacio para estar más cómodos. Así lo hicieron para solaz propio y disgusto del camarero. Cuando el cojo llegó para tomar nota de los cafés y las copas, observó suspicaz la mesa contigua, pero como captó la mirada desafiante de Rominchal, se abstuvo de realizar comentario alguno sobre los cambios en la disposición del mobiliario.

Con una sonrisa que bien podía haber portado en su faz Jesse Owens al volver de los Juegos Olímpicos de Berlín, Evaristo repartió puros habanos entre sus amigos mientras el del bigote apuntaba en su libreta lo que le pedían.

—O sea —recapituló cuando terminó de tomar nota—: descafeinado, solo, cortado y con leche. Orujo, coñac, ron y pacharán con hielo. Con lo fácil que es pedir cuatro cortados y cuatro copas de coñac, pero no; los señoritos, cada uno una cosa diferente... —Y se fue refunfuñando hacia la cocina.

Regresó primero con las copas, tres vacías y la cuarta con varios cubitos de hielo.

Después apareció con los cafés que, por efecto de la cojera, habían desbordado las tazas durante el trayecto. Y finalmente, mientras los comensales se repartían los cafés, se presentó con las botellas y procedió a servir los licores.

Con tanto trajín de manos trasladando tazas, copas y botellas, sucedió lo inevitable. Al terminar de servir el coñac a Olegario, el brazo derecho del camarero tropezó con la copa de Evaristo, cuyo pacharán con hielo se derramó sobre el mantel.

El cojo y el mariscal se miraron fijamente. El primero tenía la intención de dar media vuelta y dejar al segundo compuesto y sin pacharán. El segundo esperaba que el primero se diera media vuelta para saltar sobre él y majarlo a palos. La tensión entre ellos podía cortarse con el mango de una cuchara de madera mientras se taladraban mutuamente con sus respectivas miradas. Si entre sus narices llega a pasar una mosca, se achicharra.

Por fin, el camarero oteó de soslayo la botella de pacharán, la cogió, levantó la copa de la mesa y la volvió a llenar. Con el rostro iluminado por la victoria y por los destellos del rojo licor que caía dentro de su copa, Evaristo dio a su puro una calada larga y profunda, como si quisiera fumárselo entero de una sola bocanada. Entonces, el cojo dirigió la vista a los cubitos que habían quedado sobre el mantel y dijo:

—Ahí tienes el hielo, colega.

A Rominchal le salió de golpe el humo hasta por las orejas.

—¡Me cago en...! —bramó enfurecido mientras se ponía en pie de un salto.

En cuanto se enderezó del todo, enmudeció, se llevó una mano al pecho y cayó como fulminado sobre su silla. Abrió tanto los ojos que parecía que le acababan de birlar los párpados. Sus amigos se precipitaron hacia él para socorrerle, pero apenas pudieron hacer otra cosa que contemplar cómo se ponía rojo, luego morado y después azul. Emitió un largo gorgorito ronco, compuso una mueca extraña, a medio camino entre la sonrisa y el gesto de espanto, y ya no hizo absolutamente nada más.

UN PASEO POR ARROYOSCURO

Los rayos de sol iluminaron sin tregua la tarde del domingo en Quintana Salceda. Los pájaros amenizaban con sus alegres cantos la hora de la siesta y todo bicho provisto de alas las utilizaba para volar de una flor en otra flor. Hasta en los bares del pueblo, atestados de varones adultos, los naipes restallaban al chocar contra las mesas con una sonoridad cálida y jovial.

La tarde, en definitiva, era tan espléndida que daba pena quedarse en casa. Así que, en cuanto terminó de fregar, Casilda Daza ayudó a vestirse a su hijo Eusebio, de seis añitos, y se lo llevó de paseo. Se acercaron a Arroyoscuro, donde se les unió doña Justa, madre de Casilda, en cuya compañía dieron una vueltecilla por los alrededores. Mientras Eusebio trataba de atrapar alguno de los saltamontes que brincaban por doquier, su madre y su abuela se ponían mutuamente al día de los últimos chascarrillos locales.

Tras un rato de caminata, se adentraron en el camino de Arroyoscuro. Una vez allí, Eusebio renunció a la caza de los saltamontes, que tampoco habían necesitado grandes esfuerzos para escapar del chiquillo dadas sus escasas dotes cinegéticas, y centró su atención en el oscuro río que fluía paralelo al sendero, un par de metros más abajo.

—Abuela, abuela —repitió una veintena de veces hasta que consiguió interrumpir la conversación de las dos mujeres—. ¿Dónde tienes a la bruja que asusta a los peces?

—¿Qué bruja ni qué ocho cuartos? —replicó doña Justa, notoriamente molesta por la insistencia del crío, por lo absurdo de su pregunta y porque hubiese interrumpido a Casilda en lo más interesante de su relato sobre las razones ocultas del divorcio del corsetero del pueblo y su esposa.

—Es que papá siempre dice —le explicó su nieto— que en este río no hay peces porque tienen miedo a la bruja de la abuela.

—Qué ingenioso tu padre.

—No le haga caso, madre —salió al quite Casilda—. Ya sabe cómo son los niños y las ocurrencias que tienen.

—Sí, claro. Ya hablaré yo de ocurrencias con el gandul de tu marido el día que le pille por banda. Mira, Eusebito: ni brujas ni gaitas en salmuera. En este río no hay peces porque es muy poco profundo y no podrían vivir en él.

El chaval contempló la corriente con detenimiento y puso cara de no haberse quedado muy convencido.

—Parece profundo —le aclaró su madre— porque las piedras del fondo son

negras como el carbón, pero no creo que te llegue el agua más arriba de las rodillas.

—¿Hacemos la prueba? —propuso el angelito con entusiasmo— ¿Me tiro de cabeza?

—Mira, hijo —le advirtió Casilda con maternal dulzura—: si te tiras de cabeza te la rompes. Y si no te la rompes tanto da, porque te la rompo yo después de sacarte del río.

Eusebio, que era chaparrito, fondón y algo bruto, pero tenía ciertas luces, sabía por experiencia que su progenitora, cuando lo estimaba oportuno, atizaba unos sopapos fenomenales, así que se apartó del borde del camino y volvió a dar la tabarra a su abuela.

—Abuela, esa casa ¿de quién es? —preguntó señalando con su pequeño índice a la segunda casa del barrio.

—Mía, Eusebito; esa casa es mía.

—¿Tienes dos casas?

—No, majo, dos no —le respondió doña Justa con cierto tonillo fatuo—. ¿Ves aquella otra que está allí delante?

—Sí.

—Pues esa también es mía.

—¡Hala! ¡Tres casas! —se asombró el chiquillo— ¿Y para qué quieres tres casas si vives tú sola?

La sabiduría popular afirma que la verdad sale por la boca de los niños y de los borrachos. Pues bien: Justa Galopín, viuda de Daza, habría preferido una travesía por el desierto del Gobi en compañía de un regimiento de borrachos a aquel paseo vespertino con su nieto Eusebio.

Casilda percibió el inicio de la aguda melodía generada por el chirriar de dientes de su señora madre y se aprestó a evitar que su vástago profundizara en la llaga de la viuda.

—Verás, pocholín: tu abuela es la dueña de estas casas, pero se las alquila a otras personas que le pagan por dejarles vivir en ellas.

—Ah. ¿Te pagan mucho, abuela?

—Una miseria, Eusebito. Una miseria es lo que me pagan —se quejó doña Justa—. Y desde hace un año, como no encuentro quien me las alquile, no me dan más que dolores de cabeza. Pero lo más importante es que, cuando yo falte, cada casa la heredaré uno de mis hijos. Habrá una casa para tu tío Valentín, otra para tu tía Basilia, otra para tu madre y otra para tu tío Genaro.

Como quien dice, Eusebio y las matemáticas se acababan de conocer. No obstante, como ya ha quedado dicho que el zagal tenía ciertas luces, no le cuadraron las cuentas.

—Pero si tienes tres casas y cuatro hijos, entonces...

Un repentino coscorrón materno en plena coronilla hizo callar al pequeño.

—Anda, hijo, deja descansar la lengua un rato, que te pasas el día haciendo

preguntas y ni tu abuela ni yo somos la enciclopedia “Espasa”.

Mientras se frotaba la zona dolorida, Eusebio meditó acerca de los recientes acontecimientos y llegó a una conclusión: las primeras señales de “alta probabilidad de tortazos inminentes” habían aparecido cuando dejó de perseguir saltamontes. Así que lo más conveniente era reanudar la cacería.

Se adelantó unos metros a las dos damas y puso en fuga a diversos tipos de insectos hasta que realizó un descubrimiento que le llenó de satisfacción: una casa; la cuarta casa del barrio; la solución al enigma de los hijos y las casas de su abuela.

Contentísimo por haber resuelto el misterio, corrió al encuentro de sus antepasadas, dispuesto a demostrarles que, como ya se ha mencionado dos veces en este capítulo, tenía ciertas luces pero, en cuanto abrió la boca, su madre le arreó un castañazo en el occipital.

—Será mejor que demos la vuelta —sugirió Casilda al notar la mirada sanguinolenta que su madre dirigía a la propiedad de Facundo Palomero—, porque tengo el palpito de que se va a estropear la tarde, ¿no le parece, madre?

—Sí, hija, sí, vámonos —aceptó doña Justa—, no vaya a ser que nos caiga un chaparrón, que ya se sabe que en abril...

Antes de emprender el camino de regreso detrás de sus antecesoras, Eusebio permaneció parado unos instantes, con la cabeza dolorida por fuera y confundida por dentro. Contempló el cielo azul, totalmente despejado, y se le ocurrieron unas cuantas preguntas, pero optó por guardárselas porque, efectivamente, el chavalín tenía ciertas luces.

A LA SALUD DE EVARISTO

Tras acarrear sobre sus hombros (y los del contable de “Sanitarios Rominchal”) el ataúd con el cadáver de su amigo Evaristo, Facundo, Virgilio y Olegario se sentían, salvando las distancias, como el ciclista que se quedó a falta de metro y medio para batir el record de la hora: tristes y sedientos.

Sabedores de que no hay medicina más apropiada para aliviar ambas sensaciones que cierto elixir prodigioso procedente de La Rioja, acudieron en busca de unas dosis a un bar cercano donde se encontraron con todos los que habían asistido al oficio, excepto el cura y el muerto.

—Con lo poco aficionado que era el “Fósforo” a pisar la iglesia —recordó Virgilio tras el primer trago de vino— y el pobrecillo ha estado en dos distintas en cuestión de días.

—Al menos lo del domingo —matizó Olegario— fue por diversión.

Benita, que se hallaba muy cerca de ellos conversando con unos conocidos, debía de tener la antena desplegada en dirección al grupo de su marido porque, en un santiamén, se plantó con gesto desafiante ante el atónito Olegario.

—¿Cómo que diversión? —le espetó. No es que a Benita la faltaran modales. Desde muy niña aprendió que no es de buena educación inmiscuirse en conversaciones ajenas pero, qué quieren que les diga; seguro que a Robespierre le enseñaron que no es de buen gusto cortarle la cabeza al prójimo, y ya ven el caso que hizo—. ¿Es que os corrísteis la juerga en una iglesia?

—Qué ocurrencias tienes, mujer —repuso su esposo con mansedumbre—. Tal como lo dices parece que nos hubiésemos dedicado a saltar de banco en banco, encestar monedas en el cáliz o jugar a las cuatro esquinas en el presbiterio durante la misa. Lo único que hicimos fue echar un “San Pablo” en la iglesia de Quintana, como hacíamos de chavales.

—Pero es que ya no sois unos críos —le reprochó Benita muy severa—; sois unos hombres hechos y derechos. Tú, Olegario, tienes un cargo de relevancia, una posición y una familia. Tú, Virgilio, tienes a tu madre y un negocio del que eres responsable. Y tú, Facundo, tienes... tú tienes...

—Tengo que disculparme —admitió Facundo sacándola del atolladero— porque la idea de jugar un “San Pablo” fue mía. Pero no te preocupes, Benita, que no montamos ningún escándalo, ni llamamos la atención. Solo el difunto Evaristo, que en paz descansa, alzó levísimamente la voz cuando ganó la apuesta.

—Lo que son las cosas —reflexionó Virgilio—; quién iba a decirle que ése sería el último dinero que ganaría en su vida. No tuvo tiempo ni de gastárselo.

Benita dio unas suaves palmadas en el hombro de Virgilio para consolarle.

—Por eso no te apures —le dijo—, que ya se lo gastará Macucha, que es quien se queda con todo.

—¿Con todo? —se escandalizó Facundo—. ¿Y los gemelos?

—Los gemelos también se los queda —le contestó Benita—, que para eso los parió.

—Eso ya lo sé, Benita. Quiero decir que si a los gemelos no les toca alguna parte de la herencia.

—Les tocará, les tocará, me figuro que les tocará —supuso Benita—. Pero como son menores de edad, quien se encargará de administrarles los cuartos será su madre, como es lógico.

—Si yo no digo que no sea lógico —se explicó Palomero— pero, sabiendo lo mucho que Evaristo quería a los gemelos y que a Macucha ya no la podía ni ver...

—Pero seguía casado con ella, ¿verdad? —le cortó Benita sin contemplaciones—. Pues no hay más vuelta de hoja. Si vuestro amigo hubiera hecho testamento, tal vez habría podido amargarle la fiesta a su viuda que, por cierto —añadió dirigiendo la mirada hacia un rincón del bar—, ahora mismo está charlando con el consejero de Comercio —y, tan súbitamente como había irrumpido en ella, abandonó la conversación.

—Desde luego, “Gari” —comentó Palomero, perplejo por el brusco mutis de Benita—, tu mujer no ha perdido una pizca de energía con los años.

Olegario dedicó unos segundos a intentar discernir si lo que acababa de hacer Facundo era elogiar a su esposa o compadecerse de él.

—Y que lo digas, “Palito”. Ahí la tienes, dándole la murga al consejero para conseguirme el puesto de coordinador de todos los mataderos de la comunidad autónoma.

—¿Está vacante? —quiso saber Virgilio.

—Qué va, “Viriji”, qué va. Es un cargo que no existe pero, como a la Benita se le ha metido entre ceja y ceja, lo más probable es que lo acaben creando en cualquier Consejo de Gobierno de la Junta más temprano que tarde.

—Vaya carácter que tiene tu señora.

—No lo sabes tú bien, “Viriji”. Mírala; ya ha hecho reír al consejero y hasta le ha provocado una sonrisa a la desconsolada viuda.

—No me parece que Macucha —observó Facundo— sea, precisamente, la imagen del desconsuelo.

—Será que le traiciona saberse heredera universal de la fortuna de Evaristo —conjeturó Virgilio—. ¿Cómo no se le ocurriría al “Fósforo” hacer testamento para evitar que ella se quedase con todo?

—Caray, “Viriji”, es que eso de hacer testamento —argumentó Facundo— hay gente a la que le produce una cierta aprensión.

—No me digas que tú tampoco lo has hecho.

—¿Tú sí?

—Naturalmente.

—Mira, “Palito” —intervino Olegario—, por mucha aprensión que te pueda producir, yo creo que te conviene hacerlo.

—No, “Gari”, si a mí no me da aprensión ninguna. Pero, ¿a quién voy a dejarle mi herencia? Si no tengo a nadie.

—Más a mi favor. Soltero, sin descendencia ni parentela, como la diñes sin testar, tus bienes se los reparten entre los bancos y el Estado.

—¡Ah no! —se sublevó Palomero—. ¡Ni hablar del peluquín! Mañana mismo me paso por una notaría y hago testamento. Aunque, la verdad, no se me ocurre a quién coño dejarle la herencia.

—Bien pensado, no te falta razón —convino Virgilio—. Yo nombré herederos a los hijos de mi hermana Virtudes pero tú, como no tienes sobrinos, ni primos, ni parientes cercanos ni lejanos...

—De todas formas, “Palito”, no es obligatorio que designes como heredero a alguien de tu familia —le informó Olegario—. Puedes dejarle tus bienes a quien mejor te parezca. En realidad, ni siquiera tiene por qué tratarse de una persona. Puede ser una institución, o un club. Qué sé yo; la Cruz Roja, un orfanato, el colegio de sordomudos, la banda de música de Villagallarda...

—O la “Cofradía de amigos del chorizo y el porrón” —concluyó sardónico Palomero.

—Vale, hombre; solo te estaba poniendo ejemplos. Podrías elegir a tu equipo de fútbol favorito, que me figuro que te habrá hecho pasar buenos ratos.

—Ya veo por dónde vas, “Gari”, pero lo cierto es que los mejores ratos los he pasado con vosotros, con mis amigos. Bueno; he de reconocer que también he pasado muy buenos ratos con las señoritas putas.

—¡Ajajá! —exclamó triunfal Olegario—. ¡Ahí lo tienes!

—¿Qué pasa? ¿Es que también existe “Pelanduscas sin fronteras” o “Pilinguis mundi”?

—No que yo sepa, pero existe “Apochical”.

—¿Apochi qué?

—“Apochical” —repitió Morón—, “Apoyo a las chicas de alterne”. Es una fundación que se encarga de ayudar a las prostitutas de la ciudad.

—Pues tiene nombre de pesticida —opinó Virgilio.

—O de jarabe contra el estreñimiento —estimó Facundo—. ¿Y tú por qué la conoces, “Gari”?

—Porque tiene su sede a un par de manzanas del matadero.

Facundo permaneció durante unos instantes ensimismado, con la mirada perdida en el fondo de su vaso.

—Coño, “Palito”, te has quedado traspuesto —le dijo Olegario—. ¿En qué estás pensando?

—En dos cosas —le contestó Facundo tras salir del trance—. La primera: que no me parece mala idea lo de dejar mi herencia a las putas. Y la segunda: que habrá que pedir otra ronda —anunció mostrando a sus amigos el vaso vacío.

—Ésta corre de mi cuenta —se ofreció presuroso Virgilio. Recogió los tres vasos y emprendió la marcha en dirección a la barra.

El local estaba tan atestado que Virgilio tuvo que abrirse paso apartando al personal con una mano mientras sujetaba los vasos con la otra. En cuanto le sirvieron la ronda y pagó, se dio cuenta de que tenía un problema. Iba a necesitar las dos manos para llevar los vasos de vino, pues no le parecía correcto meter los dedos en el tinto para sujetar los vasos a modo de pinza. Y desplazarse entre la gente con ambas manos ocupadas se le antojaba una prueba hartó complicada. Pero como no se le ocurría ninguna otra solución, agrupó los vasos sobre la barra y los abarcó con las dos manos. Cuando consideró que los tenía bien sujetos, se volvió dispuesto a solicitar a voz en grito que le dejaran la vía libre. Pero nada más girarse, se quedó con la boca abierta. A un palmo de sus narices, una hermosa mujer madura clavaba sus rutilantes ojos verdes en él y le ofrecía una pícara sonrisa.

—Caramba, “Virgilín” —le dijo con voz melosa—, ¿tan afectado sigues por nuestra ruptura que te tomas los chatos de vino de tres en tres?

—Go... yi... ta —susurró muy despacio Virgilio mientras su rostro se ponía colorado y su mente entraba en tal estado de enajenación que ni siquiera se enteró cuando se le cayeron los tres vasos de vino al suelo.

“APOCHICAL”

En su horario laboral eran “Sindy”, “Jenny”, “Nancy” y “Sally”, cuatro expertas profesionales del sexo, veteranas de la noche burgalesa. Pero sentadas en la sala de reuniones de la sede de “Apochical” eran Gumersinda, Eugenia, Venancia y Salustiana, las cuatro respetables miembros de la junta directiva de la fundación.

Vicente Valladar solía reunirse con ellas una vez al mes para tenerlas contentas y cubrir el expediente. Las manejaba a su antojo, porque les bastaba con sentirse importantes por ser directivas pero les traía sin cuidado lo que hubiera que dirigir. Por regla general, estas reuniones eran una balsa de aceite para Valladar, que aparentaba interés en las propuestas que le hacían, casi siempre por boca de Venancia, encantada de utilizar el vocabulario culto que aprendía de la tele, y las despachaba tras endilgarles una ración de cuentos chinos.

—Veníamos comentando, aquí las miembros —Venancia, que acostumbraba a erigirse en portavoz del grupo, fue quien abrió el fuego—, que ya llevamos más de dos meses sin defectuar el repertorio de porsilácticos.

—¿Sin qué? —replicó Vicente desconcertado.

—Sin repartir condones —le aclaró Gumersinda.

—Ah, ya. ¿Dos meses dices? Mucho tiempo me parece.

—Que sí, “Güevi”, que sí —insistió Venancia—. Me recuerdo muy bien porque el último repertorio fue justo el día que entrábamos en mi signo del Ciriaco, Aguario. ¿Qué pasa? ¿Es que tienes problemas con el subministro?

—¿Con quién? —preguntó Vicente, que ignoraba quién podía ser el tal subministro pero, en cualquier caso, estaba seguro de que ya tenía suficientes problemas.

—Con el subministro de los porsilácticos, hombre —le contestó Venancia como si fuese algo obvio—. Porque si es por eso, en mi modista opinión, lo mejor sería cambiar de proveedor. Contracta con otras impresas para que te den unos porsupuestos y después eslegimos el que más nos convezca.

—Agradezco mucho tu sugerencia —mintió Vicente, que ni siquiera había comprendido del todo el significado de la propuesta de Venancia—, pero resulta que el problema no es tan sencillo como que se nos hayan terminado los condones. Lo que se nos ha terminado es el dinero para comprarlos. —Hizo una pausa para observar la reacción de la junta directiva ante tan nefasta noticia y, en vista de que las cuatro mujeres se limitaban a mirarle boquiabiertas, prosiguió. —No es que tengamos la cuenta a cero, pero la verdad es que estamos en abril, restan dos tercios del año y, con lo que nos queda, haría falta un milagro para llegar al verano.

—¿Tan mal están las cosas? —Se asustó Salustiana—. Pero, ¿cómo es posible? ¿No nos ingresaron el dinero de la subvención a primeros de año?

—Sí claro, la subvención —Vicente pronunció esta última palabra con un deje de desprecio—. Vosotras pensáis que la subvención es un manantial inagotable de dinero. Pero de eso nada. Es una cantidad limitada para todo el año, cuya mayor parte no puede tocarse porque está reservada para una serie de partidas obligatorias. Y con el resto hay que pagarlo todo. Este local, las minutas de los abogados, todo el tema de salud...

—¿De salud? —La súbita interrupción de Gumersinda hizo temer a Vicente que había llevado su embuste demasiado lejos—. ¿Cómo que de salud? Pero si de todos los gastos médicos se hace cargo Sanidad.

—Es verdad —Venancia se sumó al motín—. Yo fui la semana pasada al deambulatorio para hacerme un análisis y me dijeron que no tenía que pagar nada. Que de eso se encarga la Conserjería de Sanidad.

—Eso no es del todo exacto —pretextó Vicente—. Tenemos un convenio con el Departamento de Salud en virtud del cual, dicho departamento tiene a su cargo una parte de vuestra cobertura sanitaria. Principalmente, los gastos ordinarios. Pero los extraordinarios le corresponden a “Apochical”. Y eso unido a todo lo demás, desde la cuenta del teléfono a las campañas informativas, representa una serie de dispendios que nos han conducido a la situación actual.

—¿Y no podrían aumentarnos la subvención?

—Estoy en ello, Eugenia, pero no me parece muy factible. Y, en todo caso, el aumento sería efectivo con relación al próximo ejercicio, es decir, al año que viene. Así que, mientras tanto, habrá que reducir al mínimo los gastos hasta que encontremos alguna fuente de ingresos alternativa.

Un apesadumbrado silencio se apoderó de la estancia durante unos instantes. Los que tardó Venancia en tener una idea que, de inmediato, puso en común.

—¿Y si buscamos un esponjo que nos patronice?

—¿Un qué, que nos qué? —preguntó atónito Vicente.

—Un esponjo —repitió Venancia sonriente—, un patronizador, como los equipos de fútbol.

—¡Ah, demonios! ¡Un espónsor! —Comprendió por fin Valladar.

—Eso es. Los futbolistas llevan los rétulos con la marca que les patroniza en el chandas, en el pecho, en la espalda y hasta en los glúteros del culo.

Vicente se dirigió a Venancia con un ojo más cerrado que el otro y la boca ligeramente torcida.

—¿Y dónde te parece a ti —le preguntó— que pueden llevar tus compañeras la propaganda? ¿En las bragas? ¿Tatuada en las pechugas? ¿O es que, a partir de ahora, vais a hacer la calle disfrazadas de jugadoras del Betis?

—Bueno, “Güevi”, tampoco te sulfurices —le rogó Venancia—, que solo era una preposición.

—¡Y no me llames “Güevi”, que me llamo Vicente!

—Vale, chico, vale. Qué arenisco te pones. Ni que tuvieras piedras en la versícula. Con ese mal carácter te vas a volver un rascarrabias de padre, madre y rui señor mío.

Como enzarzarse en disputas personales solo supondría alargar una reunión que ya le estaba resultando difícil de soportar, Vicente hizo caso omiso de las críticas de Venancia y retomó el hilo de su discurso.

—Lo que quiero que comprendáis es que nuestra situación económica es complicada y que, por el momento, habrá que dejar aparcadas campañas como la del reparto gratuito de preservativos.

—Es una pena —se lamentó Eugenia—. Otra vez a rascarnos el bolsillo. Total, para que luego el cliente no quiera ponerse el condón ni a tiros.

—Ah, pues yo siempre les hago hincapiés en la necesidad de que se posicionen el perseverativo —manifestó muy orgullosa Venancia—. Se lo digo muy clarito y les pongo entre la espalda y la pared. Es condición sin escualo: o te posicionas el porsiláctico o no hay servicio. Una de dos; o ténpora o mores.

—Oye, Vicente —intervino Gumersinda—. ¿Qué te parece si vamos guardando las facturas de los condones que compramos y después te las entregamos a ti para que intentes que nos reembolsen el dinero?

—Encuentro interesante tu sugerencia —afirmó Valladar sin demasiada convicción—, aunque tengo serias dudas sobre su posible efectividad. Pero si os apetece hacerlo, adelante. ¿Algún otro asunto que queráis comentar?

Como cabía esperar, Venancia no dejó escapar la oportunidad.

—Aprovechando que mi suegra pasa por Valladolid, me gustaría que discutiéramos la pobremática de las púlgaras.

—Mira, Venancia, eso tiene fácil solución —aseguró Vicente, decidido a despachar la cuestión por la vía rápida—. En cuanto te encuentres una pulga, te cambias de pensión y le dices a la dueña que desinfeste las habitaciones.

—Las púlgaras, “Güevi”, las púlgaras —repitió Venancia ante el rostro estupefacto de Valladar—, las púlgaras de Pulgaria. Desde hace algún tiempo hay unas cuantas extranjeras trabajando en las güisquerías de las afueras y están tirando los precios. Ahora le informas de la tarifa a un cliente y te suelta que, por ese precio, se lo hace dos veces con una púlgara, una biela rusa o una negra. Uy, perdón, que no se les puede llamar negras. Una afroafricana.

—Y lo peor es que son unas auténticas guarras —añadió Salustiana indignada— que, según se ve, están dispuestas a todo. Cualquier parroquiano de confianza, de los que toda la vida se han conformado con un coito normal y corriente, como Dios manda, te pide ahora que le hagas unas marranadas que para qué.

Vicente tomó bolígrafo y papel y fingió anotar todo cuanto le referían.

—Tendré que consultar con nuestros abogados —declaró con tono ampuloso— si procede denunciar a estas señoritas por competencia desleal. ¿Algún asunto más?

Por fortuna para Valladar, Venancia acababa de perder su interés en la reunión y solo tenía oídos para lo que le estaba contando Salustiana en voz baja: el catálogo de aberrantes cochinas que le habían solicitado algunos de sus clientes habituales desde la llegada a la ciudad de las prostitutas extranjeras.

Así que el presidente dio por concluida la sesión con celeridad y las cuatro directivas abandonaron la sala con la satisfacción del deber cumplido.

Una vez solo, Vicente abrió el libro de cuentas y se dedicó a escudriñar sus propios, y ya prácticamente indescifrables apuntes, a la búsqueda de algún subterfugio que le ayudara a paliar sus crecientes problemas crematísticos. Lo único que consiguió fue que, en solo cuarenta segundos, su ceño se frunciera tan profundamente que parecía tener una ceja vertical en medio de las otras dos.

Tan adusto se le quedó el gesto que Eugenia, que regresó a la sala de reuniones apenas un minuto después de haber salido, en lugar de saludarle le preguntó:

—¿Te encuentras bien, Vicente?

—Sí, claro, de maravilla. ¿Qué haces tú aquí?

—Verás: es que se me ha olvidado darte esto. —Sacó de su bolso una cartera de caballero. —Es de un cliente. Se la dejó la otra noche. Pensé entregarla en Correos o dársela a los municipales, pero vi que tiene quince mil pesetas y, la verdad, no me fío de que le fuese a llegar intacta.

Vicente cogió la cartera y la guardó en un bolsillo de su chaqueta.

—Has hecho bien. No están los tiempos como para fiarse de los servicios públicos.

—Eso mismo pienso yo. Pero ahora ya me quedo más tranquila.

—Claro, Eugenia. Descuida, que yo me encargo de devolvérsela a su dueño.

—Muchas gracias. Eres un sol —y se quedó contemplándole, embobada.

—¿Quieres algo más?

—¿Quién? ¿Yo? No, nada, nada. Bueno..., solo saber si puedo hacer algo por ti porque, con estos líos de las cuentas de la fundación, seguro que estás agobiadísimo.

—Gracias, pero puedo arreglármelas solito —replicó Valladar hoscamente—. No te preocupes por mí y vete antes de que las otras tres empiecen a hacer comentarios.

—Tienes razón. Pues no son cotillas ni nada.

Cuando volvió a estar a solas, Vicente sacó la cartera que Eugenia le había entregado y la examinó. Encontró tres billetes de cinco mil, una tarjeta bancaria, otra de un videoclub, un calendario con la foto de una gachí en pelotas, una papeleta de demanda de empleo y un carné de identidad. El propietario de aquella cartera no era lo que se dice un adonis. Al menos, en la foto de su carné parecía un cruce entre la mula Francis y Rintintín. Enormes cejas negras, que casi se unían con el flequillo y las patillas, ensombrecían unos ojos oscuros y diminutos. Entre los hundidos pómulos emergía una nariz pronunciada y torcida, bajo la cual reaparecía el frondoso pelaje en forma de bigote y barba. Todo ello repartido en una cara larga, casi tan larga como el nombre que figuraba junto a la foto y que Vicente trató de leer.

—Hermógenes Potorsín, Portorsi, Protrosí...

Abandonó sus intentos al hallar una tarjeta de visita oculta bajo el carné. En ella, además de unas señas y un número de teléfono, aparecía de nuevo el nombre larguísimo e impronunciable y una palabra que Vicente leyó con asombro.

—Exterminador.

Y junto a ella, una misteriosa inscripción añadida a mano:

Discreción absoluta

NOTARÍA “GANTE”

Además de tener una opinión nada favorable acerca de sociólogos y psicólogos, Facundo Palomero tampoco era, precisamente, un admirador del trabajo de los notarios. Si le diesen a elegir entre recurrir a los servicios de un notario o pasar el día metido en el saco de entrenamiento de una academia de boxeo, le llevaría un buen rato decidirse.

Sin embargo, la perspectiva de que, a su muerte, las propiedades que abandonara en este mundo se las fuesen a repartir entre el Estado y la Banca, le convenció de la necesidad urgente de hacer testamento. Y como para tal menester resulta imprescindible la intervención de un notario, una mañana, Facundo condujo su flamante coche nuevo hasta la ciudad de Burgos.

Podría haberse dirigido a Villagallarda, que le quedaba mucho más cerca, pero se daba la circunstancia de que era precisamente al notario de dicha localidad a quien se debía, en su mayor parte, la poca estima en que tenía Facundo a toda la profesión. Desde el día en que firmó las escrituras de su vivienda en Arroyoscuro, le acompañaba el infausto recuerdo de aquel individuo empingorotado que se llevó un dineral por salir de su despacho el tiempo justo para estrechar las manos de Palomero y del vendedor. Y eso después de hacerles aguardar casi tres cuartos de hora.

No es que Facundo esperase recibir un trato muy diferente en la notaría “Gante”, pero consideró que, puesto a ser robado, estaba en su derecho a cambiar de ladrón.

Le atendió uno de los empleados de la notaría. Un sujeto chiquitito que, como el resto de sus compañeros, vestía traje gris marengo, camisa azul y corbata de cuadritos y tenía el pelo y los dientes tan brillantes que, por fuerza, había que entrecerrar los párpados para mirarle de frente.

Una vez que Facundo le explicó el motivo de su visita, el empleado bajito le condujo hasta uno de los despachos de la notaría donde tomaron asiento, cada uno a un lado de una mesa repleta de pilas de papeles, carpetas y legajos.

—Espere un momento, que despeje la mesa —dijo el empleadito y, a renglón seguido, cogió uno de los bloques de documentos y lo depositó en el suelo.

Gentil por naturaleza, Facundo se dispuso a echarle una mano pero, al intentar levantar una pila de papeles, se encontró con una resistencia inesperada. No había manera de mover ni un milímetro aquella columna de legajos.

—No se esfuerce —le aconsejó el chiquitín—, que esos papeles llevan tanto tiempo ahí que ya han hecho masa y no hay cristiano que los despegue de la mesa. Además —añadió mientras retiraba otro montón de documentos—, yo creo que ya tenemos espacio suficiente. ¿Me deja su carné de identidad, si es tan amable?

—Cómo no —respondió Palomero. Sacó el carné de su cartera y se lo entregó.

—Muchas gracias. Me ha dicho que lo que quiere es hacer testamento, ¿no es así?

—Así es; efectivamente.

—Perfecto. —Se giró hacia el ordenador que tenía a su izquierda y comenzó a introducir los datos de Facundo.

—¿Lo podemos hacer ahora mismo?

—Desde luego. A no ser que concurran circunstancias especiales, lo normal es tenerlo redactado en unos minutos.

—¿Y no hace falta que esté presente el notario?

—Para la redacción no; solo para la firma. Entonces es indispensable. Tiene que revisar el documento, leerlo ante usted en voz alta, darle su visto bueno y, por supuesto, firmarlo. Sin la firma de don Guzmán, el documento valdría lo mismo que un pedazo de papel higiénico.

Un silbido de admiración salió de los labios de Facundo.

—Hay que ver qué profesión tan poderosa es la de los notarios. Con solo un garabato convierten el papel higiénico en un documento legal.

—No, no, no es eso lo que yo quería decir —se apresuró a excusarse el empleadillo—. Era una mera comparación.

—Me hago cargo, joven, me hago cargo —le tranquilizó Facundo con una pícaro sonrisa.

—Si le parece, podemos meternos en harina, señor Palomero. ¿Su domicilio es el que figura en el carné?

—El mismo.

—¿Cuál es su estado civil? —preguntó el pequeño empleado mientras tecleaba.

—Soltero —respondió Facundo—. Estoy soltero y no tengo hijos ni parientes cercanos ni lejanos.

—¿Viven sus padres?

—No. Ya le digo que no tengo parentela de ningún tipo.

—Y entonces, ¿a quién piensa dejarle su herencia? —inquirió el retaco sin apartar la vista de la pantalla del monitor.

—A las putas —declaró Facundo tan campante.

El empleadito levantó las manos del teclado y se volvió hacia Palomero de sopetón.

—¿Cómo dice?

—Verá usted. La idea me la sugirió un buen amigo mío y a mí me pareció estupenda. Aunque luego se me ocurrió que podría nombrar herederos a los hijos de este amigo en lugar de a las putas. Ahora bien: de hacerlo así me impondría a mí mismo una especie de responsabilidad. ¿Me entiende?

—No mucho, la verdad —reconoció el otro.

—A ver si me explico. Resulta que hace poco acerté una quiniela de catorce y aún me queda parte del premio en el banco. Mi intención es vivir despreocupado y seguir

gastando ese dinero mientras dure. Pero claro; si nombro herederos a los hijos de mi amigo y se da el caso de que, cuando yo fallezca, mi cuenta esté prácticamente vacía, un servidor quedaría francamente mal. ¿Qué iba a pensar mi amigo? Menudo sinvergüenza, diría; nombra herederos a mis hijos para no legarles un céntimo. ¿Me sigue?

—Eso creo —contestó el empleadín—, aunque no estoy muy seguro.

—En cambio —prosiguió Facundo—, lo que puedan pensar de mí las putas si les dejo en herencia una cantidad insignificante me traerá sin cuidado.

—Entre otras cosas, porque estará usted muerto —le recordó su interlocutor.

—Bien visto, joven —admitió Palomero—. Pero, vamos; que usted ya me comprende. ¿Que la espicho después de haberme pulido todo lo que tengo? Las putas se quedan como estaban y todos tan amigos. ¿Qué me voy al otro barrio y dejo en éste una parte considerable de mi fortuna? En ese caso, lo que quede irá a parar a la fundación “Apochical”.

—¿“Apochical” dice usted?

—“Apochical”, efectivamente. Tengo entendido que es una fundación que se ocupa de las prostitutas de esta ciudad.

—Ya.

—Se preguntará usted por qué he elegido a las putas y no a algún otro gremio, o a cualquier institución benéfica.

—Uy, no, yo no me pregunto nada, caballero.

—De todos modos, se lo voy a explicar —continuó Facundo con aire resuelto—. Aquí donde me ve, yo, toda la vida, he sido muy putero.

—No me diga.

—Sí le digo. No es que me pase los días del burdel a casa y de casa al burdel, pero sí he tenido épocas en las que era raro el fin de semana en que no me gastaba algunos cuartos en darle gusto al pajarito, ya me entiende.

—Le entiendo, señor Palomero, le entiendo —aseguró el empleado menudo—, y es usted muy libre de nombrar heredero a quien mejor le parezca.

—Pues no se hable más. Toda mi fortuna, sea la que sea cuando yo no esté aquí para contarla, la heredaré “Apochical”.

Tardaron menos de diez minutos en redactar e imprimir las copias del testamento definitivo.

—Muy bien, señor Palomero —dijo el empleadito una vez que Facundo dio el visto bueno al documento—, ahora solo falta que el señor Gante lo examine y estampe su firma.

—Magnífico. Pues hale, corra y avísele —le apremió Facundo.

—¡Qué dice! De ninguna manera —repuso con tal gesto de estupor e indignación que se diría que le hubieran propuesto pegar fuego a la notaría—. No hay nada que irrite más a don Guzmán que el que le interrumpan mientras está ocupado en su despacho.

—¿Está con algún cliente?

—No, está solo. Pero necesita concentración absoluta para su trabajo. De todas formas, no se preocupe —le tranquilizó—. Normalmente, acostumbra a encerrarse durante dos horas en su despacho cuando viene a la notaría, y como hoy ha llegado a las diez y ya son las doce menos cinco...

—¡Regúlez! —tronó de pronto una recia voz.

El empleadín saltó de su silla y recogió a toda prisa las copias del testamento.

—¿Lo ve, señor Palomero? Ya le decía que no tendríamos que esperar mucho tiempo.

—¿Así que usted es Regúlez? —le preguntó Facundo mientras se levantaba para acompañarle.

—No, no. Regúlez era un compañero que se jubiló el año pasado. Lo que ocurre es que don Guzmán, como tiene tantísimos asuntos primordiales en la cabeza y no puede preocuparse de menudencias, no se ha aprendido el nombre de ningún otro empleado y nos llama Regúlez a todos.

Caminaron a ritmo sostenido a lo largo del pasillo, haciendo crujir el suelo de madera a cada paso que daban, hasta que llegaron ante la puerta del despacho del notario. El empleadito rozó delicadamente con los nudillos la puerta, la abrió unos milímetros, asomó la nariz y preguntó:

—¿Da usted su permiso, don Guzmán?

—Adelante, Regúlez, adelante.

La amplitud y suntuosidad de la estancia impresionaban a cualquiera. Una inmensa estantería de madera de cerezo, repleta de libros, ocupaba una de las paredes. Frente a ella había un aparador estilo Imperio, un bargueño con aspecto de ser antiquísimo pero magníficamente conservado y, sobre ellos, títulos y diplomas enmarcados, cuadros de algunos de los artistas con la peor relación pincelada / precio del país, y fotografías de don Guzmán en compañía de diversos personajes de mucho ringorango. En un extremo de la habitación, dos palmas por encima de un televisor de veintiocho pulgadas y un aparato de vídeo, destacaba un imponente escudo de armas coronado por el lema *Stultorum infinitus est numerus*. Y en el extremo opuesto, detrás de una formidable mesa de escritorio construida con madera de nogal, se encontraba el notario, un cincuentón de tez sonrosada y papada colgante, ataviado con un traje que ya estaba pasado de moda cuando se inventó el miriñaque.

—Aquí le traigo a don Facundo Palomero, que ha venido para hacer testamento, don Guzmán —le informó su asalariado sin alzar por completo la cabeza.

—Espléndido, espléndido. Tome asiento, señor Palomino.

—Palomero —le corrigió Facundo.

—Es lo mismo, es lo mismo. Siempre y cuando esté correctamente escrito en el documento, claro está. Pásemelo, Regúlez.

El pequeño empleado, que en presencia de su jefe parecía aún más diminuto, entregó una copia del testamento al notario y éste procedió a leerlo en voz alta.

Facundo, que le escuchaba con el semblante muy serio, percibió de pronto un extraño ruidito a su espalda. Se volvió con mucho disimulo y descubrió que el aparato de vídeo rebobinaba una cinta.

—¿Está usted conforme? —le preguntó el notario cuando concluyó la lectura.

—Por completo.

—Espléndido, espléndido.

El señor Gante sacó de su bolsillo un refulgente bolígrafo dorado, trazó su firma y rúbrica al pie del texto que acababa de leer y en la otra copia y deslizó sobre la mesa ambas hojas de papel hacia Facundo.

—Ha sido un placer, caballero —manifestó el notario mientras Facundo firmaba meticulosamente su testamento con un bolígrafo de propaganda de “Sanitarios Rominchal”—. Imagino que Regúlez ya le habrá informado sobre la tarifa correspondiente.

—Desde luego, don Guzmán —respondió el minúsculo empleado aunque no le preguntaran a él.

—En tal caso, hasta la próxima. —El notario tendió la mano a su cliente y éste se la estrechó con frialdad.

—Mañana mismo tendrá disponible su copia en el mostrador de caja, señor Palomero —le informó el empleadito.

Facundo dijo que le parecía muy bien y emprendió el camino hacia la puerta. Pero, antes de llegar, viró inesperadamente su rumbo y se acercó al aparato de vídeo.

—La cinta ya se ha terminado de rebobinar —anunció—. ¿Se la saco?

El notario pegó un respingo en su butaca y salió disparado hacia Facundo.

—¡No es necesario! —exclamó con el rostro teñido de un llamativo color carmesí—. ¡Déjelo!

Pero Palomero ya había oprimido la tecla de expulsión y el aparato escupió una cinta identificada con una pegatina en la que Facundo tuvo el tiempo justo de leer:

“Mujeres al borde de un ataque de miembros”.

Don Guzmán se abalanzó sobre Facundo y le arrebató la cinta.

—Es un... un vídeo informativo sobre... sobre las recientes reformas en... la Ley de la Propiedad Horizontal —pretextó al tiempo que se pasaba por la frente un delicado pañuelo con dos ges mayúsculas bordadas en letra gótica.

—No me diga —replicó Facundo—. Precisamente la horizontal, ¿eh? Me figuro que explicará con pelos y señales lo del sesenta y nueve.

—¿Perdón? —repuso el notario con los ojos como platos.

—El artículo sesenta y nueve de la ley —aclaró Palomero con aire socarrón.

Don Guzmán se pasó el pañuelo por el cogote y la papada.

—Ah, sí, por supuesto —afirmó—; lo expone con claridad meridiana.

—¿Le importaría prestármela?

La pregunta de Facundo produjo un escalofrío en la espina dorsal del notario, que aprovechó el impulso de la sacudida para dirigirse como una centella hacia su mesa.

—Imposible.

—Es que estoy pensando en dedicarme a la inversión inmobiliaria, ¿sabe? Y me vendría de perlas ponerme al día en lo concerniente a las cuestiones legales.

—Ya le digo que no va a poder ser —el notario se apresuró a guardar la cinta en un cajón de su escritorio—, así que no insista. Este tipo de material divulgativo está reservado para los profesionales. —Cerró con dos vueltas de llave el cajón y se dejó caer sobre la butaca. —Oiga, Regúlez.

—¿Sí, don Guzmán?

—Cuando salga, dígame a Regúlez que pase a mi despacho.

—Lo que usted mande, don Guzmán —contestó solícito el empleado y cedió gentilmente el paso a Palomero.

Salieron del despacho y se dirigieron hacia el mostrador de caja.

—Dígame, pollo. ¿Cómo sabe usted —preguntó Facundo a su pequeño acompañante— a qué Regúlez tiene que enviar al despacho de su jefe?

—Oh, eso no es problema. Puede ir cualquiera, porque el señor Gante no nos distingue. Vaya quien vaya, don Guzmán le dirá lo que tenga que decir y el compañero se encargará de comunicárselo a quien corresponda.

—Curioso sistema —estimó Facundo.

Tras pagar en efectivo la tarifa correspondiente y recibir un resguardo con el que podría recoger la copia de su testamento una vez éste quedara debidamente registrado, Facundo se despidió del chiquitín con un apretón de manos.

—Ya sabe dónde nos tiene para cualquier otro asunto en que podamos serle de utilidad, señor Palomero.

—Gracias por su gentileza, joven. A propósito; ¿le importaría decirme su nombre? Porque solo sé que no se apellida usted Regúlez.

—Faltaría más, cómo iba a importarme —afirmó sonriente el empleadito—. Me llamo Pombo, Dimas Pombo, para servirle.

UN CHIVATAZO

En lo que se tarda en pasar de un capítulo al siguiente, Dimas Pombo se plantó en la sede de “Apochical” y refirió a Vicente Valladar el asunto del testamento de Palomero.

—¿Me tomas el pelo, Dimas? —le preguntó Vicente con cara de pasmo.

—Que no, “Güevilín”, que es verídico.

—Vicente —dijo éste muy serio—, llámame Vicente.

—Uy, sí, perdona, “Güevi”, digo Vicente.

—¿Y dices que el sujeto está forrado? —inquirió Valladar, en cuyo rostro empezaba a vislumbrarse una leve sonrisa y un incipiente brillo en sus pupilas.

—Sin duda. Me contó que acaba de acertar una quiniela de catorce.

—Mira qué suerte.

—Ya ves. Y el hombre va y nombra como única heredera de toda su fortuna a la fundación “Apochical”. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? —El amago de sonrisa desapareció de la faz de Vicente. — Me parece... me parece una broma cruel, una tomadura de pelo por parte del destino.

—No te entiendo, Vicente —afirmó, confuso, Dimas—. Yo creí que te haría ilusión comprobar que tu labor no cae en saco roto. Que tu trabajo le llega a la gente, hasta el punto de que alguien, que ni siquiera conoces, aprecie de tal manera a la fundación que decida dejarle su herencia. A mí me emocionaría.

—Pues a mí me saca de quicio —repuso Valladar con voz fúnebre—, ¿y sabes por qué?

—Francamente —confesó Dimas, cada vez más desconcertado—, no tengo la menor idea.

—Porque para cuando ese... ¿cómo has dicho que se llama?

—Facundo Palomero.

—Para cuando Facundo Palomero pase a mejor vida, de “Apochical” no quedará ni el recuerdo.

Dimas estaba tan estupefacto que permaneció quince segundos en silencio y con la boca abierta.

—Ahora sí que ya no comprendo nada —reconoció finalmente.

—No me entiendes, ¿eh? Pues escucha. Hace tiempo que uso el dinero de la fundación para mis propios asuntos que, como bien sabes, van de mal en peor. Así que ya te puedes hacer una idea de cómo están las cuentas de “Apochical”.

—¿En las últimas?

—Me temo que sí. Si no encuentro enseguida alguna fuente de ingresos que me

permita devolver el dinero que he retirado de la cuenta y tapar de una vez por todas los chanchullos y componendas que me he visto obligado a hacer en los libros de la fundación, “Apochical” se va al garete en menos que canta un gallo y yo doy con mis huesos en la cárcel.

—¡Qué barbaridad!

—Así que el señor Palomero se llevará el disgusto de su vida cuando se muera. Su voluntad de dejar la herencia a la fundación “Apochical” se quedará en agua de borrajas, y su fortuna pasará directamente a las arcas del Estado. —Valladar se interrumpió de sopetón y alzó lentamente la ceja derecha. —A no ser, claro está, que don Facundo se dé prisa en diñarla.

—No lo creo muy probable —estimó Dimas—. El hombre tenía pinta de estar sano y fuerte como un roble.

—Pero existen los accidentes, amigo Dimas.

—Sí, claro; los accidentes son imprevisibles.

—No necesariamente —susurró Vicente, cuyos ojos comenzaban a recuperar el fulgor que habían perdido momentos antes.

Dimas le contempló con una expresión a medio camino entre el desconcierto y el temor.

—¿Piensas lo que pienso que piensas?

—No sé lo que piensas que pienso —le respondió Vicente—, pero esto es lo que yo pienso: si el señor Palomero quiere legar su fortuna a “Apochical”, más le vale darse prisa y morirse de inmediato. De esa manera, la fundación se salva, yo me libro de ir a chirona y don Facundo, una vez muerto, se llevará la alegría de que se cumpla su última voluntad.

—Ay, mi madre —suspiró Dimas, espantado y turulato—. Piensas lo que pensaba que pensabas.

—Lo difícil es —discurrió Vicente en voz alta— conseguir que este caballero fallezca cuanto antes.

—Me asustas, Vicente; y mucho. ¿Qué pretendes hacer?

—No lo sé, Dimas, no tengo ni idea. Pero tiene que haber algún modo de lograr que alguien estire la pata y que parezca una muerte natural.

—Eso no lo dudes —le indicó su amigo—. Ahí tienes a “Lucifer”.

—¡¿Dónde?! —Vicente pegó un brinco y, con una ágil cabriola, se escondió bajo la mesa.

—Tranquilízate, Vicente, y sal de ahí, que solo era una manera de hablar. Yo me refería al gremio de los asesinos profesionales, que se encargan de cepillarse a los ciudadanos sin levantar la menor sospecha.

—Mira, Dimas —le advirtió Valladar mientras recuperaba la compostura—, a “Lucifer”, ni mentarlo. ¿Estamos?

—Disculpa, chico, disculpa. Estás muy tenso, Vicente. Tienes los nervios a flor de piel. ¿No has pensado en visitar a un psiquiatra?

—Déjate de psiquiatras —renegó Valladar.

—Yo lo digo porque creo que te puede venir bien.

—Lo que me vendría bien sería que Facundo Palomero se fuera al otro barrio por la vía rápida. Así, yo liquidaría mi deuda con los hermanos Cembollín y “Lucifer” no me liquidaría a mí.

—¿Pero es que hablas en serio de cargarte al señor Palomero? —le preguntó Dimas horrorizado.

Vicente sopesó unos segundos su respuesta. Finalmente, pasó su brazo derecho sobre los hombros de Dimas y le dio dos suaves cachetes en la mejilla con la mano izquierda.

—Qué inocente eres, Dimas —le dijo—. Te estoy tomando el pelo como a un pipiolín.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Me lo prometes? —insistió Dimas, no del todo convencido.

—Te lo juro por mi madre —declaró Valladar solemnemente—. ¿Es que me tomas por un delincuente, Dimas? ¿Tú me ves a mí organizando un homicidio? ¿O metiendo mano en los fondos de “Apochical”?

—Ah, ¿es que eso también era mentira?

—Mentira podrida, tontín, mentira podrida. —Vicente acompañó sus palabras con unos cuantos cachetes más. —Bastante delicada es ya la situación económica de la fundación. Aunque, ahora que lo pienso, podría sacar provecho de tu información en beneficio de “Apochical”. Si me pongo en contacto con el señor Palomero, estoy seguro de convencerle para que nos haga un donativo rumboso, ya que alberga tan buenos sentimientos hacia la fundación. Por supuesto —añadió al ver la cara de disgusto que ponía Dimas—, no mencionaré ni de refilón lo de su testamento; no temas. Le contaré que se trata de una campaña para recaudar fondos o algo por el estilo. ¿Te acuerdas de su dirección?

—Camino de Arroyoscuro, número cuatro —respondió Dimas—, en Quintana Salceda.

—Estupendo. Veremos si la generosidad que se reserva don Facundo para el más allá se puede hacer extensible al más acá.

—Sé prudente —le rogó su amigo— que, como se huelga que te he venido con el cuento, me juego mi puesto de trabajo.

—Descuida, Dimas, que yo soy muy convincente cuando me lo propongo. Tú mismo te has tragado a pies juntillas todas las patrañas que te acabo de largar.

—Eso es cierto —reconoció Pombo—. A propósito; ¿también te inventaste lo de tu deuda con los Cembollines?

—Lamentablemente —confesó Valladar con gesto apesadumbrado—, eso no me lo inventé.

—¿Y lo referente a cierto asesino profesional cuyo nombre de diablo me has

prohibido volver a mencionar en tu presencia?

—Real como la vida misma —admitió Vicente—. Y escalofriante, amigo Dimas; real y escalofriante.

Dimas le prometió que se estrujaría las meninges para dar con algún modo de ayudarle. Vicente se lo agradeció y le acompañó hasta la puerta. En cuanto Pombo puso el pie en el rellano, Valladar regresó a su despacho, tomó papel y bolígrafo y anotó el nombre y la dirección de Palomero. Acto seguido, se acercó a la ventana y vio a su amigo Dimas salir del portal.

<<Mira que eres ingenuo, Dimas —pensó—. ¿Cómo se te ocurre figurarte que yo vaya a matar a Palomero? Para eso están los profesionales de la cuestión, amigo mío. Claro que, ¿dónde voy a encontrar uno? Con semejante oficio, no creo que se anuncien en los periódicos o que figuren en las Páginas Amarillas. Tendrán que preservar su anonimato con una discreción absoluta.>>

Estas dos últimas palabras encendieron una chispa en la mente de Valladar. Corrió hacia la mesa de su despacho, abrió uno de los cajones y sacó de él la cartera que le había entregado Eugenia. Buscó la tarjeta de visita y la contempló con una amplia sonrisa de satisfacción y un destello triunfal en la mirada.

UN ENCARGO

Repantigado ante el televisor en el sofá de su sala de estar, Hermógenes Portosilandínez pasaba la tarde con el mando a distancia en la mano, yendo de un canal a otro sin encontrar nada mínimamente interesante, pero sin dejar por ello de repasar todos los canales una y otra vez. Su principal pretensión era que una dosis abundante de televisión le ayudase a olvidar su quebradero de cabeza: el extravío de su cartera.

Lo que menos le preocupaba era tener que solicitar de nuevo el carné de identidad, la tarjeta del banco y la demanda de empleo. Bueno; para ser sinceros, había algo que le preocupaba menos: el calendario con la gachí en pelotas.

Lo de las quince mil leandras le hacía bastante pupa, pero lo que más le dolía era lo de la tarjeta de visita. Cada vez que acudía a su mente la dichosa tarjetita, se la imaginaba pasando de mano en mano hasta llegar, irremediabilmente, a las de un inspector de Hacienda. Y cada vez que este pensamiento invadía su cabeza, Hermógenes arremetía con nuevos bríos contra el televisor por medio del mando a distancia.

En una de esas ráfagas se detuvo en un canal en el que daba comienzo un capítulo de la serie “Filstrup, investigador”. Aunque el rótulo que apareció en la pantalla decía simplemente “*The beating*”, la voz en *off* anunció el título del episodio como “Alguien se va a ir para casa con una buena somanta”.

La vertiginosa acción con que arrancaba el capítulo atrapó por completo a Hermógenes. En una noche lluviosa y desapacible, una señora salía de una solitaria boca de metro e, inmediatamente, era secuestrada por un sujeto con una pinta de mala bestia de quitar el hipo. El malandrín la arrastraba hasta un oscuro callejón donde la pobre mujer le preguntaba, a grito pelado, quién era, qué pretendía y por qué no dejaba de atizarle golpes aunque solo fuese un ratito. Pero el malhechor, por toda contestación, le arreaba unos sopapos que le ponían a la dama el cutis como un tomate. De pronto, sonó un teléfono; pero no en la serie, sino en el piso de Hermógenes.

—¿Dígame?

—¿El señor Potrosín Landín? —preguntó una voz susurrante y misteriosa.

—Portosilandínez —respondió Hermógenes con el deje cansino de quien está acostumbrado a que nadie pronuncie su apellido correctamente.

—¿Protosín...? —Lo intentó de nuevo su interlocutor.

—Portos, Portos, como el mosquetero.

—Ah, ya. Verá, señor Portos, tengo que darle una buena noticia. He encontrado

su cartera.

—Sí que es buena la noticia, ya lo creo —afirmó Hermógenes con un tono de voz mucho más alegre—. ¿Dónde la ha encontrado?

—¿Dónde? Ah, pues... —Vicente, que no se esperaba la pregunta, salió enseguida del paso— tirada en medio de la calle. Oiga, ¿qué escándalo es ese?

En “Filstrup, investigador”, la víctima volvía a chillar como una descosida porque el canalla que la había raptado avanzaba hacia ella con cara de pocos amigos y un soberbio garrote en las manos.

—Espere un momento —dijo Hermógenes—, que esto lo arreglo yo en un pis pas.

—¡No me mate! —suplicaba a gritos la secuestrada—. ¡Por caridad! ¡No, por favor, no! ¡Noooo!

Acto seguido, el bellaco le asestó un garrotazo colosal y Hermógenes apagó el televisor con el mando a distancia. Al otro lado de la línea telefónica, Vicente no daba crédito a lo que oía.

—¡San Lorenzo a la parrilla con patatas y morcilla! —exclamó sobrecogido—. ¡Este tío se lleva el trabajo a casa!

—¿Sigue usted ahí? —La pregunta de Hermógenes le produjo un escalofrío.

—Aquí sigo —confirmó Vicente con voz temblorosa.

—Dígame: ¿está el dinero en mi cartera?

—¿Dinero dice? No, no, lo siento; dinero no hay —aseguró con mucho más aplomo—. Está su documentación y su tarjeta del banco, pero de dinero nada.

—Demonios, qué mala suerte.

—Quizá no sea tan mala.

Una nota de misterio en el tono de Valladar desorientó a Hermógenes.

—¿Cómo dice?

—Verá; resulta que me gustaría encargarle un trabajito.

Durante cerca de veinte segundos Vicente aguardó una respuesta, pero solo escuchó el roce de los pelos de la barba y el bigote de Portosilandínez contra el aparato telefónico.

—¿Señor Portos? ¿Me ha colgado?

—No, no le he colgado —respondió por fin Hermógenes con voz gélida.

—Le decía que tengo un encargo para usted.

—Usted perdone —replicó el otro con gravedad—, pero yo soy un carbonero en paro.

—¿Carbonero ha dicho?

—Oficialmente.

Con la mano que le quedaba libre, Vicente, perplejo, se rascó la cabeza vigorosamente. El intenso masaje sobre su cuero cabelludo debió de estimular algún punto de su cerebro porque, de repente, el gesto de desconcierto desapareció de su rostro y reanudó la conversación.

—Ah, ya le entiendo. No tema, señor Portos. Es un asunto totalmente confidencial. Ya sabe; discreción absoluta.

—Veo que ha encontrado mi tarjeta.

—Así es. Pero le aseguro que soy de confianza.

—Está bien —aceptó Hermógenes—; hábleme del trabajo.

Tras un par de carraspeos, Valladar procuró mostrarse tan enigmático como pudo.

—Digamos que necesito quitarme de encima un... problema.

—Ya.

—Y creo que usted puede ser la persona adecuada para hacerlo de un modo limpio y discreto.

—Limpieza y discreción: ese es mi lema —anunció Hermógenes con bastante pompa—. Pero, dígame; ¿ese problema suyo requiere una aniquilación masiva?

—¿Más I.V.A? ¿Se refiere a si voy a necesitar una factura?

—No, hombre, no. En estos temas no hay facturas, ni presupuestos, ni nada que pueda dejar constancia del trabajo.

—Ya me parecía a mí.

—Lo que quiero que me diga es si se trata de una plaga.

—¿Una plaga? —Vicente se asustó al figurarse con qué clase de homicida despiadado estaba tratando. —No, no. En realidad, solo tendría usted que eliminar a un... elemento.

—¿Un solo bicho?

—Si es así como lo llaman los de su gremio... Es que yo —se justificó Vicente, algo cohibido por el desprecio con que su interlocutor se refería a sus víctimas— nunca había recurrido a los servicios de ninguno de sus colegas y no domino su argot.

—¿Pero usted lo ha visto?

—¿A quién?

—Al bicho.

—No, ni quiero verlo. Lo único que pretendo es acabar con él cuanto antes.

—¿Es muy dañino?

—Si no consigo que desaparezca enseguida —le confió Vicente—, me causa la ruina. Ya le digo que me urge liquidarlo.

—Entonces yo soy su hombre, caballero —proclamó Hermógenes muy ufano—. A esa alimaña que amenaza sus propiedades se la quito yo de en medio en menos que canta un gallo. Deme su nombre y dirección.

—Facundo Palomero. Camino de Arroyoscuro, número cuatro, Quintana Salceda.

—Me pilla muy cerca, porque yo vivo en Villagallarda.

—Mire usted qué bien. No me ha dicho cuánto me va a costar.

—Siendo algo tan sencillo, esto se lo hago yo por quince mil pesetas.

—¿Quince mil? —preguntó Valladar, sorprendido por lo poco que valía una vida humana.

—¿Le parece caro?

—No, no, qué va.

—¿Trato hecho, entonces?

—Trato hecho.

—Mañana mismo pasaré por Quintana Salceda —le informó Hermógenes—. ¿A qué hora estará usted allí?

—¿Quién? ¿Yo? Yo no quiero saber nada del asunto, señor mío.

—Caramba, tampoco se ponga así. No crea que es tan desagradable.

—Eso lo dirá usted porque ya está acostumbrado.

—Qué quiere que le diga. Yo llevaba peor lo del carbón —se sinceró Portosilandínez—. En esto, alguna vez te cae alguna salpicadura sobre la ropa pero, con ir bien equipado, apuntar bien y pillarlos desprevenidos, los liquidas en un periquete y te vuelves a casa tan pichi. Cambiando de tema; ¿cuándo podemos vernos para que me pague y me devuelva mi cartera?

—Pase cuando quiera por mi oficina en Burgos. Tome nota. Fundación “Apochical”, calle Flores, diecisiete, primera planta.

—Le diré lo que voy a hacer —anunció Hermógenes cuando terminó de apuntar los datos—. Como creo que es usted de confianza, iré primero a Quintana Salceda, que me pilla muy cerquita. Si la cosa se da bien y puedo terminar la faena, con las mismas me llego a Burgos para cobrar. ¿Le parece bien?

—Me parece de perlas, señor Portos.

—Es Portosilandínez.

—Pues eso.

—Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Mientras Hermógenes retornaba a su sofá para acompañar al inspector Filstrup en sus pesquisas, Vicente Valladar se quedó pensativo junto al teléfono.

<<Hay que ver —se decía— lo fácil que es tratar con un asesino. No se anuncian en la guía, pero es lo único que les falta. ¡Qué frialdad, qué desapego! ¡Y qué precio tan barato!>>

EL PLAN DE LA VIUDA

Al día siguiente, Facundo madrugó para llevar a Virgilio y su madre al ambulatorio de Villagallarda. Doña Araceli había accedido a hacerse un reconocimiento y tenía cita a las ocho de la mañana. Serían poco más de las siete cuando Facundo pasaba, al volante de su “Galaxy”, junto a la casa de la viuda de Daza y se tomaba la molestia de hacer que el motor rugiera al máximo para perturbar el sueño de doña Justa. Vano empeño. Doña Justa ya llevaba un buen rato levantada.

Por lo general, la viuda del “Garrafón” solía quedarse en la cama después de despertarse, bien para recuperar la calma tras alguna pesadilla o bien para prolongar en su imaginación algún sueño placentero. Pero esa mañana, doña Justa saltó fuera del lecho en cuanto sonó el despertador. Estaba ansiosa por poner en práctica su nuevo plan.

Había decidido, y perdonen la crudeza de la expresión, joderle la vida a Palomero. Para empezar, su primer objetivo era arruinarle el huerto. Pero pretendía hacerlo de un modo que pareciese natural, sin que pudiera llegar a sospecharse su intervención.

Pasó la tarde anterior recorriendo los campos de los alrededores en busca de una familia de orugas que, según se comentaba en el pueblo, le habían devorado media huerta a un vecino en un abrir y cerrar de ojos.

Doña Justa escudriñó, hoja por hoja, la mayor parte de la floresta municipal, con el magro resultado de dos gusanitos verdes y otro más gordo y coloradote que, con mucha benevolencia y pocos conocimientos de zoología, podía ser tomado por oruga.

Se encontraba muy lejos de su casa y estaba cansada y desilusionada por no dar con las voraces oruguillas, cuando reparó en que el sembrado junto al que se hallaba estaba salpicado de montoncitos de tierra. Docenas de pequeños montículos que no habían sido fabricados por la mano del hombre, sino por las garras de algún laborioso topo.

La viuda modificó su plan sobre la marcha y se lanzó a la captura del animalito. Buscó de topera en topera hasta que, tras más de una hora de agotadores esfuerzos, consiguió atrapar al autor de aquella red de galerías. Era un ejemplar magnífico, del tamaño de una pantufla del número cuarenta y cinco, pelaje oscuro y unas patas dignas de la mejor *vedette* del “Folies Bergères”.

El topo, que por toda cena se zampó dos gusanitos verdes y otro más gordo y coloradote, reposaba en manos de doña Justa cuando Facundo revolucionaba el motor de su coche al pasar junto a la casa de la viuda.

<<Ruge, ruge, cascaciruelas —maliciaba doña Justa para sus adentros—, que más

rugirás cuando esta bestiecilla te deje el huerto hecho un colador. ¿Verdad que sí, topito? ¿Qué vas a hacer una escabechina en los terrenos de ese pelafustán?>>>

Mientras observaba cómo el vehículo de Palomero se alejaba hacia el casco urbano de Quintana Salceda, la viuda se sentía tan excitada que decidió ponerse a limpiar la casa para tranquilizarse. Tras dejarlo todo como los chorros del oro, se tomó el segundo café con leche del día y, a las nueve de la mañana, salió con el topo en brazos dispuesta a llevar a cabo su plan.

El huerto de Palomero estaba separado del camino por una peculiar construcción que Facundo, su creador, denominaba “la tapia”. En realidad, este término solo cabía aplicarlo con propiedad al primer tramo de la construcción, un muro de ladrillo y cemento de casi dos metros de altura que nacía en una esquina de la casa y terminaba tres metros más allá. La intención de Facundo cuando comenzó a levantar “la tapia” era que este muro cercara todo el contorno de su parcela, pero enseguida se le acabó el dinero para cemento y ladrillos y se vio obligado a completar su obra con los más variopintos materiales procedentes, en su mayor parte, del vertedero municipal.

Entre otras cosas, había dos oxidados somieres de muelles, una puerta de nevera, una mesa de fútbol con solo tres barras y cinco muñecos de futbolistas muy deteriorados; un sofá de cuatro plazas con la tapicería hecha jirones y sin apenas relleno, dos lavabos rotos, uno sobre el otro, una valla publicitaria sin publicidad, una mampara de ducha, el armazón, sin ruedas, de un carro, y un gran número de piezas de madera, plástico, piedra y metal de muy diversas formas y tamaños. A esta construcción, que tenía forma de ele y terminaba en un barracón que Facundo utilizaba como almacén y garaje, le faltaba la firma de Marcel Duchamp para figurar en los libros de Arte.

Ahora bien, su eficacia como medida disuasoria que impidiera la entrada de intrusos en la propiedad de Palomero era sumamente escasa. No solo porque los somieres resultaran fácilmente escalables, ni porque la mesa de fútbol se la pudiese saltar cualquiera, sino, sobre todo, porque en el lado que daba al río no había ningún muro, ni valla, ni nada que dificultara el acceso.

Doña Justa llegó ante la puerta de la vivienda de Facundo. A partir de allí, el camino se apartaba del río con un giro a la derecha y discurría paralelo a la amalgama de chismes que conformaban “la tapia”. La viuda, sin un instante de vacilación, se dirigió hacia la izquierda, rodeó la casa y accedió tranquilamente a los terrenos de su odiado vecino. Caminó hasta el borde del huerto y se detuvo pensativa junto a un hermoso ciruelo.

—¿Dónde será mejor que te deje? —susurró acercando su cabeza a la del topo—. ¿Al pie de este ciruelo? ¿En el rincón de las fresas?

Comoquiera que el animal no mostraba ninguna preferencia, optó por depositarlo allí mismo. Se inclinó hacia delante, extendió los brazos cuanto pudo y dejó caer al

topo.

—Hale, campeón, a excavar —le animó.

Pero el bicho no movía un músculo.

—¿A qué esperas? ¿No te gusta el vergel que te he proporcionado para ti solito? Pues espabila y ponte a dar buena cuenta de él, haragán, no te hagas el remolón.

El topo, más que el remolón, se diría que se hacía el muerto. En vista de la nula reacción del animal, doña Justa le espoleó por medio de una leve patada en la retaguardia. No es que la viuda tuviera el toque de Platini, pero lo cierto es que su puntapié surtió el efecto deseado. El topo sacudió sus cuartos traseros, arrimó el hocico al suelo y comenzó a horadar el terreno.

El dulce sabor de la victoria empezaba a estimular las papilas gustativas de doña Justa cuando el ruido de un motor truncó su momento de gloria y le obligó a ponerse en guardia. Temerosa de que se tratara del vehículo de Palomero, abandonó a paso ligero la propiedad de éste y salió al camino a tiempo para contemplar la llegada de un vetusto utilitario. Un individuo peludo, con la cara más larga que un día sin pan, descendió del coche y se dirigió a doña Justa.

—Buenos días, señora —la saludó cortésmente.

—¿Es a mí? —replicó la viuda echando vistazos a su alrededor, como si aquello fuera la plaza del pueblo a la salida de la misa de once y media.

—Sí, claro que es a usted. ¿Es esta la casa de don Facundo Palomero?

—De momento sí.

—¿Sabe usted si está don Facundo en casa?

—No está, no. Ha salido muy temprano.

—Qué lástima —lamentó el veloso—. Es que me encargó un trabajo en su propiedad, pero el caso es que me han surgido algunas dudas acerca de...

—¿Y a mí que me cuenta? —le interrumpió bruscamente la señora Justa—. ¿Se cree que me importa?

—Disculpe, señora, pero yo pensaba que...

—¡Que me deje! —exclamó la viuda y, acto seguido, se alejó al trote rumbo a su domicilio.

Hermógenes Portosilandínez se quedó de una pieza. Vio a la arisca dama desaparecer tras una curva del camino y decidió desentenderse de ella y concentrarse en su trabajo.

Por su parte, doña Justa no tenía la menor intención de olvidarse de aquel extraño sujeto. Así que, en cuanto se creyó fuera del alcance de la vista del peludo, se salió del camino y regresó para vigilarle escondida detrás de unos matorrales.

El comportamiento tan chocante que había mostrado la viuda durante su conversación con Hermógenes provocó en éste una cierta desconfianza. Como no tenía claro si la señora estaba en sus cabales, hizo caso omiso de la información que le había suministrado y llamó a la puerta de Palomero.

<<Aquí no hay nadie —dedujo mientras volvía a oprimir el timbre—. No me ha

engañado la vieja. A ver qué hago yo ahora, porque no tengo claro por dónde empezar. Con tanto empeño por disimular, al final no me enteré de qué clase de alimaña es la que tengo que liquidar. Mira que soy cenutrio. También el tal Facundo podía haber sido un poco más explícito, caramba. No voy a tener más remedio que irme a Burgos y hablar con él en persona.>>

Se disponía a regresar a su coche cuando se percató de que podía acceder a la parcela por el lado que daba al río, y decidió echar una ojeada. Buscó señales de nidos bajo el alero del tejado y examinó con detenimiento las paredes de la casa, pero no descubrió nada relevante.

—Se ve que el señor Palomero —murmuró mientras se aproximaba al huerto— es un hortelano de primera categoría. No hay duda de que se esmera de lo lindo en mantener sus cultivos en perfectas condiciones. Qué frutales tan esplendorosos, qué plantas tan lozanas, qué limpio y bien organizado lo tiene todo. Lástima de ese trozo de felpudo marrón que está ahí tirado.

Se agachó para retirar el elemento que estropeaba tan bello panorama y, al verlo de cerca, se llevó tal sorpresa que a punto estuvo de caerse de bruces.

—¡Pero si es el culo de un topo!

Sujetó la porción del animal que sobresalía del terreno y tiró de ella con brío.

—¡Válgame el cielo, qué pedazo de ejemplar! —exclamó admirado por el tamaño de la criatura que pendía en sus manos cabeza abajo.

Sin dudarle un segundo, aferró con firmeza al topo y se dedicó a escudriñar palmo a palmo el huerto.

—Aquí no hay ningún otro intruso —determinó cuando concluyó el reconocimiento—. Por no haber, no hay ni siquiera toperas. ¿Qué pasa? —preguntó al topo—. ¿Eres un vago redomado, o un solitario de tomo y lomo?

Emprendió muy contento la marcha hacia su automóvil, portando en sus manos al topo como si fuese a ofrecerlo en una ceremonia religiosa, mientras caía en la cuenta de que aquellos serían los tres mil duros que más fácilmente habría ganado en toda su vida. Al abrir la puerta del maletero de su utilitario le pareció que ésta rechinaba más de lo habitual. Prestó atención y notó que el chirrido no cesaba cuando él dejaba de mover la puerta. Agudizó el oído y descubrió que el continuo estridor no procedía de su coche, sino de algún punto detrás de los matorrales que bordeaban el camino en el lado opuesto al río.

—¿Qué especie de bicharraco producirá ese ruido? —se preguntó mientras metía al topo en una caja de madera que llevaba en el maletero—. ¿Será alguno de tus parientes lejanos, topito?

Se trataba de una pregunta retórica, naturalmente. Sin embargo, Hermógenes aguardó unos instantes antes de cerrar la caja con una tapa provista de respiraderos, como si esperase que el animal le respondiera. Claro que si el topo hubiese dispuesto de la facultad de hablar, la habría aprovechado para protestar enérgicamente por tanto trasiego absurdo de un sitio a otro, tanto uso y abuso de un discapacitado visual y

tanta insistencia en preguntarle tonterías.

MISIÓN CUMPLIDA

La jornada laboral de Vicente Valladar solía regirse según la costumbre del clásico funcionario displicente: un desayuno al llegar y, a la media hora, el siguiente.

Regresaba hacia la sede de “Apochical” tras engullir el tercer piscolabis de la mañana cuando detectó la presencia de un misterioso sujeto apostado junto al portal de la fundación. El individuo, que sostenía en las manos un enigmático paquete, estaba en posesión de un rostro patibulario capaz de atemorizar a una horda de cosacos, pero a Vicente no le impresionó demasiado porque ya lo había visto antes en una foto de carné.

—¿El señor Portosín Silandín no sé qué más? —le preguntó al llegar junto a él.

—Portosilandínez —respondió solícito—. ¿Y usted es...?

—Soy quien le hizo el encargo, sí. Pero no hablemos aquí, en plena calle —sugirió Vicente mientras lanzaba miradas recelosas a diestro y siniestro—; subamos a mi oficina.

Ya en la sala de reuniones de “Apochical”, se sentaron frente a frente y Hermógenes depositó sobre la mesa la caja de madera que llevaba. A continuación, se acomodó en la silla y permitió que una sonrisa de triunfo asomara por entre la frondosidad de su vello facial.

—¿Sabe? Este ha sido el trabajo más fácil que me han encargado desde que me dedico a este negocio.

—Lo celebro —manifestó sin mucha convicción Vicente, que dirigía su vista alternativamente a Hermógenes y a la caja y no dejaba de preguntarse qué demonios habría allí dentro.

—Como se lo cuento. Ha sido bajar del coche, meterme en su propiedad, verle asomar el culo e irme a por él.

—¿Y no ha opuesto resistencia?

—Ni la más mínima. ¿No ve que le he pillado por sorpresa?

—Ah, claro —dijo Vicente, que seguía alternando sus miradas entre la caja y Hermógenes.

—Bueno, pues aquí lo tiene —anunció éste al tiempo que empujaba la caja hacia Valladar con una expresión de júbilo que no habría sido mayor si allí dentro hubiese introducido la piedra filosofal envuelta en papel de regalo.

Vicente dejó de alternar sus miradas. Ya no le quitaba el ojo de encima a la caja de madera. ¿Sería posible que aquel bárbaro peludo hubiera descuartizado a Palomero y le trajera alguno de los pedazos dentro de la caja?

—¡Ábrala, hombre —le espoleó Hermógenes—, que no le va a morder!

¡Qué horror! ¡Qué espanto! ¡Qué atrocidad! ¿Acaso el muy cafre había metido allí la cabeza de Palomero? No, no podía ser eso. Vicente recapacitó y se dijo a sí mismo que, a no ser que Palomero luciera en vida una cabecita de tamaño ridículo, no... Un ruido procedente del interior de la caja cortó en seco sus conjeturas. Algo allí dentro había empezado a rascar la madera.

—¡Pero, ¿qué leches hay aquí dentro?! —gritó mientras se separaba de la mesa cuanto podía.

—¿Qué va a haber? —replicó Hermógenes tan tranquilo—. Un topo —reveló al tiempo que destapaba la caja y sacaba de ella al animal.

Vicente volvió a alternar la dirección de sus miradas. Esta vez, de la cara hocicuda y llena de pelo del bicho a la cara hocicuda y llena de pelo de Hermógenes.

—Un... topo —balbuceó.

—Y de los gordos —corroboró el exterminador—. No sé cómo se dio usted cuenta de que estaba en el huerto, porque no había ninguna topera pero, en vista del tamaño del animal, le aseguro que hizo muy bien en llamarme. Esta alimaña podía haberle causado un estropicio de campeonato. No llevo mucho tiempo en esto del exterminio y el control de plagas, pero he visto algunas parcelas atacadas por topes y sé de lo que me hablo. Y eso que, comparados con este grandullón, aquellos eran unos alfeñiques.

—Si me disculpa —le interrumpió Vicente, cuyo interés en la materia era nulo—, voy a mi despacho a buscar su cartera y el dinero que le debo.

Instantes después, Hermógenes Portosilandínez recuperaba su cartera y, sin saberlo, las quince mil pesetas que llevaba en ella cuando la perdió.

—Ha sido un placer trabajar para usted —afirmó, gozoso—. Si le parece —añadió mientras extraía de la cartera su tarjeta de visita—, anote mi número de teléfono por si vuelve a necesitar mis servicios.

—No se preocupe; ya lo tengo apuntado en mi agenda personal —mintió Vicente.

—Estupendo. Es que no me parece muy recomendable llevar encima estas tarjetas, ¿sabe? —explicó mientras la rompía en pedazos—. En mi situación, cobrando el subsidio de desempleo, no conviene que se sepa que me dedico a exterminar bichos, ¿comprende? Ya sabe: discreción absoluta.

—Absoluta, absoluta —repitió Valladar con el semblante mustio.

—Si a usted no le importa, me gustaría quedarme con la caja, que me viene de perilla para esta clase de animales.

—Llévesela —concedió Vicente—, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que se lleve dentro de ella a ese bicho peludo.

—¿No lo quiere?

—¿Quién? ¿Yo? ¡Quite, quite! —renegó haciendo aspavientos con ambas manos—. ¿Para qué iba yo a querer un topo? Ande, lléveselo y haga usted con él lo que mejor le parezca.

—Está bien —aceptó Hermógenes. Introdujo con delicadeza al animal en la caja y se encaminó hacia la puerta. —Entonces, hasta la próxima, señor Palomero.

—Palomero, Palomero —masculló Valladar con esquivez—. Hay que joderse.

—¿Cómo dice? —preguntó Hermógenes ya con una mano en el pomo de la puerta.

Sobre dicha mano colocó Vicente su diestra mientras rodeaba con su brazo izquierdo la cintura del exterminador. Parecía que pretendía sacarle a bailar, pero lo que hizo fue sacarle de la oficina.

—Cosas mías —le dijo, una vez lo había depositado, mediante una maniobra elegante e impetuosa, al otro lado de la puerta—, cosas mías, señor Potrosinsillín y todo lo demás.

—Es Portosilan...

—Sí, ya lo sé —y le cerró la puerta en las narices.

<<Demasiado sencillo me parecía —reflexionó Vicente— contratar a un asesino a sueldo. Con razón resultaba tan barato. En fin; por lo menos, no me ha causado problemas. ¡Y no me ha costado un céntimo!>>.

Con el topo a buen recaudo en la caja y una leve sensación de desconcierto motivada por el peculiar comportamiento de su cliente, Hermógenes montó en su coche y partió rumbo a su domicilio. Durante el trayecto, una idea genial fue tomando forma en su mente.

A menos de un kilómetro del casco urbano de Villagallarda, detuvo su vehículo cerca de un ostentoso chalet rodeado de varias hectáreas de terreno cultivado. Con la caja bajo el brazo, se aproximó sigilosamente al cercado de estacas y alambre de espino que bordeaba la parcela, magníficamente surtida de flores y árboles frutales y con un huerto que habría hecho las delicias del mismísimo San Isidro. Hermógenes se agachó para fingir que se anudaba los cordones de las zapatillas, quitó la tapa de la caja y sacó al topo. Lo dejó caer, con suavidad, al otro lado de la cerca y le propinó una palmadita en el culo para que avanzara. Pero, a esas alturas, después de tanto ir y venir, de tanto zarandeo y de tanta falta de respeto para con su retaguardia, el topo no necesitaba el menor estímulo. Movié sus patas a toda velocidad y excavó un hoyo en la tierra por el que desapareció en menos tiempo del que se tarda en decir Hermógenes Portosilandínez.

Éste regresó a su automóvil, tomó asiento y sacó de la guantera un cuaderno y un bolígrafo. Tras cuatro minutos de concentración, un gesto de satisfacción sacudió los abundantes pelos de su rostro. Ni Emily Brontë, el afortunado día en que la musa le susurró al oído el argumento de “Cumbres borrascosas”, se lanzó a escribir con el vigor y la premura que empleó Hermógenes en aquel momento. Su mano derecha se agitaba sobre el papel como gobernada por un sismógrafo en pleno terremoto. Completó el texto en un periquete, arrancó la cuartilla del cuaderno, se colocó el

bolígrafo sobre una oreja, sacó de la guantera un rollo de cinta adhesiva y, así pertrechado, salió del coche.

Caminó hacia la entrada de la finca sin apresurarse, contemplando el paisaje con aire distraído, paso lento y cara de no haber roto nunca un plato. Con la misma naturalidad que cualquier hijo de vecino que sale a pasear con una hoja de papel en una mano, un rollo de celo en la otra y un bolígrafo encima de una oreja.

Se detuvo ante la puerta del chalet y atisbó los alrededores con disimulo. Una vez convencido de que nadie le observaba, fijó su atención en los dos pilares de ladrillo que flanqueaban la entrada al chalet, coronados ambos por sendas macetas que quedaban a la altura de sus narices, lo que las hacía ideales para su plan. A cualquier habitante del chalet que tuviera las narices al menos metro y medio por encima de los pies le saltaría a la vista, al salir de la casa, un cartel pegado en uno de aquellos tiestos. Siempre y cuando dicha hipotética persona no fuese ciega.

Como Hermógenes estaba al tanto de que en aquel chalet no residían personas ciegas, ni mucho menos hipotéticas, cortó a mordiscos varios trozos de cinta adhesiva y pegó la cuartilla en una de las macetas. A continuación, contempló con un orgullo casi paternal las cuatro líneas de texto que acompañaban a su número de teléfono.

¿TIENE PROBLEMAS CON TOPOS?

PÓNGASE EN MANOS DE UN PROFESIONAL

DISCRETO, RÁPIDO, EFICAZ Y BARATO

HERMÓGENES PORTOSILANDÍNEZ. EXTERMINADOR

El gesto de satisfacción desapareció de su cara con un repentino fruncido de cejas y un simultáneo alzamiento de bigote que provocaron que la nariz se le arrugara como un fuelle.

<<Demasiado obvio —estimó—. Cualquiera podría sospechar por la coincidencia entre la aparición del topo en la finca y la del cartel de alguien que se ofrece, precisamente, para exterminar topos>>.

Tomó el bolígrafo que llevaba sobre la oreja e insertó una frase entre las dos primeras líneas:

¿O OTROS BICHOS PARECIDOS?

No había terminado de encajar de nuevo el bolígrafo sobre la oreja cuando advirtió el error que acababa de cometer. Trató de transformar la primera letra o en una u, pero solo consiguió convertirla en una o más gorda. Reaccionó de inmediato y agregó detrás de la o, con letra más pequeña, la palabra con.

—Ahora sí que sí —se felicitó en voz baja.

Repasó meticulosamente su obra y sonrió complacido. Súbitamente, las cejas se le dispararon hacia lo alto y la mandíbula se le vino abajo.

—¡Me cago en mi sombra! —exclamó aprovechando que tenía la boca abierta—. ¡He vuelto a meter la pata! ¡Otra vez he puesto mi nombre completo!

En cualquier otra ocasión, una adversidad semejante habría hecho a Hermógenes desistir de su empeño, pero en aquel momento, tras haber recuperado su cartera y la tarjeta de visita que tanto le preocupaba, se sentía repleto de recursos. Empuñó una vez más el bolígrafo y tachó todas las letras de su nombre y su apellido, excepto las iniciales.

—Hache pe. Exterminador —leyó—. Mira por dónde, le da cierto aire de misterio.

Examinó de nuevo el texto completo y, por fin, se dio por satisfecho. Lo encontró correcto, adecuado, incluso brillante. Es cierto que tenía unos cuantos tachones pero, qué diablos; seguro que la gran Emily también emborronó lo suyo cuando se puso a escribir “Cumbres borrascosas” por más cuidado que hubiese puesto la musa al dictársela.

Hermógenes condujo hacia su casa feliz, contento y silbando la sintonía de “Bonanza”. De repente, la alegre melodía se convirtió en un agudísimo pitido; en la mente de Hermógenes acababa de irrumpir la voz de su esposa.

<<Hermógenes, alma de cántaro —le decía con tono pausado pero severo—, ¿quieres hacer el favor de contarme dónde estabas tú escondido el día que repartieron los cerebros? ¿Cómo narices se te ocurre poner ese cartel en la puerta del chalet del alcalde? ¿Qué piensas hacer cuando te llame? ¿Pedirle que te recomiende al consejero de Economía? O, ya puestos, al ministro de Hacienda. Tú todo esto lo haces para sacarme de quicio y que me vuelva majareta, ¿verdad? Porque no me puedo creer que seas tan rematadamente lelo. Con lo espabiladillo que parecías cuando éramos novios. No es que te considerara una lumbrera, tampoco es eso. Pero no podía figurarme que debajo de tanto pelo solo había un imbécil integral. Te lo advierto, Hermógenes: como termines en la cárcel te va a ir a visitar ese topo que acabas de liberar en la finca del alcalde, porque lo que es yo, me divorcio, me largo con los críos y si te he visto no me acuerdo.>>

Un bronco bocinazo sacó a Hermógenes del trance. Se dio cuenta entonces de que su coche había perdido velocidad hasta quedar prácticamente parado en medio de la carretera. Circunstancia que no parecía ser del agrado del conductor del vehículo que se hallaba detrás del suyo, a juzgar por la ristra de insultos, juramentos y venablos que soltó por su boca.

—¡Ya voy, cariño, ya voy! —exclamó Hermógenes y, tras asestar un brusco giro al volante, pisó el acelerador a fondo para ir en busca de su cartel.

MAÑANA DE LUNES EN QUINTANA SALCEDA

Cualquier varón adulto heterosexual dotado del sentido de la vista sentiría un placentero cosquilleo al ver aproximarse hacia él a Fina Chamorro, una espigada joven de melena rubia, luminosa sonrisa, ojos resplandecientes y curvilínea figura, que se encargaba de atender al público en el juzgado de Quintana Salceda. Sin embargo, Virgilio Mier la contempló aquella mañana con el ceño fruncido y cara de malas pulgas.

No es que a Virgilio le disgustara la facha de la moza, sino que llevaba cuarenta minutos esperándola a la puerta del juzgado.

—Caramba, don Virgilio, buenos días —saludó Fina como si tal cosa—. ¿Qué hace usted por aquí?

—¿Tú qué crees, “Chamorrита”? Aquí estoy, aguardando, con toda mi santa paciencia, a que la hija del churrero se digne atender su negociado.

—Uy, qué solemne; cómo se nota que es librero —soltó la joven con retintín mientras abría la puerta—. Pero le recuerdo que me llamo Fina, no “Chamorrита”. Y que mi padre ya no es churrero sino empresario y concejal del ayuntamiento.

Entraron en la oficina de información del juzgado y tomaron posiciones, cada uno a un lado del mostrador.

—No hace falta que me recuerdes tu nombre, monina, porque te conozco desde que tu madre, la “Chamorra”, te trajo al mundo. Y en cuanto a tu padre, después de tantos años haciendo churros será churrero para el resto de sus días, aunque le nombren Defensor del Pueblo, embajador en Groenlandia o virrey de Pernambuco.

—No se ponga usted renegón, don Virgilio —le aconsejó Fina con dulzura—. Sea positivo. Fíjese la suerte que ha tenido: no le ha tocado hacer cola para que yo le atienda.

—¡Toma, claro! ¡Cómo que las cinco personas que tenía delante se han hartado de esperarte y se han marchado después de ponerte a caldo a ti y a tu churrera estirpe!

—Es que la gente no tiene paciencia ni educación —afirmó indignada la muchacha.

—Mujer, después de esperarte más de media hora sin saber siquiera si acabarías por aparecer, ¿no esperarías que se pusieran a recoger firmas para solicitar que coloquen un monumento en tu honor en la plaza del pueblo?

—Tampoco es eso, don Virgilio. Yo lo único que pido es un poco de comprensión. Que una, además de sus deberes profesionales, también tiene sus obligaciones personales.

—¿Has tenido que ir al médico, o a hacerte algún análisis? —le preguntó Virgilio

con cara de preocupación—. ¿O es que te urgía hacer algún recado o alguna gestión?

—No, no, qué va. Me he ido a desayunar —respondió Fina tan pancha—. Pero, ya que lo menciona, tengo que hacer un par de compras, así que, si le parece, vayamos al grano. A ver si terminamos antes de que entre alguien más y así puedo escaparme otro ratito. ¿Qué se le ofrece?

—Pues verás: yo quería saber lo que hace falta para casarse.

—Uy, don Virgilio; en su caso, un milagro.

Virgilio pegó un respingo y puso los brazos en jarras.

—Mira qué graciosa la niña.

—Usted perdone, pero es que me lo ha puesto a huevo.

—Pues está muy feo reírse de las personas mayores, rica —le reconvino el librero—, por muy a huevo que te lo pongan. Además; ¿qué pasa? ¿No puedo yo casarme si me da la gana?

—No, señor.

Las arrugas de la frente de Virgilio pegaron dos botes en una fracción de segundo.

—¿Cómo que no?

—Como que no. En este país, para matrimoniarse no basta con que a uno le dé la gana. Les tiene que dar la gana a dos. Dos individuos —recalcó al tiempo que extendía el índice y el corazón de su mano derecha ante las narices de Virgilio—. Mejor dicho; un individuo y una individua. Mientras no cambien las leyes, para casarse hacen falta dos personas de sexos contrarios.

Se volvió hacia la estantería que tenía detrás, tomó de una balda un folio impreso y se lo ofreció a Virgilio.

—Aquí figuran —le explicó— todos los requisitos necesarios para contraer matrimonio, tanto si alguno de los cónyuges está empadronado en el municipio como si no.

Virgilio le arrebató el papel de un tirón, lo dobló, se lo guardó en un bolsillo de la cazadora y, sin siquiera mirar a la muchacha, le dijo con tono áspero:

—Gracias, “Chamorrta”. Saluda a tus padres de mi parte.

—Así lo haré, don Virgilio —correspondió Fina muy modosa—. Pero no se marche usted con el morro tan torcido, caray, que me crea cargo de conciencia haberle puesto de mal humor con una simple broma.

—No te preocupes, guapita —replicó él mirándola por encima del hombro—, que ya soy mayorcito para enfadarme por sandeces —y abandonó la estancia muy digno, como El Cid camino del destierro.

Junto a la puerta de la librería le esperaba su amigo Facundo, que alzó la muñeca izquierda para mostrarle el reloj, al tiempo que le saludaba.

—Buenos días, “Viriji”. ¿Estas son horas de abrir el negocio?

—Pues no —respondió cortante—. Por lo visto son horas de venir a tocar las

pelotas a los amigos.

—¡Arrea! ¡Menudos humos traes! Y yo que estaba preocupado por tu salud, después de que no se te haya visto el pelo en todo el fin de semana.

—Puedes quedarte tranquilo, “Palito”. Ya ves que estoy como una rosa —aseguró, al tiempo que se abría la cazadora, como si el aspecto de su camisa diera fe de su buen estado físico.

Durante los siguientes noventa segundos, los dos cincuentones permanecieron callados, estáticos, mirándose fijamente el uno al otro, ambos con circunspecto semblante. Pasado ese tiempo, Facundo transformó su gesto ceñudo en una sonrisa franca y rompió el silencio.

—Bueno, ¿qué? ¿Abres la tienda y entramos para charlar un rato, o nos quedamos plantados en mitad de la calle como dos pasmarotes?

Contagiado por la sonrisa de su amigo, Virgilio alegró la cara y pasó un brazo sobre los hombros de Facundo.

—Mejor que eso, “Palito”. Nos vamos al bar de enfrente a tomar un café.

Y así lo hicieron.

En cuanto estuvieron sentados y servidos, Palomero reanudó la conversación.

—Estás muy raro, “Viriji”. No sé qué habrás estado haciendo este fin de semana, ni con quién, pero está claro que te ha afectado bastante.

Sin apartar su mirada de la de Facundo, Virgilio masticó con calma una porción de bollo suizo, tomó un sorbo de café con leche y se pasó una servilleta de papel por los labios. A continuación, habló con una cadencia lentísima y guardando un exagerado silencio entre palabra y palabra.

—Conque... estoy... raro..., ¿eh?

—Más a cada minuto que pasa —contestó Palomero, desconcertado.

—El caso es que he ido a primera hora al juzgado para conseguir la información que me pidió “Gari”, y la “Chamorríta”, que todo lo que tiene de guapa lo tiene de sinvergüenza, después de hacerme perder más de media hora por su cara bonita, se ha atrevido a tomarme el pelo.

—Ya. ¿Y eso es todo? —preguntó Facundo, un tanto decepcionado—. ¿Seguro que no estás de mal humor por algo que te haya sucedido durante el fin de semana?

Una sonrisilla maliciosa delataba que la parsimonia con la que Virgilio partió un trozo de bollo, lo mojó en el café con leche y se lo llevó a la boca no era casual.

—Hay que ver cómo te pica la curiosidad —comentó cuando terminó de engullir.

—¿A quién? ¿A mí? —replicó Facundo aparentando indiferencia.

—No; al gobernador de Manchuria. Anda, que menudo madrugón te has pegado para venir a que te cuente lo que he hecho este fin de semana. ¿Qué pasa? ¿Que no tenías nada que hacer en tu finquita?

—Pues no.

—¿Ah, no? Pues a mí se me ocurren unas cuantas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, construir una valla en condiciones, ahora que puedes costearla, y deshacerte de una vez de todos aquellos trastos que tienes allí acumulados.

—Eso ya lo pensé —admitió Palomero—; incluso se me ocurrió rodear toda la parcela con un seto bien alto y tupido. Pero, después de darle muchas vueltas, llegué a la conclusión de que era una mala idea.

—¿Por qué?

—Porque llamaría mucho la atención.

—No te sigo —reconoció Virgilio.

—Eso es porque no tienes mentalidad de chorizo.

—Si tú lo dices...

—Imagínate por un momento que eres un ladrón que deambula por Arroyoscuro en busca de alguna casa que desvalijar.

—Si yo fuese un ladrón no perdería el tiempo en un barrio que tiene cuatro casas, dos de las cuales llevan vacías casi un año.

—Está bien. Entonces, supón que eres un caco que está de vacaciones aquí y que...

—¿De vacaciones en Quintana Salceda? —le interrumpió Virgilio—. ¿A qué idiota se le ocurriría semejante tontería?

—Vale —aceptó Facundo. Respiró hondo, se recogió las mangas de la camisa y continuó. —Eres un ladrón idiota que está de vacaciones en Quintana Salceda.

—Pero...

—¡Y además de idiota, mudo!

Sin perder la calma, pese al arrebato de furia de su amigo, Virgilio se encogió de hombros y se pasó una mano por los labios para fingir que los cerraba con cremallera.

—Lo que quiero que comprendas —prosiguió Palomero— es que un pedazo de muro y un amasijo de cachivaches que ni siquiera impiden el paso a mi terreno, son la mejor medida de seguridad, porque a nadie se le ocurriría pensar que en mi casa guardo algo de valor si lo protejo de tan mala manera.

Con cara de no estar muy convencido, el librero guardó silencio y se limitó a rascarse la barbilla.

—En cambio, una fortificación en toda regla, o uno de esos setos enormes que no dejan ver lo que hay al otro lado, serían señuelos irresistibles para los amigos de lo ajeno.

Facundo hizo una pausa, en espera de algún comentario de su interlocutor. En vista de que éste se limitaba a mirarle con indiferencia, añadió:

—Incluso los amigos de lo ajeno idiotas y mudos. Venga, “Viriji”, deja ya la guasa y dime lo que te parece mi teoría.

—Tu teoría es muy discutible —apreció Virgilio— pero, teniendo en cuenta que se trata de tu vivienda y tus propiedades, tú sabrás lo que haces.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Supongo que sí.

—Fenomenal. Entonces, pasemos a un asunto de mayor interés. ¿Dónde te has metido este fin de semana?

Virgilio soltó una carcajada.

—¡Hay que joderse, Facundo! ¡Estás que revientas de curiosidad!

—¡Que no, coño, que no es curiosidad! ¡Es preocupación!

—¡A otro perro con ese hueso!

—Ah, ¿no me crees? Pues te advierto que ayer, mientras estaba jugando la partida, me preguntaron unas cuantas veces por ti y hubo quien, al verme tan preocupado por tu ausencia, se me acercó para interesarse por si te había sucedido algo malo.

—¿Y tú qué les dijiste?

—¿Qué les iba a decir? La verdad. Que no sabía nada de ti desde el día del funeral de Evaristo.

—Está bien, hombre, está bien —se resignó finalmente Virgilio—. Te voy a contar lo que he hecho este fin de semana.

—No, si yo, con saber que te encuentras bien y que no tienes ningún problema grave... —Intentó disimular Facundo.

—Bueno, pues si no te interesa, no te lo cuento.

—¡Serás cabrito!

—Tranquilízate, bobalicón, que te lo voy a contar todo, con pelos y señales.

—Ah, pero, ¿ha habido pelos?

La risa que le provocó la pregunta de su amigo echó por tierra el esfuerzo de Virgilio por adoptar un tono reprobatorio.

—Vamos a ver, Facundo. No te extralimites, que estamos hablando de una señora.

—¡La Goyita!

—La misma.

—¡Ajá! ¡Lo que yo me figuraba!

—Tampoco había que ser un lince para adivinarlo, después de haberme visto con ella el día del funeral del “Fósforo”.

—Pero tú dijiste que la Goyita había venido a Burgos para asistir al funeral y se volvía a Barcelona al día siguiente —le recordó Facundo, en defensa de sus dotes como pronosticador.

—Eso es lo que ella me dijo a mí. Sin embargo, cambió de opinión y se quedó a pasar unos días en casa de su hermano. El viernes por la noche me llamó por teléfono y me preguntó si me apetecía pasar el fin de semana con ella para recordar los viejos tiempos.

—¿Y qué dijo tu madre?

Tras lanzar dos rápidas miradas a izquierda y derecha, Virgilio se echó hacia delante y, ocultándose la boca con una mano, susurró:

—Mi madre no sabe nada.

—¿Nada?

—Nada de nada. Le largué el cuento de que me iba al fútbol y me quedaba a dormir en casa de Olegario quien, por cierto, ya está en el ajo.

Facundo asintió con vehemencia, dejando claro que se daba por enterado y que, llegado el caso, se atendería a la versión oficial, por dolorosa que pudiera ser la tortura a la que le sometiese doña Araceli Perduela para sonsacarle la verdad.

—¿Y dónde pasaste la noche del sábado, perillán?

—En un hotel. Pero no solo la noche del sábado; también la tarde y casi todo el domingo.

—Así me gusta, “Viriji”. Estas cosas se hacen a lo grande o no se hacen. A una hembra de bandera, como la Goya, no la puedes llevar a una birria de hostel, o a un vulgar picadero. No, señor. ¡A un buen hotel y en pensión completa!

—Alojamiento y desayuno, “Palito” —corrigió Virgilio con humildad—. Aunque, como Goyita insistió en que no nos quedáramos en el centro y tuvimos que irnos a un hotel de las afueras, sería mejor decir alejamiento y desayuno.

Sin abundar en detalles por respeto a doña Gregoria, Virgilio relató de forma somera las diversas actividades con las que se había entretenido en compañía de dicha dama durante el sábado y el domingo. Cuando comprendió que el librero no estaba dispuesto a confiarle un solo dato acerca de lo acontecido en la cama del hotel, Facundo se interesó por otros asuntos.

—Me sorprende que la Goyita siga soltera —manifestó.

—Es que no está soltera —afirmó Virgilio para sorpresa de su amigo.

—Entonces, ¿dónde dejó a su marido?

—Dentro de una caja de pino que lleva un par de años a buen recaudo en un cementerio catalán.

—O sea, que está viuda.

—Del todo.

—Esto le aporta un nuevo intrínquilis a vuestra relación.

—¿Qué quieres decir?

—Está bien claro, “Viriji”. Quiero decir que se os ha presentado una segunda oportunidad.

El rostro del librero languideció levemente.

—Yo también lo pensé —confesó—, pero lo cierto es que no es más que una fantasía.

—¿Por qué?

—Porque Goyita no está dispuesta a dejar Barcelona.

—Claro, por sus hijos —aventuró Palomero.

—Qué va, si no tiene hijos. Pero dice que, después de vivir en una gran ciudad a la orilla del mar, ella no vuelve a un pueblucho de secano ni por todo el oro del mundo.

—Puestas así las cosas —meditó Facundo en voz alta—, está bien claro.

—¿Qué? ¿Que lo nuestro es imposible?

—No. Que tú dejas Quintana y te mudas a Barcelona.

—Muy bonito. ¿Y qué hago con la librería? Porque no pretenderás que la atienda mi madre, ¿verdad?

—Nada de eso. La librería la vendes y santas pascuas.

—¿Pero a quién se la voy a vender, iluso? ¿A quién voy a endilgarle un negocio que apenas da lo justo para ir tirando?

—Tampoco será para tanto, “Viriji”; al fin y al cabo, sois dos las personas que vivís de la librería.

—¡Y un cuerno! —se exaltó Virgilio—. De lo que vive mi madre es de su pensión de viudedad.

Ya que la cuestión no parecía ser del agrado de su amigo, Facundo aprovechó las últimas palabras de Virgilio para desviarse del asunto.

—A propósito; ¿a la Goyita le quedó una buena pensión?

—Le quedó algo todavía mejor —respondió el librero con aire enigmático—. Heredó los negocios de su difunto marido, un empresario que se llamaba Arsenio Trincadell.

—Así que, además de guapa, la Goya es un buen partido.

—No lo sabes tú bien.

Virgilio cogió el dispensador de servilletas que había en la mesa, le dio unas cuantas vueltas examinándolo con detenimiento y, finalmente, señaló a Facundo una inscripción en la base.

—¿Qué pone aquí?

—¿No te has traído las gafas? —le preguntó Palomero, extrañado por el repentino cambio en los gustos literarios de su amigo.

—¿Qué pone aquí? —repitió Virgilio.

Facundo entrecerró los párpados varias veces y, por fin, leyó:

—Trincadell, hache. ¿Arsenio se escribe con hache?

—No, hombre, no. La hache es de *holding*.

—¿Eh?

—Es un conjunto de empresas.

—Ah.

—Entre otras muchas cosas, fabrican todo tipo de suministros para hostelería.

Hizo un rápido reconocimiento visual de la mesa y, tras un súbito alzamiento de cejas, atrapó el cenicero y lo acercó a las narices de Facundo.

—¿Ves este cenicero?

—Lo veo —confirmó Palomero, atónito.

—Pues es cosa de Trincadell.

—¡Córcholis!

—Las tazas en las que nos han servido los cafés...

—¿Qué les pasa? —preguntó intrigado Facundo.

—Que son cosa de Trincadell.

—¡Repámpanos!

—¿Tienes mechero?

—¿Has vuelto a fumar, “Viriji”? ¡Qué lástima! ¡Después de tantos años! —se lamentó Palomero mientras rebuscaba en los bolsillos de sus pantalones—. Claro; seguro que te entraron ganas de fumarte un pitillo después de echar un casquete. Es natural. Esos son los que mejor saben, según creo recordar.

—No te he pedido un cigarro, “Palito”, sino un mechero.

Su amigo halló por fin lo que buscaba y le pasó un mechero con carcasa de plástico, estampado con el logotipo de una marca de ginebra. Virgilio se puso las gafas y, tras un detenido examen del artilugio, hizo aparecer en su rostro una sonrisa de oreja a oreja y anunció:

—¡Lo que suponía!

—A ver... —musitó Facundo con gesto de resignación.

—Este mechero también es cosa de Trincadell.

—Inaudito. Quién lo iba a decir...

La conversación había tomado un rumbo que empezaba a resultar irritante para Palomero, de manera que decidió ponerle fin. Por segunda vez en lo que iba de día, mostró su reloj a Virgilio y le sugirió que cumpliera sin mayor demora con su deber y no privase por más tiempo a sus convecinos de la oportunidad de adquirir obras literarias.

Estaban a punto de abandonar el bar cuando Virgilio apuntó con el índice de su mano derecha hacia un paragüero que se hallaba junto a la puerta.

—¿Ves ese paragüero?

Facundo admitió con voz cansina que, efectivamente, veía el paragüero. Su amigo se puso en cuclillas y procedió a la inspección del objeto en cuestión. Se incorporó de un brinco y proclamó muy sonriente:

—¡Es cosa de Trincadell!

A pesar de la profunda y sincera amistad que les unía desde niños, Facundo no soportaba más la cargante actitud de Virgilio. Así que, con mucho disimulo, dejó escapar un pedo silencioso y, después de arrugar la nariz un par de veces, preguntó a su amigo:

—¿No notas un olor extraño?

—¿Extraño? —Virgilio olisqueó rápidamente a su alrededor. —Extraño no;apestoso.

—¡Pues es cosa de Palomero, “Viriji”! ¡Es cosa de Palomero!

EL PLAN DE VICENTE

El tiempo se le echaba encima a Vicente Valladar. La fecha que habían fijado los hermanos Cembollín para que saldase su deuda con ellos se aproximaba a una velocidad de veinticuatro horas por día.

Para contribuir a su comprensible estado de ansiedad, creía haber encontrado la solución a sus problemas en la herencia de Palomero, pero no sabía cómo hacerse con ella.

—Mira que soy cenizo —se lamentaba mientras ingería el desayuno en la soledad de su apartamento—. Pretendo contratar a un matón que liquide a Palomero y, en lugar de eso, le mando a un percebe que le limpia el huerto de alimañas. Hay que ver. Ya podían los Cembollines amenazarme a mí con el tal Potorrín Salidín, en vez de con “Lucifer”. Que ése sí que es un profesional del asesinato como Dios manda.

De pronto, se quedó petrificado, con la mirada perdida en la pared que tenía enfrente y sujetando la taza de café con leche un palmo por delante de sus narices.

—¡Albricias! —gritó un instante después—. ¡Ya lo tengo!

Acompañó sus exclamaciones con un brusco respingo, a consecuencia del cual se tiró encima media taza de café con leche. Pero poco le importó. Se cambió de ropa en un santiamén y, quince minutos más tarde, estaba sentado en el despacho de Dimas Pombo en la notaría “Gante”.

—¿Se puede saber qué es eso tan urgente? —le preguntó Dimas tras cerrar la puerta.

—Necesito que me ayudes a contactar con cierta persona. Tú eres un hombre de recursos y estás al tanto de todo lo que sucede en Burgos, así que estoy seguro de que eres la persona idónea para echarme una mano —le explicó Vicente con tono adulator.

—¿De quién se trata?

—De “Lucifer”.

Considerando que, apenas unos días antes, Valladar le había prohibido terminantemente pronunciar en su presencia el nombre cuyas tres sílabas acababa precisamente de articular la boca del mismo individuo que dictara dicha prohibición, no es extraño que, en aquel momento, el joven Pombo manifestara un soberano desconcierto.

—¿Estás de coña, Vicente?

—No, Dimas, no estoy de coña. Tengo un plan. Voy a dar con “Lucifer” antes de que los Cembollines le encarguen darme el pasaporte y le convenceré para que no me mate.

Durante largos segundos, Dimas escrutó la faz de Valladar con un interés más propio de un zoólogo que de un empleado de notaría.

—No sé si me estás tomando el pelo —confesó— pero, en todo caso, ¿cómo piensas convencerle, si puede saberse?

—Como sea —respondió enérgico Vicente—. Le suplicaré, lloraré, me ofreceré para afilarle los puñales y engrasarle las pistolas durante los próximos diez años. Le conseguiré gratis los servicios de todas las afiliadas a “Apochical” y, si es preciso, le permitiré que me sodomice mientras le friego el suelo de la cocina.

—Vale, vale. Ya veo que estás al borde de la desesperación.

—Es mi última oportunidad, Dimas. Tienes que ayudarme.

Nuevamente, Dimas examinó suspicaz el rostro de Vicente, quien se esforzaba por expresar sin palabras una angustia similar a la que debió de sentir María Antonieta antes de su última aparición en público.

—Está bien —dijo Dimas, aparentemente convencido—. Espera aquí un momento.

Salió del despacho y volvió antes de que pasara un minuto. Si llega a darse más prisa se tropieza consigo mismo en la puerta.

—Ya está —anunció sonriente.

—¿Ya está? —repitió, incrédulo, Valladar.

—Como lo oyes.

—Pero Dimas, amigo mío; tú eres de lo que no hay; eres la caraba, el no va más, la repanocha. El año que viene te pienso escribir a ti, en vez de a los Reyes Magos.

—Deja de darme coba y presta atención, que tienes que memorizar un número.

—Suéltalo.

—Sesenta y seis.

—Sesenta y seis —repitió Vicente—. Sesenta y seis, ¿qué?

—Sesenta y seis nada. Sesenta y seis es el número del apartado de Correos al que debes enviar tu petición, con tu teléfono, para que “Lucifer” se ponga en contacto contigo.

Valladar se levantó de su silla y dio un aparatoso abrazo a Dimas.

—Si llevara sombrero —declaró con teatral entonación— me lo quitaría ante usted, señor Pombo.

—No seas payaso, Vicente —le reprochó Dimas mientras se lo quitaba de encima.

—¿Me quieres explicar cómo has podido conseguir esta información tan rápidamente?

—Alto secreto —contestó Pombo firmemente.

Una sonrisa magnánima floreció en el rostro de Valladar.

—Alabo tu discreción, Dimas. Pero nosotros dos somos amigos y no tenemos secretos. —Las eses que salían de sus labios sonaban sibilantísimas. —Tú y yo nos lo contamos todo el uno al otro y el otro al uno. Somos uña y carne, somos como

hermanos, somos...

—Vale, está bien, de acuerdo —cedió finalmente Dimas—. Pero que no salga de aquí.

—Soy una tumba.

No bien hubo terminado de pronunciar esta breve sentencia, Vicente sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral, y se apresuró a palpar con insistencia la mesa de madera.

—Metafóricamente hablando —añadió.

—Resulta —procedió a exponer Dimas— que la mujer de un compañero de la notaría obtuvo hace un par de años la plaza de jefa de prensa de la Delegación Provincial de Hacienda.

—Me parece estupendo.

—También a ella; sobre todo porque había quedado cuarta en el concurso oposición.

—¿Cuarta? Entonces, ¿cómo consiguió la plaza?

—Gracias al repentino fallecimiento de los tres primeros de la lista en sendos accidentes ocurridos en un plazo de cinco días.

—¡Alabado sea San Alejo, que con doce añitos se murió de viejo! —exclamó Vicente—. ¿Fue cosa de “Lucifer”?

Dimas guardó silencio y se limitó a alzar al mismo tiempo los hombros y las cejas.

—Para que luego te vengan con el cuento —reflexionó Valladar— de que el dinero no lo puede todo.

—Y que lo digas. En estos tiempos que nos ha tocado vivir, si andas sobrado de pasta y hay alguien que te molesta, pagas a un asesino para que te lo quite de en medio y, hale: a correr por la pradera.

—Son las ventajas del progreso, amigo Dimas. El mundo avanza y no hay hijo de madre que lo detenga.

—No sé dónde ves tú el avance en todo esto, la verdad.

—Vamos, Dimas, no seas pesimista. Hay que ponerse de parte del progreso y sacar provecho de las oportunidades que nos brinda.

Una vez más, Dimas contempló con desconfianza el semblante de su amigo.

—Desde luego, Vicente —le explicó tras el análisis visual—, ya no sé cuándo hablas en serio y cuándo me tomas el pelo. En fin; ojalá tengas suerte con “Lucifer”.

“LUCIFER”

De todos los monitores que trabajaban en el gimnasio “*All Iron Body Building*”, popularmente conocido en la ciudad de Burgos como el “Alirón”, Lucía Fernández era la que proporcionaba mayor rendimiento al dinero de los clientes. Quienes asistían con regularidad a sus clases gozaban de una fortaleza, un tono muscular y una flexibilidad impresionantes. No obstante, para conseguir esa envidiable forma física tenían que ser valientes, tanto para resistir la atroz combinación de gimnasia, contorsionismo, acrobacia y torturas chinas a la que eran sometidos, como para soportar la propia visión de Lucía Fernández.

Porque Lucía Fernández era fea hasta por teléfono.

Hay quien sostiene que cuando el Todopoderoso terminó de crear a todos los animales, con las piezas que le sobraron dio vida al ornitorrinco. Algo similar podría aplicarse a la fisonomía de Lucía Fernández. Parecía haber sido confeccionada con lo que nadie había querido para sí.

Ahora bien; con tenacidad, pundonor, perseverancia y años de duro entrenamiento, Lucía había logrado convertir su poco vistoso cuerpo en una auténtica fuerza de la naturaleza. Tenía músculos plenamente desarrollados por todos los rincones de su anatomía, y seguro que guardaba alguno más en la mesilla de noche.

Su trabajo en el gimnasio tenía el inconveniente de estar muy mal pagado. Sin embargo, contaba con la ventaja de permitirle mantenerse en forma, además de dejarle mucho tiempo libre. Tiempo que Lucía aprovechaba para dedicarse a un negocio con el que había conseguido amasar una verdadera fortuna. Tanto era así que, a sus treinta años, empezaba a acariciar la idea de vivir de las rentas y dejar de trabajar. Al fin y al cabo, lo mismo que la del futbolista, la del asesino profesional suele ser una carrera bastante corta.

—¿El señor Valladar?

—¿Quién pregunta por él? —replicó una desconfiada voz masculina al otro lado de la línea telefónica.

—¿Es usted el señor Valladar? —insistió Lucía.

—Depende. ¿Quién es usted?

—Soy quien va a mandarle a paseo si no me dice de una vez si es o no el señor Valladar.

—Qué carácter, señorita. Está bien; yo soy Valladar, en efecto.

—Le llamo de parte de “Lucifer”.

Por más que llevara varios días aguardando esa llamada, la sola mención de “Lucifer” provocó que Vicente comenzase de pronto a chorrear sudor frío por todos sus poros.

—¿Qué... quiere... de mí? —acertó a preguntar con un hilillo de voz.

—Yo no quiero nada de usted; es usted quien quiere algo de “Lucifer”, ¿no es así?

—Cierto, cierto —reconoció Vicente mientras recuperaba poco a poco la compostura—. Verá usted...

—No me cuente nada ahora —le interrumpió Lucía—. Nunca hablo de negocios por teléfono. ¿Sabe dónde está la Plaza del Sastre Armada?

—Sí.

—¿Conoce la taberna “El Cuco”?

—Conozco.

—Esté allí esta noche a las nueve. Entonces hablaremos.

—¿Cómo la reconoceré?

—No lo hará. Yo le reconoceré a usted.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo, si puede saberse?

—Porque usted llevará un ejemplar del “Diario de Burgos” a la vista en el bolsillo de su americana, abrigo o gabardina. Y cuando el pájaro del reloj de cuco que hay en el bar dé las nueve, le hará una pregunta al camarero.

—¿El pájaro hablará con el camarero? —se asombró Vicente—. Caray; con la de veces que he estado en esa taberna y nunca he tenido la suerte de contemplar ese prodigio.

—Usted hablará con el camarero —aclaró Lucía con frialdad profesional.

—¿Y puedo preguntarle cualquier cosa?

—No.

—¿Cuál es la pregunta que debo hacerle?

—¿Cómo quedó el Betis el domingo?

—Empató a dos en Vigo, contra el Celta. ¿Le gusta el fútbol, señorita?

—En absoluto —afirmó Lucía con voz profunda—. Es la pregunta que usted debe dirigir al camarero cuando el pájaro del reloj de cuco dé las nueve.

—Ah.

—¿Está claro?

—Sí, pero...

En el breve lapso de tiempo que transcurrió entre el sí y el pero, Lucía cortó la comunicación.

Era un Vicente Valladar particularmente nervioso el que entró en la taberna “El Cuco” cinco minutos antes de las nueve de la noche, con un ejemplar del “Diario de Burgos” en el bolsillo izquierdo del abrigo y otro en el derecho. Como no le había quedado claro en qué bolsillo debía llevar el periódico, se decidió por esta solución al

considerar que, de esa manera, la representante de “Lucifer” podría localizarle desde cualquier ángulo.

El local estaba repleto de clientes, así que Vicente se abrió paso entre la muchedumbre hasta llegar a un punto en la barra justo frente al reloj de cuco. Entre aquel gentío era inútil tratar de descubrir dónde podía encontrarse la mujer con la que se había citado, y mucho más sin conocer el aspecto físico de dicha dama. Por lo tanto, Vicente pidió una cerveza y concentró su atención en el reloj, a la espera de que el cuco hiciera sus nueve apariciones consecutivas.

Cuando por fin se produjo este espectáculo, que trajo al paio al resto de la clientela, Vicente apartó su vaso de cerveza, apoyó ambos codos sobre la barra y se echó hacia delante con tanto ímpetu que estuvo a punto de caer de bruces al otro lado. Así encaramado, giró la cabeza hacia el camarero y le gritó:

—¡Oiga, mozo! ¿Sabe usted cómo quedó el Betis el domingo?!

El camarero, haciendo gala de la proverbial serenidad que distingue a los profesionales más avezados del gremio, se aproximó muy sonriente a Valladar.

—Ganó dos a uno en el campo del Celta, caballero —le informó—, pero no hace falta que me chille; oigo perfectamente.

—¿Ah, sí? Permítame que lo dude porque, mira por dónde, resulta que empataron a dos.

Otro tipo de trabajador, pongamos por caso el encargado del puesto de reclamaciones de un aeropuerto, habría lanzado a Vicente una mirada de desprecio acompañada de una réplica similar a la siguiente:

—Y si ya lo sabía, ¿para qué cuernos me lo pregunta, cenutrio?

Pero semejante comportamiento no podía esperarse del camarero de la taberna “El Cuco”. Él era un auténtico virtuoso de la atención al público.

—Gracias por sacarme del error, caballero —manifestó con humildad—. Estoy seguro de que la información será de fiar, al provenir de un individuo que se compra dos veces el mismo periódico.

El suspicaz cerebro de Vicente creyó percibir un matiz de recochineo en las palabras del camarero. Se disponía a pedirle explicaciones cuando notó una poderosa fuerza que tiraba de su espalda, lo levantaba en el aire y le hacía poner de nuevo los pies sobre el suelo. Más molesto que asustado, se giró enérgicamente y se dio de narices contra un pecho femenino duro como el de la Venus de Milo. Alzó la vista y contempló un horrendo rostro que habría justificado que se hiciera desaparecer la cabeza, en vez de los brazos, de dicha estatua.

—El señor Valladar, supongo —dijo el adefesio.

Vicente que, en un acto reflejo, había vuelto a bajar la cabeza un instante después de que sus ojos captaran la fealdad de aquellas facciones, comprendió que no demostraría buenos modales al hablar con una mujer manteniendo la mirada fija en sus tetas. Así que, haciendo acopio de todo su valor, volvió a levantar la vista para contestar.

—El mismo.

—Soy la secretaria de “Lucifer”.

—No me extraña —confesó Vicente y, acto seguido, bajó de nuevo la mirada hacia los senos de la moza. Sería de mala educación pero resultaba menos doloroso para sus retinas.

—Vayamos al grano —propuso Lucía, ignorando el comentario de Valladar—. Usted desea hacer un encargo.

—Efectivamente.

Lucía entregó a Vicente un bolígrafo y un trozo de papel en blanco.

—Apunte aquí los datos del fulano al que quiere darle la sorpresa —le indicó.

Vicente se apoyó en la barra del bar para escribir, pero cuando apenas había anotado un par de palabras se frenó en seco.

—Oiga, aguarde un momento, señorita. Cuando habla de darle la sorpresa, no se refiere a una auténtica sorpresa, como enviarle pasteles, o una chorba de esas que hacen estriptís a domicilio, ¿verdad?

—Mi tiempo es oro, señor Valladar —repuso fríamente Lucía—. Y no puedo permitirme perderlo con chiquilladas. Así que, si no pretende hacer un encargo en serio, será mejor que me vaya.

—No, espere, espere, que voy completamente en serio. Es que, recientemente, he sufrido una desagradable experiencia por culpa de un malentendido y no querría que volviese a sucederme algo similar —explicó Vicente a los pectorales de Lucía—. Esa sorpresa de la que usted habla sería una sorpresa, digamos, ¿definitiva?

Lucía sujetó con el pulgar y el índice de su mano derecha la barbilla de Vicente y, suavemente pero con firmeza, le obligó a mirarle a los ojos.

—La última que ese ciudadano se llevará en su vida —aseguró con una voz que parecía surgir del mismísimo infierno—. Garantizado.

Valladar dio media vuelta como impulsado por un resorte y se apresuró a escribir todo cuanto sabía de Facundo Palomero. Hecho lo cual, entregó el papel a Lucía. Ella lo leyó con atención y se lo guardó.

—¿Tiene alguna fotografía del prójimo?

—No. ¿Es necesario tenerla?

—No. Facilita la tarea, pero no es indispensable.

—Disculpe que me ponga materialista pero, la tarea, como usted la llama, ¿cuánto me va a costar?

—¿A qué se dedica?

—¿Quién? ¿Yo?

—No; él —respondió Lucía y señaló con un dedo el bolsillo en el que acababa de guardar el pedazo de papel.

—Está jubilado. Tiene un huerto.

—En ese caso, aplicaremos la tarifa básica: un solo objetivo, sin cargo político, no perteneciente a fuerzas armadas, cuerpos policiales ni de vigilancia privada, sin

especial peligrosidad y carente de fama, relevancia o notoriedad pública. Cien mil — concluyó.

—¿Cien mil?!

—La mitad ahora y el resto cuando el encargo esté finalizado.

—Pero yo no llevo encima cincuenta mil pesetas.

—En esta misma plaza hay tres oficinas de diferentes bancos provistas de cajeros automáticos. Dispone de diez minutos para entregarme las cincuenta mil, si es que le interesa el negocio.

Vicente salió disparado del bar. Era consciente de que iba a dejar la cuenta de “Apochical” al borde de los números rojos pero, al fin y al cabo, lo hacía por una buena causa: solucionar de una vez por todas la crítica situación económica de la fundación y, de paso, la suya propia.

—Hoy es viernes —le informó Lucía después de guardarse el dinero que le dio Vicente—. Le aseguro, señor Valladar, que don Facundo Palomero no verá llegar ningún otro viernes en lo poco que le queda de vida.

LA ORQUESTA “MENESES”

Mientras le ponían fecha de caducidad en una taberna de Burgos, Facundo Palomero salía de fiesta con su amigo Virgilio en Quintana Salceda.

Se celebraban las fiestas menores, antaño en honor de San Atanasio, ya que las mayores eran las dedicadas a San Pablo, patrón de la localidad. La iglesia de San Atanasio se hallaba enclavada en el barrio de San Atanasio, más concretamente, en un lateral de la plaza de San Atanasio. El evidente empeño que pusieron los antiguos regidores del pueblo en honrar el nombre del santo cayó en saco roto. Comoquiera que el barrio se edificó en una colina, en cuya cima se construyó la plaza, los habitantes de Quintana Salceda se referían a él como el barrio alto. Y hablaban también de la plaza de lo alto, la iglesia de lo alto e incluso las fiestas de lo alto.

Esta curiosa manía de ignorar a San Atanasio guardaba relación con cierto incidente acaecido en el año mil novecientos cuarenta y siete. La sequía que azotó el país aquel año fue de las más largas y severas de la historia. Los vecinos de Quintana Salceda, para rogar al Señor que les enviara un poco de lluvia de una dichosa vez, sacaron al santo en procesión, con la mala fortuna de que se les cayó por las empinadísimas escaleras de acceso a la plaza. La figura se hizo añicos y, al día siguiente, granizó sobre el pueblo durante horas con una furia espectacular. Desde aquel entonces, en Quintana Salceda se considera de mal fario mencionar a San Atanasio.

La noche del viernes tenía lugar en la plaza de lo alto una verbena a cargo de la orquesta “Meneses”, entusiasta conjunto, compuesto por músicos aficionados pertenecientes al mismo clan familiar, que tocaba en las fiestas de todos los pueblos de Burgos y de muchas localidades de las provincias limítrofes. Y pese a lo mucho que tocaban, seguían siendo muy malos.

Cada temporada, por salirse de los clásicos pasodobles que formaban el tronco de su repertorio, incorporaban a éste los principales éxitos musicales de año. Pero, comoquiera que a la sección rítmica de la banda no había quien la sacara del consabido pun, pin-pan-pun, pin-pan-pun, todas las canciones que interpretaban sonaban exactamente igual.

Eso sí; animaban la fiesta que daba gusto. Las personas mayores, especialistas del pasodoble, estaban encantadas porque podían bailar todas las piezas. Y los más jóvenes lo pasaban pipa cantando a grito pelado las canciones de moda, cosa que la orquesta agradecía dado que Angelín Meneses, el cantante, solo memorizaba los

estribillos y tarareaba el resto.

Como rezaba el rótulo pintado con grandes caracteres en la furgoneta del grupo: “CON LA ORQUESTA MENESES, JOLGORIO ASEGURADO”. De la calidad musical no decían nada, tal vez porque no quedaba más espacio libre para letreros en la furgoneta.

Esa noche la plaza estaba hasta los topes. El buen tiempo y las ganas de juega animaron a los vecinos a acudir a la verbena. La orquesta “Meneses” atacaba, nunca mejor dicho, los últimos éxitos de los grupos y solistas de moda y la chavalería los cantaba con alborozo, mientras los veteranos bailaban creyendo que era el “Porompompero”.

En un rincón de la plaza, al borde de las escaleras, Facundo y Virgilio charlaban sobre sus asuntos.

—Bueno, ¿qué, “Palito”? ¿Nos animamos a echar un baile?

—Déjate de bailes, “Viriji”. Si querías bailar haberte traído a la Goyita.

—Sí, claro. Para que fuésemos la comidilla del pueblo. Además, Goyita se volvió el miércoles a Barcelona.

—Con razón te notaba yo un poco melancólico.

—Hombre, no voy a negarte que la echo mucho de menos —confesó Virgilio poniendo cara de perro pachón— pero, por otro lado, me siento bastante contento. Puede que me duren los efectos del fin de semana que pasé con ella, o quizá sean la música y la verbena, que ya sabes que siempre me ponen de buen humor.

—Es que esto es vida, “Viriji”. Todo el día de fiesta y sin preocupaciones.

—Toma, claro. Si uno se lo pudiera permitir...

—No es por fanfarronear, pero el caso es que he hecho algunos cálculos y creo que, con lo que me queda del premio de la quiniela tengo para vivir a cuerpo de rey unos cuantos años sin pasar apuros.

—¿No sería mejor que le sacaras más rendimiento a ese dinero poniendo un negocio?

—Y dale matraca —protestó Facundo—. Un negocio, ¿de qué? ¿“Mermelada Palomero”, la mejor del mundo entero? ¿Pero tú me ves a mí, a estas alturas, dirigiendo un negocio? Si lo monto y no funciona, adiós al premio de la quiniela. Pero aunque saliera bien; ¿para qué voy a meterme en el barullo de llevar un negocio y acabar desquiciado de los nervios como el difunto Evaristo? ¿Para ganar más dinero? Si yo no necesito más dinero. Lo que yo quiero es aprovechar mi golpe de suerte para vivir tranquilo el tiempo que me quede.

Una sombra de pesadumbre cubrió el rostro de Virgilio.

—¿Te ocurre algo, “Viriji”? —le preguntó su amigo.

—No, no me pasa nada. Es solo que me estoy acordando del pobre Evaristo.

—Vaya por Dios. No me digas que te estás obsesionando con la muerte.

—Qué va, “Palito”, qué va. No hay obsesión que valga.

—¿Seguro?

—Seguro. Lo que pasa es que el verle irse tan rápidamente, en nuestros brazos, me impresionó mucho.

—Es natural.

—Y la cara que puso... —musitó Virgilio con la mirada perdida.

—¿La cara? A mí me pareció que ponía cara de susto.

—Al principio sí, pero al final le vino una especie de sonrisa, como si se alegrara de que la muerte le pillase rodeado de sus mejores amigos.

—Coño, “Viriji”; hay que ver qué cosas se te ocurren.

—Te lo digo en serio, Facundo: en el crítico momento en que el “Fósforo” comprendió que le había llegado su hora puso cara de contento. A lo mejor lo que sucede —aventuró el librero— es que el cerebro hace un balance ultrarrápido de toda tu vida en el instante anterior a perderla y, dependiendo del resultado, se te queda cara de rabia por las cosas que no has podido hacer, de pena por la poca gente que te ha querido, o de satisfacción por todo lo contrario.

—Hay que joderse, “Viriji”. Tantas horas de lectura en la librería te han convertido en todo un filósofo.

—¿Te lo tomas a chirigota?

—De ninguna manera —negó Palomero con rotundidad—. Tu teoría me parece sumamente interesante. Es más: te propongo un pacto. El primero que descubra si es cierta, le enviará al otro una postal desde el más allá. ¿Te parece?

—Me parece que te voy a mandar a freír espárragos por tomarme el pelo.

—Hombre, “Viriji”, es que tú también tienes cada ocurrencia...

—Ríete cuanto quieras, pero te lo he dicho completamente en serio.

—De eso no me cabe duda. Lo has contado con tanto entusiasmo que casi me han dado ganas de morirme para ver qué cara pongo.

—Mira que eres cachondo, Facundo...

La verbena continuaba animadísima. La orquesta, ante el fervor con que el público acogía sus interpretaciones, hacía más y más estragos en melodías de todo tipo.

Con gesto adusto y mirada desdeñosa, la viuda de Daza observaba a su hija Casilda, que bailaba muy alegre con su marido. Es cierto que su yerno estaba dotado para el bello arte de la danza con la gracia de una morsa y la flexibilidad de un adoquín, pero no era esta la causa del enfado de doña Justa. Renegaba por el hecho de que, mientras ella se sentía profundamente infeliz, sus propios hijos estuvieran pasándoselo en grande.

Todo el mundo a su alrededor parecía disfrutar sin límite. Mirara adonde mirara, solo veía rostros henchidos de gozo. Dejó vagar su mirada entre la multitud en busca de algún sufridor, hasta que topó con algo que aumentó su propio disgusto. Allí estaba el culpable de su desdicha. Su vecino el cascaciruelas reía feliz y contento al borde de las escaleras por las que, años atrás, se precipitara San Atanasio.

La inspiración del santo puso en marcha a doña Justa. Parapetada entre el gentío, avanzó hacia Palomero con la firme intención de empujarle escaleras abajo.

El vaivén de las parejas al bailar le obligaba a caminar en zigzag, pero no le importaba. Al verse cada vez más cerca de la espalda de su enemigo, la viuda percibió una sensación desconocida, una especie de espasmo en los músculos faciales. Estaba sonriendo.

Tomó un último impulso y se lanzó derecha a por Facundo, en el mismo instante en que Angelín Meneses gritó desde el escenario:

—¡Cambio de pareja!

En la plaza se produjo un cataclismo, una oleada de gente que se soltaba, se volvía y se agarraba a otra gente para seguir con el baile. Hasta Facundo se sintió contagiado y se dio la vuelta, en el preciso momento en que la viuda estaba a punto de alcanzar su espalda. Al encontrarse cara a cara, ambos se quedaron rígidos y sin saber qué decir.

—¡Pues si tú no la sacas, la sacaré yo! —exclamó Virgilio y, ni corto ni perezoso, atrapó a la viuda por el talle y se lanzó con ella a menear el esqueleto a ritmo de pasodoble.

Doña Justa se dejó llevar durante algunos segundos, totalmente ida y sin poner nada de su parte, hasta el punto que Virgilio tuvo la sensación de que su pareja era un saco de patatas. Entonces reaccionó la viuda del “Garrafón” y el librero creyó estar bailando con un búfalo salvaje.

—¡Suélteme, sinvergüenza! —protestó doña Justa—. ¡Marrano, asqueroso! ¡Que me suelte le digo!

Convencido de que la música amansa a las fieras, Virgilio trató de seguir bailando, pero la viuda porfiaba por soltarse a base de empujones, patadas y puñetazos, así que no tuvo más remedio que dejarla ir.

—¡No afloje, don Virgilio, que se le escapa! —le jaleó Fina Chamorro, más pendiente del librero y la viuda que del apuesto joven que la espachurraba—. ¡Y a este paso nos vamos a quedar sin boda!

LAS NOTICIAS VUELAN

Quien haya vivido una temporada en una aldea, pueblo o ciudad con menos de diez mil habitantes, estará al tanto de la existencia de un ente capaz de desplazarse a mayor velocidad que la luz: el cotilleo.

Esta prodigiosa capacidad de propagación de las habladurías fue la causa de que, a las siete y media de la mañana del sábado, la puerta de la habitación de Virgilio Mier se abriera de sopetón y doña Araceli Perduela irrumpiera en el dormitorio con cajas destempladas.

—¡Conque pasaste el fin de semana en casa de tu amigo Olegario, ¿eh?! —gritó a escasos centímetros de la oreja izquierda de su hijo.

Hasta el hechicero suplente de una tribu amazónica desaconsejaría esta brusca manera de despertar a un adulto mayor de cincuenta años, por los considerables riesgos que entraña para su salud cardiaca. El corazón de Virgilio inició una frenética galopada que hizo a su dueño temer por su vida. Incluso estuvo a punto de pedir a su madre un espejo para poder ver la cara que ponía al exhalar su último suspiro.

Poseída por la furia, doña Araceli continuaba abroncando a su vástago, ajena a los padecimientos de éste.

—¡Conque te fuiste al fútbol con tus amigotes, ¿eh?!

Mientras su corazón volvía poco a poco a palpar de un modo más relajado, Virgilio comenzó a hacerse cargo de la situación. Por inverosímil que pareciera, estaba claro que su madre se había enterado del “asunto Goyita”.

—¡Y yo, como una tonta, creyéndomelo todo!

—Madre, por favor, sosiéguese.

—¡¿Que me sosiegue?! —Obviamente, la señora no tenía intención alguna de sosegarse—. ¡¿Después de lo que me has hecho, ahora me pides que me sosiegue?!

—Tampoco es para tanto, caramba. Que ya no soy un niño, ni tampoco un monje que haya hecho voto de castidad.

—¡Y con una viuda! —clamó espantada doña Araceli.

—¡Ésta sí que es buena! ¿No irá usted, precisamente, a salirme ahora con prejuicios contra las viudas?

—¿De manera que no lo niegas?

—¿Por qué habría de negarlo, madre? —repuso Virgilio dispuesto a afrontar de una vez por todas la verdad—. Al fin y al cabo, no hemos hecho daño a nadie. Es algo que solo nos atañe a ella y a mí y, francamente, no creo que sea un asunto tan importante.

El intenso tono bermellón que adquirió de pronto el rostro de doña Araceli

contrastaba vivamente con el blanco luminoso de sus cabellos y el riguroso negro de su vestimenta. Lástima que el único espectador presente no gozara en ese momento del ánimo adecuado para deleitarse con tan vistoso efecto de policromía.

—¿Que no es importante?! ¿No es importante que mi hijo se vaya a casar y yo sea la última en enterarme?!

Virgilio pegó un brinco y quedó sentado sobre la almohada.

—Por lo visto —declaró con voz temblorosa—, el último en enterarme voy a ser yo.

Su madre se llevó las manos a las mejillas, dejó caer lentamente la mandíbula y emitió un largo y grave suspiro.

—Nunca me habría esperado esto de ti, Virgilio. Deberías sentir vergüenza por casarte en secreto con la viuda del “Garrafón”.

Lo que sintió Virgilio fue que un cable de alta tensión acababa de encontrar una vía de acceso a su organismo justo entre sus nalgas.

—¡No, no, no! ¡Eso no es cierto! —protestaba, erguido sobre la cama, sin parar de agitarse—. ¡No es verdad!

—No me vengas ahora con ésas, sinvergüenza —le advirtió su progenitora—. Acabas de admitirlo con la mayor naturalidad, así que no pretendas tomarme el pelo. ¡Casarte con la viuda de Daza! ¡Qué disgusto se llevaría el pobre Indalecio, que en Gloria esté, si levantara la cabeza! ¡Qué decepción para tu difunto padre ver que su apellido se mezcla con...! —se interrumpió súbitamente, permaneció un par de segundos con la mirada perdida y la boca abierta e, inmediatamente, volvió a montar en cólera—. ¡Pero, ¿es que no te has dado cuenta de que vuestros hijos se apellidarán Mier Daza?!

El baile de San Vito que sacudía el cuerpo de su hijo concluyó de repente. Virgilio se rascó la coronilla pensativo, puso los brazos en jarras y sonrió con la expresión de quien acaba de resolver un acertijo.

—Ah, no, madre. Ni hablar del peluquín. Daza era el apellido del difunto “Garrafón”, pero ella se apellida Galopín. Además, ¿usted cree que la Justa está en condiciones de tener más hijos? Como no los adopte...

Roja como un tomate, doña Araceli soltó un ronco bufido por los orificios nasales.

—¡Así que ya lo tenéis todo pensado! —bramó encolerizada.

—¡Que no, madre, que no! —se defendió Virgilio—. ¡Le juro que yo no tengo nada que ver con esa señora!

—¡No jures en vano, embustero!

—¡Pero, madre!

—¡Ni madre, ni gaitas! —zanjó rotunda la viuda de Mier—. ¡Sal de esta casa antes de que coja la zapatilla y te arree la mayor paliza de tu vida, hijo desagradecido!

Para Facundo Palomero, las horas del sábado anteriores a las nueve de la mañana eran como las placas tectónicas: conocía su existencia pero él, personalmente, no las había visto nunca. Los insistentes timbrazos y golpes en la puerta de su domicilio le arrancaron de los brazos de Morfeo mucho antes de lo que tenía previsto. Abandonó de mala gana el lecho y se asomó a la ventana de su dormitorio para averiguar quién era el insensato que llamaba a su puerta de forma tan molesta a una hora tan temprana.

El insensato era su amigo Virgilio, ataviado con pelliza marrón, pantuflas de cuadros y pijama de franela.

—Pero, bueno, “Viriji”. ¿Cómo se te ocurre pasearte por la calle a estas horas y con semejante facha? ¿Qué pretendes? ¿Qué te saquen cantares en el pueblo?

—Ya me los han sacado, “Palito”.

Virgilio miró a su amigo con expresión de desamparo, como el pajarillo que ha caído del nido y llama a su madre para que lo recoja. Pero Facundo se sentía proclive a responder a otra llamada: la de las sábanas.

—Y lo que es peor —agregó el librero en vista de la impasibilidad de Facundo—, mi madre me ha echado de casa.

—Está bien, “Viriji”. Bajo a abrirte y me lo cuentas todo mientras desayunamos.

Al cruzar el dormitorio, Palomero dirigió una resignada mirada de despedida a su tentadora cama.

Ver a Lucía Fernández desayunar era un espectáculo que haría temblar las canillas de Juan Sin Miedo. Sus poderosas fauces se precipitaban con implacable voracidad sobre ingentes cantidades de alimentos fríos, calientes, sólidos, líquidos, cocinados y crudos. Lucía seguía a rajatabla la norma de hacer del desayuno la comida más potente del día. Aunque lo llevaba a tal extremo que más parecía que su verdadera pretensión era acabar cada mañana con todos los víveres que hubiera en su casa.

No dejó de hacerlo aquel sábado por más que no tuviera en mente llevar a cabo grandes esfuerzos ni emplearse a fondo en ningún ejercicio físico exigente. Su intención era dedicar la mañana a las labores de reconocimiento de la zona donde residía su objetivo.

Vestida de manera informal, con zapatillas deportivas, pantalones vaqueros y una sudadera oscura, salió muy temprano de Burgos, rumbo a Quintana Salceda.

—A ver, “Viriji”. ¿Qué le has hecho a tu madre para que te eche de casa?

Las últimas gotas de café caían a través del filtro en la jarra, la leche ya estaba caliente y Facundo había puesto en la mesa mantequilla, mermelada y varias tostadas

hechas con pan del día anterior.

—¿Yo? Yo no le hecho nada, “Palito”, absolutamente nada.

—Entonces, ¿es que le ha dado un arrebató repentino?

—Nada de eso. Lo que pasa es que alguien le ha ido con el cuento de que me voy a casar con la viuda del “Garrafón”.

Palomero se quedó inmóvil en medio de la cocina, con la jarra del café en una mano y el cazo de la leche en la otra.

—¿Que te vas a qué, con quién?

—Que me voy a casar con la viuda del “Garrafón” —repitió Virgilio mientras extendía mantequilla sobre una rebanada de pan tostado.

—Qué callado te lo tenías, bribón. Estás hecho un castigador. Pero, ¿qué les das, “Viriji”? No se te escapa una. Aunque, si me permites una opinión, yo creo que te convendría más la Goyita. Es más tu tipo. Claro que doña Justa no deja de ser un braguetazo, con todas las propiedades que tiene. Un poco mayorcita, desde luego, pero ya se sabe que la experiencia...

—Ya vale de cachondeo, ¿no? —le interrumpió su amigo—. Es un asunto muy serio.

Facundo llenó dos tazas de café con leche y dejó el cazo y la jarra sobre el fogón.

—Pero, hombre, “Viriji”. ¿Quién se va a creer semejante disparate?

—Mi madre, sin ir más lejos —respondió *ipso facto* el librero—. Mi madre se lo ha creído a pies juntillas y no ha habido forma de desengañarla. Al final me he largado de casa con lo puesto porque me amenazaba con darme una paliza.

—Qué barbaridad. ¿De dónde crees que ha podido salir ese bulo?

—Estoy casi seguro —afirmó Virgilio mientras masticaba un trozo de tostada— de que ha sido cosa de...

—¡De Trincadell! —Se le adelantó Facundo, muy socarrón.

—¡Qué coño de Trincadell! ¡De la jodida Chamorrita! Como no le dije para quién era la información sobre bodas que le pedí, al verme en la verbena con la viuda del “Garrafón” ató cabos de mala manera y se le ocurrió el infundio. Ya viste cómo se puso a gritar cuando nos vio bailando.

—Psé. A cualquier cosa la llamas tú bailar.

Ningún aficionado a la danza aceptaría sin rechistar una crítica tan negativa, y Virgilio tenía en alta estima sus dotes de bailarín.

—Si no nos lucimos no fue por mi culpa —se defendió—. Lo que ocurrió fue que la viuda, en lugar de dejarse llevar o marcar el paso, empezó a propinarme puñetazos y patadas. Y eso que fue ella la que vino a pedir baile.

—De todas formas, “Viriji”; ¿de verdad te preocupa tanto esta tontería? Anda que no nos adjudicaban novias a montones cuando éramos más jóvenes.

—Hombre, tanto como a montones...

—Vale. Tampoco tantas —reconoció Facundo—. A lo que voy es a que casi siempre era mentira y, ¿acaso nos importaba? Ni lo más mínimo.

—Pero es que entonces éramos unos chavales y ahora somos unos señores hechos y derechos e incluso algo estropeadillos.

—Más a mi favor. Ya tenemos edad suficiente como para no dejar que nos afecten los chismes y cotilleos.

—No, si yo no les dejo —aseguró Virgilio—, pero me afectan. Aquí me tienes, de visita en tu casa, en pijama y zapatillas. Y todo por culpa de una chismorrería.

—Por culpa de tu madre —le corrigió su amigo—. Para que luego me vengas con que te preocupa dejarla sola. Ya ves lo poco que le ha costado deshacerse de ti. Oye, “Viriji”; aprovechando la circunstancia, ¿por qué no te planteas en serio el irte a vivir con Goyita?

Virgilio contempló con gesto melancólico el último trozo de tostada que se disponía a engullir.

—Ya me gustaría, ya.

—¡Pues decídate, caramba! —le apremió Facundo.

—No sé, chico, está la librería...

—Mira que eres duro de mollera, “Viriji”. Anda, termínate el café y vamos a ver si se nos ocurre algo con qué entretenernos.

Tras dar el último sorbo al café con leche, Virgilio se pasó una servilleta por los labios e hizo aparecer en ellos una traviesa sonrisa.

—El caso es que a mí —declaró con tono picaruelo— ya se me ha ocurrido algo.

Mientras conducía hacia Quintana Salceda, Lucía sopesaba la posibilidad de abandonar definitivamente su faceta de asesina profesional en cuanto cumpliera aquel encargo. No se sentía quemada, pero había acumulado un hermoso capital y pensaba que, tal vez, había llegado el momento de sacarle rendimiento invirtiéndolo en un negocio legal.

Aparcó el coche unos veinte metros después de sobrepasar la entrada al camino de Arroyoscuro. Desplegó el plano de la localidad, le echó un último vistazo y salió del coche.

Se adentró en el barrio haciendo gala de un sigilo altamente profesional que le permitía hurtar su presencia a la vista de cualquier posible observador, pero con absoluta naturalidad. Acá el tronco de un árbol le servía de parapeto, allá se mimetizaba detrás de un arbusto y acullá desaparecía oculta por una vieja mesa de fútbol.

Efectivamente, había llegado a su destino. Examinó todo el recinto desde una distancia prudencial y después se acercó a la casa para comprobar que acceder a su interior no le supondría la menor dificultad. Ni la puerta era blindada, ni las ventanas de la planta baja opondrían excesiva resistencia a las técnicas de apertura que Lucía dominaba. Aguzó el oído durante varios minutos y no percibió ningún sonido dentro del edificio. Si Palomero se hallaba en el interior, probablemente estaría dormido.

Simular un accidente dentro de la casa parecía sencillo, pero ella prefería trabajar al aire libre siempre que las circunstancias lo permitieran. La zona era tranquila y poco poblada, con solo cuatro casas, dos de las cuales tenían todo el aspecto de llevar algún tiempo deshabitadas. El camino era angosto y, a escasos metros de la residencia de su objetivo, trazaba una curva que dificultaba la visión de la casa desde los otros edificios del barrio. Era un punto idóneo para una emboscada, con altos matorrales a un lado del sendero y, al otro, el río que fluía un par de metros más abajo.

Lucía inspeccionó primero el flanco de los matorrales y después cruzó la vereda para dirigirse al arroyo. Iba a empezar a bajar por el talud cuando percibió un sonido lejano. Lo identificó como el rugido del motor de un vehículo y no le prestó mayor atención pues imaginó que provenía de la cercana carretera de Villagallarda, por la que ella misma había llegado al barrio. Por lo demás, solo se oía el canto de los pájaros, el zumbido de los insectos, el bisbiseo del viento entre los árboles y el murmullo constante del río.

Para escudriñar el terreno, Lucía descendió por el ribazo con sumo cuidado, asegurando cada paso para no caer en las oscuras aguas. De pronto, escuchó de nuevo el ruido de un motor, pero mucho más cercano. Trepó por la pendiente para volver al camino y, en cuanto llegó a él, vio una furgoneta blanca que se le echaba encima a toda velocidad. En décimas de segundo calculó que solo le quedaba una vía de escape y se tiró al río convencida de que, al penetrar en el agua, produciría un refrescante chof, pero lo que produjo fue un doloroso croc.

La furgoneta efectuó un milagroso viraje cuando estaba a punto de caer al río detrás de Lucía.

—¡Que nos matas, “Viriji”! —gritaba Facundo agarrado al volante que su amigo había soltado presa del pánico—. ¡Pisa el freno, por tu madre!

—¡Si ya lo piso, “Palito”, pero esto no se para!

—¡Fíjate bien, merluzo, que seguro que estás pisando el acelerador!

La furgoneta daba tumbos y hacía eses a toda pastilla. Facundo la guiaba como podía desde el asiento del copiloto, mientras Virgilio se doblaba para tratar de ver cuál era el pedal que tenía que pisar. Estaban a la altura de la casa de la viuda de Daza cuando la furgoneta se detuvo de sopetón. Tras recuperar mínimamente el resuello, Facundo taladró a su amigo con la mirada.

—¿No decías que lo tenías todo controlado, calamidad?

—Ha sido un despiste de nada —se excusó Virgilio—. Que me hecho un lío con los pedales.

—¡Pero, ¿cómo se te ocurre apartar la vista del camino, melón?! Si no llego a echar mano del volante nos vamos directos al río.

—Es que me he puesto nervioso al ver que la furgoneta no me respondía. Yo quería bajar la velocidad y ella cada vez corría más. Un fallo de principiante.

—Menudo principiante estás tu hecho, pedazo de acémila. Menos mal que no nos hemos tropezado con nadie, porque si no nos lo llevamos por delante, lo matamos del

susto.

—Al menos, esta vez no he atropellado ningún burro —observó Virgilio con cierto orgullo—. Voy mejorando mi estadística.

—Ya te daré yo estadística, zopenco. Baja y siéntate a este lado para que vayamos hasta la explanada que hay detrás del ayuntamiento. Allí podrás practicar un rato sin que nadie corra peligro.

—Vale, pero procura conducir rápido hasta allí e ir por donde no haya mucha gente.

—¿Qué pasa? ¿Es que te da vergüenza que te vean con la ropa que te he prestado?

—Me queda muy grande, Facundo. Me sobra por todas partes.

—No lo niego, pero no comprendo que me salgas con estos remilgos después de haberte paseado por el pueblo en pijama.

—Era causa de fuerza mayor.

—Déjate de pamplinas y vamos a cambiarnos de asiento, anda.

Intercambiaron sus posiciones y la furgoneta se puso en marcha rumbo al centro del pueblo.

Mientras tanto, una figura humana se arrastraba fuera de las oscuras aguas del arroyo. Lucía se había pegado un costalazo tremendo y le dolían hasta los cordones de las zapatillas. Con ímprobos esfuerzos logró ascender hasta el camino y, haciendo de tripas corazón, se puso en pie.

Empapada y dolorida, caminó penosamente hacia su coche. Acá se sujetaba en un árbol, allá se apoyaba en una roca y acullá reptaba sobre el suelo dejando un húmedo reguero.

A duras penas consiguió llegar hasta su automóvil y montar en él. Arrancó y partió hacia Burgos, aullando de dolor con cada movimiento que realizaba.

El trayecto se le hizo eterno; un auténtico vía crucis. Cuando llegó a Burgos, condujo hasta un dispensario próximo a su domicilio. Allí le atendieron de un esguince en cada tobillo, contusiones por doquier, arañazos a discreción y un enorme cardenal que cubría el costado izquierdo de su espalda, desde el omóplato hasta la nalga.

Desdeñando el consejo del médico, pidió un taxi y se fue a su casa. Una vez allí, tomó unos calmantes, se metió en la cama y durmió cuanto pudo acostada sobre su lado derecho hasta que llegó el domingo.

LAS NOTICIAS NO VUELAN

Llegó el domingo y después, como era de esperar, llegó el lunes. Y más tarde, el resto de la semana. A continuación se sucedieron los días de la siguiente semana, en su orden correspondiente, hasta el viernes. Un viernes que Vicente Valladar vivió con formidable desesperación.

A media tarde, en la sede de “Apochical”, se subía por las paredes. No tenía noticias de “Lucifer”, ni de que Palomero hubiera pasado a mejor vida. Repasaba cada día las esquelas y las páginas de sucesos del “Diario de Burgos” sin encontrar lo que buscaba. Tal vez “Lucifer” había hecho desaparecer el cadáver y, como el tipo no tenía familia, nadie le echaba en falta. Sin embargo, de ser así, ¿por qué el asesino no se ponía en contacto con Vicente para confirmarle que la misión estaba cumplida y reclamarle la segunda mitad del pago?

¿Y si le habían tomado el pelo? Daba por cierta la excelente reputación profesional de “Lucifer”, pero empezaba a barruntar la sospecha de que le habían birlado cincuenta mil del ala sin darle nada a cambio. El asunto del topo resultó un completo fiasco pero, al menos, fue un fiasco gratuito. Esto era peor; mucho peor.

Sonó el teléfono y Vicente contestó presuroso, con la esperanza de escuchar al otro lado la voz de la secretaria de “Lucifer”.

—“Apochical”, buenas tardes.

—Hola, Vicente, soy Dimas.

—Ah, Dimas. ¿Qué hay? ¿Cómo estás?

—Bastante mejor que tú, a juzgar por el tono de tu voz.

—Ya sabes que tengo problemas graves.

—¿Qué ocurre? ¿No pudiste hablar con “Lucifer”?

—Con él no, pero hablé con su secretaria que, para el caso, es lo mismo.

—¿Y no lograste convencerle de que no te liquide? ¿O es que aceptó tu oferta de fregarle el suelo de la cocina mientras te sodomiza?

—La verdad es que todavía estoy esperando a que me responda.

—Entonces, relájate. ¿No dicen que no hay mejor noticia que la ausencia de noticias? Anímate y vamos a tomar unas cañitas. Quedamos en el “Chicha” a las siete, ¿vale?

—Vale siempre y cuando corra de tu cuenta, porque te comunico que estoy a dos velas.

—No te me pongas llorón, “Güevilín”.

—Yo no me pongo llorón y tú no vuelves a llamarme “Güevilín”, ¿de acuerdo?

—Trato hecho.

El “Chicha” era un pintoresco bar de la calle Flores, a mitad de camino entre el matadero y la sede de “Apochical”. Era una tarde lluviosa y Dimas, que llegó temprano a la cita, decidió esperar a su amigo dentro del local.

Vicente cerró la oficina a las siete en punto y abrió su paraguas en cuanto pisó la calle.

Un vistoso monovolumen aparcó muy cerca de la puerta del “Chicha”. Dos cincuentones se apearon del vehículo, se arrimaron para cubrirse bajo un único paraguas y emprendieron la marcha marcando el paso con una coordinación que les habría garantizado un puesto en el desfile de las fuerzas armadas.

Vicente se cruzó con ellos y encontró tan graciosa la perfecta sincronización con que caminaban que no pudo reprimir una sonrisa. Dimas, que estaba acodado en la barra, dando buena cuenta de una cerveza y un platillo de almendras saladas, se sorprendió al verle entrar tan sonriente en el bar.

—¿Ya estás de mejor humor?

Valladar colgó el paraguas de una pequeña percha bajo la barra.

—Hago lo que puedo, Dimas, pero, como diría nuestra amiga “Nancy”, la profusión va por dentro.

—Menuda es la “Nancy”. Hay que ver qué patadas le da al idioma. Y eso que, para otros menesteres, maneja la lengua con una destreza que da gusto.

—¿A ti te ha dicho alguna vez que te posiciones el porsiláctico?

—Ya lo creo, incluso para hacerme lo que ella denomina una filiación.

—¿Filiación?

—Si. Yo le dije que podía llamarlo mamada, pero me contestó que ese es un término muy vulgar y ella es una mujer muy sofisticada y cosmopolitana.

—Qué ocurrencias tiene la jodida.

—Por cierto; a ver si me la agencias un día de estos.

—Para empezar, agénciame tú una cerveza, que me tienes seco.

En su despacho de las oficinas del matadero, Olegario Morón reía a mandíbula batiente junto a sus amigos Virgilio y Facundo. Le habían llevado la información sobre los requisitos necesarios para casarse en el juzgado de Quintana Salceda y Facundo acababa de relatarle, con dosis masivas de sorna, el asunto del rumor que emparejaba a Virgilio con la viuda del “Garrafón”.

—Pues no te llevas mal partido, perillán, que doña Justa seguro que está forrada.

—Como que son tuyas todas las casas de mi barrio, menos la mía —apuntó Palomero.

—No sé si me conviene este matrimonio —ironizó Virgilio—, porque a ver quién es el guapo que te aguanta a ti de vecino, “Palito”.

—¿Y a tu madre —le preguntó Olegario entre risas— se le ha pasado ya el

enfado?

—Más o menos, “Gari”. Me ha readmitido en casa, pero prácticamente no me dirige la palabra.

—¿Sigues creyendo que te vas a casar con la viuda?

—¿Cómo quieres que lo sepa, si no me habla? —replicó Virgilio, provocando que sus amigos soltasen sendas carcajadas.

Olegario les mostró los numerosos diseños que había preparado para las invitaciones a la boda de su hija. Cuando ya iban por el duodécimo, Facundo se cansó de tanto contemplar la pantalla del ordenador.

—¡Éste, éste! —exclamó—. No hace falta que nos enseñes ninguno más. Éste es el ideal. Eres un artista, “Gari”. Qué elegancia. El diseño es majestuoso y el tipo de letra de lo más distinguido.

—Vale, “Palito”; he captado la indirecta. —Olegario apagó el ordenador y se dirigió hacia el perchero para coger su gabardina. —Vamos a tomar unos vinos, que llevo toda la semana encerrado en este despacho.

—Así se habla —celebró Facundo.

—Con la que está cayendo —estimó Olegario tras echar un vistazo a la calle desde la ventana—, lo mejor será que vayamos al “Chicha”, una tasca que está aquí al lado.

—Si es que estás lleno de buenas ideas —le elogió jocosamente Palomero—. Artistazo, que eres un artistazo.

En el “Chicha”, Dimas y Vicente ya iban por la segunda ronda de cervezas.

—Oye, Dimas; ¿tú te crees todo lo que dicen de “Lucifer”?

—Por supuesto. Es dogma de fe. Se ha ganado a pulso su reputación de ser infalible. Conozco unos cuantos nombres que pasaron directamente de su lista a las lápidas del cementerio. ¿Es que tú tienes dudas?

—No sé qué decirte, la verdad. Ya hace dos semanas que hablé con su secretaria y, desde entonces, como si se los hubiera tragado la tierra.

Sin apartar la mirada del rostro de Vicente, Dimas dio un largo sorbo a su cerveza.

—Cualquiera te entiende —dijo después de relamerse el labio superior—. Hace nada te daba un vuelco el corazón cada vez que te mencionaban a “Lucifer”, y ahora vives angustiado por no tener noticias tuyas.

—Porque las circunstancias son muy diferentes y porque se me acaba el plazo que me marcaron los Cembollines para saldar la deuda.

—Y sigues sin poder pagarles —presumió Dimas.

—Tú verás, si no puedo ni invitarte a una cerveza.

—¿Hablaste por fin con Facundo Palomero para sugerirle que hiciera un donativo a “Apochical”?

—No, no he hablado con él. Deseché la idea porque era muy fácil que sospechara que estoy enterado de lo de su herencia y lo único que conseguiría es meterte a ti en un lío.

—Te lo agradezco en el alma. No me convendría nada que alguien pudiera creer que voy por ahí revelando lo que escucho en la notaría.

—Descuida, Dimas. Ya ves que puedes confiar en mí.

—Eres un amigo, Vicente.

—No lo dudes. Y para demostrarte mi amistad, estoy dispuesto a dejar que me invites a otra cerveza.

Dimas pidió otras dos cañas, que llegaron a sus manos en el mismo momento en que se abría la puerta del bar y hacían su entrada Facundo, Virgilio y Olegario. Dejaron los paraguas en el paragüero, se acercaron a la barra y hallaron un hueco entre los parroquianos, justo al lado de Vicente y Dimas.

—¡Qué casualidad! —comentó Facundo al reconocer al pequeño empleado de la notaría—. Pero si es el bueno de Dimas, el Regúlez.

—Qué sorpresa, don Facundo —manifestó Dimas mientras se daban la mano—. Pero de Regúlez nada, que ya le dije que me apellido Pombo, señor Palomero.

En cuanto su amigo completó la frase, Vicente perdió todo el color de su rostro. En su esófago oscilaba un buchito de cerveza que no iba ni para arriba ni para abajo. Tenía la mirada clavada en Palomero y la tez tan pálida que ya era casi translúcida.

—Disculpe, Dimas. ¿Su amigo se encuentra bien? —preguntó Facundo—. Porque está más blanco que la cal de la pared.

Vicente salió de su letargo, hizo un sonoro esfuerzo para terminar de tragar el sorbo de cerveza y, con la poca voz que logró reunir, declaró:

—Estoy bien, gracias. ¿Y usted?

—Divinamente, gracias —le contestó Facundo muy sonriente—. Últimamente me encuentro de perlas.

—Cuánto lo siento —se le escapó a Vicente.

—¿Cómo dice, joven?

—No, nada, nada. Decía que cuánto siento tener que marcharme, pero acabo de recordar que tengo muchísima prisa. —Se terminó la caña de un solo trago, cogió su paraguas, farfulló una despedida y salió disparado a la calle, como alma que lleva el diablo.

LA DECISIÓN DE LUCÍA

Los días de obligado reposo le sirvieron a Lucía para analizar con detenimiento lo que le había sucedido en Quintana Salceda. Algo en aquel asunto le olía a chamusquina. Era muy temprano, el paraje estaba en calma, no había un alma a la vista en dos hectáreas a la redonda y, de repente, surgió de la nada una furgoneta que iba a por ella como una bala. Cuantas más vueltas le daba, más se convencía de que le habían tendido una trampa.

La furgoneta debía estar escondida en el barracón que había en una esquina de la parcela. Ella no lo había inspeccionado de cerca y ahora comprendía que ese error podía haber sido el último que cometiera en su vida.

En todo caso, quienquiera que fuese el que trató de liquidarla no había tenido éxito y ahora le tocaba a ella jugar sus cartas.

Empezó por averiguar quién era el tal Vicente Valladar que le hizo el encargo y para quién trabajaba. Dedicó la mañana del sábado a telefonar a sus clientes habituales, pero a ninguno le sonaba el nombre. Hasta que habló con Aquilino, el mayor de los hermanos Cembollín.

—¿Vicente Valladar dices? Ya lo creo que sé quién es. Un pájaro de mucho cuidado. Nos debe un montón de dinero, el muy bribón.

—¿Sabes si trabaja para alguien?

—¿Valladar? Me extraña. Es un granuja con aires de señorito importante, pero yo diría que va por libre.

—¿Estás seguro?

—¿De qué?

—De que no se dedica a cumplir encargos de nadie.

—Por lo que nosotros sabemos, no. Claro que, tal vez se esté buscando la vida recurriendo a cualquier tipo de recursos, porque le hemos apretado un poco las tuercas.

—¿Qué quieres decir?

—Que se acerca la fecha en la que nos tiene que pagar lo que nos debe.

—¿Y si no lo hace?

—Si no lo hace haremos llegar su nombre a la lista de tu jefe. Por eso presiento que debe de estar buscando el dinero hasta debajo de las piedras para salvar el pellejo.

Una idea brotó en ese momento en la mente de Lucía.

—Es lo más probable. Estoy segura de que intentará cualquier cosa para librarse de la amenaza de “Lucifer”.

—Sí. Es un aliciente que nunca nos falla. Cuando algún deudor se hace el remolón, le mencionamos a “Lucifer” y enseguida se las apaña para encontrar fondos con los que pagarnos.

—¿Puedes darme la dirección de Valladar?

—Cómo no. Aguarda un momento. Vamos a ver... Sí; aquí está. Calle Vergara, diecisiete, segundo izquierda. Ya sé que no es asunto mío —agregó— pero, ¿por qué te interesa este infeliz?

—Es cosa de mi jefe. Me ha pedido que le investigue y, como comprenderás, no le he preguntado por qué. Yo, las órdenes de mi jefe, las acato y las cumplo sin rechistar.

—Naturalmente. Cualquiera se atreve a discutir con “Lucifer”.

—Tú lo has dicho, Aquilino. No es nada recomendable hacerle enfadar.

Lucía pasó el resto de la mañana, y casi toda la tarde, ejercitando sus aún doloridos músculos. Mientras hacía flexiones, levantaba pesas o pedaleaba a toda máquina en la bicicleta estática, repasaba sin descanso sus movimientos más recientes. Intentaba dar con algún desliz que hubiera podido cometer y que habría servido a Vicente Valladar para descubrir el secreto de la verdadera identidad de “Lucifer”.

Tenía que reconocer que el tipo la había engañado por completo. Ella le tomó por un tonto de baba, pero su brillante estratagema indicaba que era un individuo muy inteligente. Se requería una mente privilegiada para trazar un plan tan audaz: borrar del mapa al asesino encargado de darle el pasaporte si, cumplido el plazo estipulado, no saldaba su deuda con los hermanos Cembollín.

Lo que Lucía no lograba comprender, y ello hacía que aumentara su admiración por el talento de Valladar, era cómo éste había conseguido descubrir que ella era “Lucifer”. En alguna ocasión se había descuidado, no le cabía duda, aunque no tenía la menor idea de cuándo o cómo. Quizá estaba empezando a perder facultades para el desempeño de sus tareas como asesina a sueldo. Prueba de ello era que se hubiese dejado sorprender en aquella emboscada en el camino de Arroyoscuro. Puede que, efectivamente, hubiera llegado el momento de jubilar a “Lucifer”.

Eso sí; en la lista de personas que Lucía pensaba dejar fuera de la circulación, “Lucifer” tenía a alguien por delante.

LA DECISIÓN DE VICENTE

Al ver a Vicente Valladar buscando un martillo en los armarios de su apartamento pocos minutos antes de las once de la noche del sábado cabría suponer que, como tantos otros varones adultos, era víctima de la fiebre del bricolaje casero de fin de semana. Tal hipótesis estaba muy lejos de ser cierta.

Había pasado la jornada meditando acerca de la enervante tendencia al fracaso que mostraban todas y cada una de sus iniciativas. Parecía que le hubiese mirado un tuerto.

Era comprensible, aunque descorazonador, que los caballos por los que apostaba no ganasen jamás una carrera. Resultaba más complicado de asimilar el que hubiese contratado a un sujeto para eliminar a Palomero y el tipo se dedicara a la caza del topo en el huerto de don Facundo. No obstante, cabía dentro de lo posible.

Ahora bien; que el asesino a sueldo más célebre de la ciudad también le saliera rana era algo que escapaba a su comprensión. ¿Es que ya no podía uno confiar ni en los profesionales de mayor prestigio?

En tales condiciones, no le quedaba más remedio que encargarse él mismo de fulminar a Palomero. Tomó esa resolución cuando se preparaba la cena y, mientras se la zampaba, pensó en las armas que podía utilizar para llevar a cabo su plan.

Descartó escopetas y pistolas, pues no tenía la más remota idea de cómo conseguirlas en el poco tiempo del que disponía. Porque estaba decidido a cepillarse a Palomero esa misma noche. Razón por la cual tampoco estimó conveniente valerse de alguna clase de veneno para cargarse al paisano. Necesitaría bastante tiempo para averiguar qué sustancia era la más adecuada, dónde obtenerla y cómo administrársela a don Facundo.

Se le ocurrió que lo más certero sería una buena puñalada en el corazón. Claro que ello requería suma destreza y magnífico tino. O bien, despreocuparse de la puntería y asestar cuchilladas a porrillo, hasta que a la víctima no le quedara una mínima porción de piel sin agujerear.

Un enérgico estrangulamiento resultaría mucho más limpio, pero presentaba un inconveniente: Palomero era bastante más alto que Valladar, lo que complicaba sobremanera el acceso de las manos de éste al pescuezo de aquél. A no ser que le pillase dormido, en cuyo caso podría elegir entre estrangularlo con una cuerda o asfixiarlo con su propia almohada.

Aun así, la mayor corpulencia de Palomero suponía un riesgo para Valladar en el combate cuerpo a cuerpo. Sería más conveniente valerse del factor sorpresa y atizar al caballero un soberano martillazo en la cabeza cuando menos lo esperase.

Vicente rebuscó armario por armario hasta que dio con un hermoso martillo y un trozo de cuerda que estimó adecuado. Cogió también el cuchillo más grande que tenía en la cocina y los guantes de fregar, para no dejar huellas en el escenario del crimen. Introdujo todos estos pertrechos en una bolsa y salió de su apartamento cuando faltaban cuarenta minutos para la medianoche.

Al llegar a la calle donde tenía aparcado su vehículo, se topó con una mujer que le sonreía desde detrás de densas capas de exagerado maquillaje.

—Qué casualidad, Vicente. Precisamente venía a verte.

—Pues ya me estás viendo, Eugenia. Pero por poco tiempo, porque tengo bastante prisa.

—Da igual —dijo ella con algo que podía ser tomado por desilusión, si bien era difícil asegurarlo pues, con tanta pintura encima, el rostro de Eugenia apenas podía expresar emoción alguna—. Solo quería saber qué tal te encuentras.

—Perfectamente, gracias.

Vicente contempló el atuendo de “Jenny” con una rápida mirada de abajo a arriba. Zapatos dorados de enorme tacón, un bolso brillante y un abrigo negro que le llegaba hasta medio muslo.

—¿No vas un poquito fresca?

—Uy, no, qué va. Este abrigo calienta más que una estufa.

—O sea, que no llevas nada debajo —dedujo Valladar.

—Llevo un sujetador y una braga tanga dorados, a juego con los zapatos —precisó al tiempo que se abría el abrigo para demostrar que no mentía.

—Elegantísima —dijo Vicente, mirando hacia otro lado—. Ahora, si me disculpas, tengo que marcharme. Que se te dé bien la noche.

Echó a andar, pero Eugenia, en lugar de apartarse, se le puso delante.

—Escucha, Vicente. No es mi intención molestarte.

—Pues lo disimulas estupendamente.

—Perdona, pero es que hace algún tiempo que te noto preocupado. Estás más arisco y triste que de costumbre. Y es una lástima, con lo agradable que tú eres y la alegría que siempre reflejan tus ojos...

—Déjate de monsergas, Eugenia. —La empujó sin excesiva fuerza y logró abrirse paso.

—No son monsergas. Es que me preocupo por ti. —Intentó sujetar a Vicente pero solo consiguió que se le enganchara un dedo en el asa de la bolsa que él portaba. —¿Qué llevas aquí? —Atisbó rápidamente el contenido y se sobresaltó. —¿Un martillo y un cuchillo? ¿A dónde vas con un martillo y un cuchillo a estas horas de la noche?

Vicente cerró bruscamente la bolsa.

—Voy a un lugar que no te importa a hacer algo que no te incumbe.

Dio media vuelta y reanudó la marcha.

—Sea cual sea el asunto en el que estás metido, haz el favor de tener cuidado —le aconsejó Eugenia—. Ten mucho cuidado, hijo.

Vicente frenó en seco, se giró violentamente y volvió sobre sus pasos hasta quedar a medio palmo de distancia de Eugenia.

—Eso sí que no te lo consiento —le advirtió mirándola con verdadera inquina—. Te dejé bien claro que no toleraría que me llamaras hijo ni en público ni en privado.

—Perdóname, Vicente. Ha sido un descuido.

—No me vengas, precisamente a mí, con tus descuidos. Que te entre en la cabeza, de una vez para siempre, que ni tú tienes un hijo, ni yo una madre.

Los ojos de Eugenia se cubrieron súbitamente de lágrimas. Trató de ponerles coto con un pañuelo pero fue inútil. Lloró desconsoladamente mientras veía a Vicente alejarse con paso ligero sin volver la vista atrás.

Cuando montó en su coche, Valladar lo cerró con un fuerte portazo y profirió juramentos e imprecaciones durante un par de minutos. A continuación, permaneció quieto unos instantes, procurando recuperar el ritmo normal de su respiración. Cuando se sintió más relajado, encendió el motor y partió hacia Quintana Salceda.

A una distancia prudencial, otro automóvil emprendió la marcha detrás del suyo.

Pese a los esfuerzos que hizo por serenarse, Eugenia siguió llorando durante un rato largo. Cuando entró en el club “El Korral”, tenía la cara hecha un desastre, llena de surcos, manchas y churretones. Como no quería asustar a los posibles clientes, cruzó el local a toda prisa y se metió en el aseo de señoras para intentar mejorar su aspecto. Lo que consiguió en cuanto se lavó la cara e hizo desaparecer de ella todo rastro de pintura.

Al buscar en el bolso sus útiles de maquillaje, se percató de que le temblaban las manos. Pintarse la cara con el pulso tan poco firme era un gran riesgo. Podía terminar pareciendo que se había escapado de un cuadro de Picasso. Así pues, decidió dejar su rostro al natural. Con lo cual salió ganando, ya que, aunque ella creía que el maquillaje disimulaba sus cuarenta y cuatro años, lo único que lograba con tanto mejunje era ocultar su belleza detrás de una careta inexpresiva.

Prueba evidente de ello fue la reacción de los clientes del establecimiento que la observaron cuando salió del aseo. Todos se sorprendían y la contemplaban embelesados, felices por hallar un verdadero rostro femenino entre tanto muestrario andante de maquillaje.

Un cincuentón que ocupaba un taburete junto a la barra, propinó un codazo a su compañero de francachela.

—¿Has visto a ésa? —le preguntó sin apartar la vista de “Jenny”—. Fíjate qué hermosura. Debe de ser nueva, porque no me suena de nada.

—A mí me resulta familiar.

—¿De veras? Yo creo que, si la hubiese visto antes, la recordaría.

—De todas formas, no te encapriches con ella. Me ha dicho el camarero que las gemelas “Brenda” y “Brandy” llegarán a eso de las doce y media. Y nos vamos a ir

con ellas al hostel “Camachuelo” para montarnos una juega de campeonato durante toda la noche.

—¿Toda?

—Entera y verdadera. He dicho que invito yo y no pienso andarme con chiquitas.

Las pocas dudas que podía albergar Lucía en cuanto a la responsabilidad de Valladar en el intento de acabar con ella, se disiparon cuando comprobó que Vicente conducía hacia Quintana Salceda. El canalla regresaba al lugar de los hechos. Lucía supuso que Valladar sería el dueño de la casa a la que le había enviado para cumplir el encargo.

Sin embargo, al llegar al pueblo, Vicente no tomó la ruta hacia Arroyoscuro. Se internó en el casco urbano y circuló entre calles sin un aparente rumbo fijo. Lucía sospechó que Valladar tomaba precauciones por si acaso alguien le perseguía, así que redujo la velocidad y permitió que aumentara la distancia entre los dos vehículos.

En realidad, Vicente se había perdido. Iba de acá para allá en busca de alguna indicación que le condujera al barrio de Arroyoscuro. Abandonó el casco urbano y llegó a la incorporación a una carretera. Las señales indicaban que si torcía a la izquierda volvería hacia Burgos y si giraba a la derecha iría en dirección a Villagallarda. Como al venir no había visto el menor indicio del barrio que buscaba, estaba claro que tenía que dirigirse hacia Villagallarda.

Lucía, cada vez más segura de que se enfrentaba a un consumado criminal, no pudo evitar sonreír al ver la maniobra de Vicente.

—Parece que ya te has cansado de disimular —pensó en voz alta mientras cambiaba de marcha para continuar la persecución.

Pero cuando vio que Valladar se saltaba el desvío al barrio de Arroyoscuro, Lucía recayó en la incertidumbre. Eran demasiadas precauciones, demasiados rodeos los que daba el malandrín si realmente se dirigía al lugar donde le tendió la emboscada. Por otro lado, era mucha casualidad que circulara tan cerca de aquellos mismos andurriales. ¿A dónde demonios se dirigía Vicente Valladar?

El primer interesado en conocer la respuesta a esa pregunta era el propio Vicente Valladar. No vio el pequeño cartel indicador del desvío hacia Arroyoscuro que, justo es reconocerlo, estaba pésimamente iluminado, y continuó avanzando hasta que se topó con un rótulo que le anunciaba su entrada en el término municipal de Villagallarda. Atisbó unas luces, aproximadamente cien metros más adelante, y condujo hacia ellas con la esperanza de dar con alguna persona que pudiera ayudarle a encontrar Arroyoscuro.

Las luces procedían del edificio que antaño albergara la fábrica de electrodomésticos “Menenghem”, ahora reconvertido en la macrodiscoteca “Klímax”. En la explanada ante la puerta había cerca de una veintena de coches. Vicente aparcó el suyo y caminó hacia las únicas personas que tenía al alcance de la vista. Se trataba de siete chicos, ninguno de los cuales había cumplido los dieciséis, que reían

entusiasmados mientras se pasaban de mano en mano una botella de gran tamaño de la que bebían con tal ansia que daban la sensación de estar libando el elixir de la eterna juventud.

—Buenas noches —les saludó Vicente cuando llegó junto a ellos—. ¿Podrías decirme por dónde se va al barrio de Arroyoscuro?

La respuesta consistió en una traca de carcajadas altisonantes que parecía no tener fin. Vicente contempló estupefacto a aquellos mocosos borrachos. Repitió un par de veces la pregunta pero solo consiguió acrecentar las risas absurdas.

De pronto se fijó en que uno de los muchachos no reía.

<<Menos mal —pensó Vicente—; parece que queda alguien sensato entre tanto imbécil.>>

Sin decir esta boca es mía, el chaval echó a andar apartándose de sus compañeros.

<<Pobrecillo; está tan avergonzado del comportamiento de sus amigos que no se atreve a hablar en serio delante de ellos. Debe creer que se reirán de él si me contesta como una persona normal y corriente.>>

Con tales pensamientos, Vicente siguió al chico hasta una tapia semiderruida.

La mente de Lucía se iluminó al observar esta escena desde el interior de su automóvil.

—Así que este es tu negocio, degenerado sin escrúpulos. Te dedicas a vender droga a los adolescentes. Por eso dabas tantas vueltas; buscabas grupos de jóvenes. Eres lo peor de la sociedad. A la gentuza de tu calaña habría que pasarla a cuchillo en las plazas públicas.

Continuó dedicando improperios a Valladar en voz baja hasta que le vio desaparecer junto con el chiquillo detrás de la tapia.

—¿Tú sabes por dónde se va a Arroyoscuro? —preguntó Vicente al quinceañero, que le daba la espalda.

El chaval se volvió súbitamente. No se había percatado de que Vicente le seguía y ahora reflejaba en sus infantiles facciones un susto tremendo. A decir verdad, parecía demasiado atemorizado. El propio Valladar encontró extraña su expresión de espanto y la exagerada palidez de su piel.

El jovencito dio un paso hacia Vicente y le vomitó encima de los zapatos.

—¡Me cago en la leche que te dieron! —exclamó Vicente y, acto seguido, aferró con ambas manos el cuello del mozalbete—. Dime por dónde se va al barrio de Arroyoscuro si no quieres que te quite la borrachera a bofetada limpia.

El aterrado adolescente hizo hercúleos esfuerzos para poder hablar.

—Eso esdá en Guindana Salceda. Según va desde aquí, diene gue domar un desvío andes de llegar al bueblo.

Vicente lo soltó y el muchacho cayó al suelo totalmente grogui.

Cuando regresaba hacia su coche, Valladar se acercó de nuevo al grupo de bebedores y, sin mediar palabra, arrebató la botella a uno de ellos y utilizó el brebaje para limpiarse los zapatos. Lejos de preocuparse por la ausencia de su amigo, o de

enfadarse por la forma en que Vicente acababa de derrochar el alcohol, los chavales rompieron a reír como descosidos.

Poco después, se reanudó la persecución. Esta vez, Vicente halló por fin el desvío hacia Arroyoscuro y se adentró en el barrio tras reducir la velocidad, pues el camino, además de ser estrecho y no estar asfaltado, carecía de farolas que lo alumbraran.

Lucía aparcó junto al desvío, como había hecho en su anterior visita al barrio, y se internó a pie en Arroyoscuro, amparada por la oscuridad, sin adoptar mayores precauciones.

Desde una ventana de la primera casa del vecindario, doña Justa Galopín distinguió la silueta de Lucía. No alcanzó a apreciar si se trataba de un hombre o una mujer, pero estaba segura de que no era Facundo Palomero. Como también le constaba que el coche que acababa de pasar bajo su ventana no era el flamante automóvil nuevo de su vecino. Demasiados misterios consecutivos para la poca paciencia de la viuda del “Garrafón”.

Vicente aparcó frente a la casa de Palomero. Se puso los guantes de fregar, guardó la cuerda en un bolsillo de sus pantalones, cogió el cuchillo y el martillo y se bajó del coche.

La calma era absoluta. Ranas, grillos y chicharras ofrecían una bucólica melodía mientras el río les proporcionaba el acompañamiento. No había una sola luz en la casa ni en los alrededores, lo que hizo a Vicente caer en la cuenta de que necesitaba una linterna. Tomó la que guardaba en el maletero del coche y penetró en la propiedad de Facundo Palomero.

Al llegar ante la puerta se le planteó un problema en el que no había reparado hasta entonces: cómo entrar en la casa. Mediante un par de suaves empujones comprobó que la puerta estaba cerrada y decidió darse un garbeo alrededor del inmueble en busca de alguna vía de acceso.

En la pared que daba al río encontró una ventana situada a poco más de un metro de altura. Se valió de la hoja del cuchillo para levantarla unos milímetros. Los suficientes para introducir el mango del martillo y hacer palanca hasta que logró alzar la ventana por completo. Se apoyó en el alféizar y, de un brinco, se coló en la casa.

A Lucía le sorprendió hallar el automóvil de Valladar aparcado en medio del camino.

<<¿Por qué dejas tu coche aquí fuera? —Preguntó mentalmente a un imaginario Valladar—. ¿Es que no te cabe en el barracón junto con la furgoneta que utilizaste para intentar matarme? ¿O acaso tienes intención de regresar a Burgos enseguida? ¿Aquí almacenas la mercancía que vendes a los críos? ¿Es éste tu escondite? ¿La

base de operaciones de tu sórdido negocio?>>

Gracias a la luz que proyectaba su linterna, Vicente realizó un somero reconocimiento de la planta baja. En vista de que allí no había nadie, comenzó a subir por la escalera con mucho sigilo, procurando hacer el menor ruido posible. Una vez en el piso superior, emprendió la búsqueda del dormitorio donde esperaba hallar al durmiente Palomero.

Abrir la puerta del edificio con una sencilla tarjeta de crédito fue para Lucía coser y cantar. Entró en la casa y cerró la puerta con extrema delicadeza, para no revelar su presencia. Decidió aguardar en la oscuridad a que Valladar volviera a salir, para abalanzarse sobre él y darle su merecido.

Doña Justa contempló cómo la puerta de la residencia de su odiado vecino se cerraba muy lentamente. No entendía ni jota de lo que sucedía, pero no estaba dispuesta a volverse a su hogar sin descifrar aquel embrollo.

Caminando con mucha precaución, rodeó la casa con la idea de echar un vistazo al interior por la ventana de la parte de atrás. Al llegar allí, descubrió un cuchillo tirado sobre la hierba, justo debajo de la ventana, que estaba abierta de par en par. Cada vez comprendía menos aquel misterio, pero cada vez le gustaba más.

Tras depositar el martillo en el suelo, Vicente sujetó la linterna con los dientes y se dispuso a abrir la primera puerta que encontró en la planta alta. Moviéndola muy despacio hasta que notó que la puerta cedía. La abrió poco a poco y enseguida se percató de que se trataba de un cuarto de baño.

Sin cerrar la puerta, para ahorrarse posibles ruidos, recogió el martillo y prosiguió su búsqueda. Cayó entonces en la cuenta de que había perdido el cuchillo, pero consideró que podría acabar con Palomero estrangulándolo con la cuerda que llevaba en el bolsillo, o bien a martillazo limpio.

La siguiente puerta que descubrió ni siquiera estaba cerrada por completo, sino solamente entornada. La abrió muy cautelosamente y su linterna alumbró un armario ropero y las patas de una cama. Había encontrado el dormitorio. Notó que el corazón le palpitaba a ritmo de mambo. Introdujo medio cuerpo en la habitación y recorrió el lecho con el haz de luz hasta llegar a la cabecera. La cama estaba vacía.

Contrariado, Vicente abandonó las precauciones e inspeccionó rápidamente el dormitorio y el resto del piso superior. Hecho lo cual, llegó a una conclusión: Palomero había volado.

Bajaba las escaleras cabizbajo, lamentándose de su mala suerte, dudando entre volverse inmediatamente a Burgos o quedarse a esperar a Palomero para atacarle por sorpresa en cuanto apareciera por su casa, cuando un rayo de luz le deslumbró. Dirigió de inmediato su linterna hacia la procedencia de aquella luz y descubrió, horrorizado, a la secretaria de “Lucifer”.

—Te voy a hacer picadillo, miserable —le anunció Lucía sin dejar de iluminarle con la linterna que llevaba en la mano izquierda.

Por el tenebroso tono de su voz y por el descomunal machete que portaba en su mano derecha, Vicente dedujo que la dama no lo decía en broma.

En un instante, se agolparon en la mente de Valladar montones de preguntas. ¿Qué pintaba allí aquel adefesio? ¿Por qué narices le amenazaba? ¿Es que le parecía poco haberle estafado cincuenta mil pesetas? ¿Acaso los hermanos Cembollín se habían cansado de esperar y habían pasado su nombre a “Lucifer” antes de que se cumpliera el plazo? ¿Y “Lucifer” le consideraba tan poquita cosa que enviaba a su secretaria para liquidarle? ¿Sería ésta tan bestia como aparentaba? ¿Podría él hacerle frente con el martillo?

Como decía, este autointerrogatorio solo duró un instante porque, en cuanto Lucía, machete en ristre, dio un paso adelante, Vicente soltó la linterna y echó a correr hacia la ventana por la que había entrado en la casa. Cuando vio a tiro el hueco de la ventana abierta, se lanzó de cabeza a la calle, en el preciso momento en que la viuda del “Garrafón” se decidía a meter las narices en la casa para ver qué ocurría allí dentro.

El cabezazo fue brutal. Doña Justa cayó fulminada sobre la hierba y Vicente rebotó hacia el interior del edificio. Lucía, que corría tras él alumbrándole con la linterna, no vio venir el martillo que Valladar soltó al chocar con la viuda.

Podría discutirse si fue la frente de Lucía la que golpeó el martillo o fue el martillo el que impactó contra la cabeza de Lucía, pero como el orden de los factores no altera el producto, el resultado fue que la joven cayó noqueada al lado de Vicente Valladar, que yacía en el suelo fuera de combate.

REPARTIENDO LA HERENCIA

Las gemelas “Brenda” y “Brandy” no se llamaban Brenda y Brandy, ni existía entre ellas relación alguna de parentesco. Simplemente, se vestían, maquillaban y peinaban igual porque habían descubierto que, merced a este ardid, les iba mucho mejor. Y no solo en el aspecto económico, sino también en el de la seguridad. Al trabajar siempre juntas, como buenas hermanas, se protegían mutuamente.

En la habitación número siete del hostel “Camachuelo”, hicieron pasar a Virgilio y Facundo una velada agradabilísima a cambio, claro está, de una cuantiosa suma de dinero.

—Te has pasado, “Palito” —le reprochó Virgilio a su amigo mientras paseaban por Burgos, a mediodía del domingo, poco después de desayunar—. Pasar la noche con las gemelas te ha tenido que costar un dineral.

—No lo dudes, “Viriji”, pero, ¿ha merecido la pena?

—Por supuesto. Hay que ver la cantidad de cosas que saben hacer las chavalas. Pero podíamos habernos conformado con un par de chicas más baratas y alquilar la habitación por horas, en lugar de toda la noche. Ha sido un gasto excesivo.

—Lo que ocurre es que yo no lo considero un gasto.

—¿Ah, no? ¿Cómo lo consideras, entonces?

—Digamos —declaró Palomero ahuecando mucho la voz— que he empezado a repartir mi herencia.

La ocurrencia provocó a Virgilio una sonora carcajada que fue perdiendo fuerza progresivamente. Con cada paso que daba, su semblante se tornaba un poco más mustio; como si a su alegría se le estuvieran agotando las pilas.

—¿Te encuentras bien, “Viriji”? —le preguntó Facundo, sorprendido por la rápida metamorfosis de su estado de ánimo.

—Sí, sí, estoy bien. Es solo que me ha venido de repente una especie de remordimiento.

—No me salgas otra vez con lo mismo. Ya te he dicho que no me debes un céntimo. La juerga de esta noche corría de mi cuenta y...

—Que no van por ahí los tiros —le interrumpió Virgilio—; eso ya lo hemos discutido bastante, cabezota.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—De Goyita —confesó con voz lánguida.

—¿Piensas mucho en ella?

—No me la quito de la cabeza. Ahora mismo me desprecio a mí mismo por haberle sido infiel con las gemelas.

—Tampoco es eso, “Viriji”. Que yo sepa, la Goya y tú no sois ni matrimonio, ni novios, ni pareja de hecho, ni...

—Ya lo sé, “Palito”, pero, ¿qué quieres que te diga? No dejo de recordar lo a gusto que estuvimos juntos y constantemente me asalta la idea de que, como tú dijiste, se nos había presentado una segunda oportunidad.

Palomero alargó la zancada y se detuvo delante de Virgilio. Le sujetó por los hombros y, mirándole muy serio frente a frente, le espetó:

—Dejémonos de milongas, “Viriji”. Tú estás coladito por la Goya.

—Hasta el tuétano —admitió Virgilio sin dudarle un ápice.

—¿Y ella siente lo mismo por ti?

—Está mal que yo lo diga, pero lo cierto es que la tengo en el bote.

—Entonces, ¿el único impedimento para que te vayas a vivir con la Goyita es la librería?

—Supongo que sí —respondió Virgilio tras unos instantes de vacilación—, porque si vendiera la librería podría vivir de las rentas. Y mi madre podría contratar a alguien que la cuidara si se viera torpe para vivir sola, o irse a casa de mi hermana. Aunque la verdad es que me da exactamente igual porque, para el caso que me hace...

—¡Te la compro! —soltó Facundo de improviso.

—¿A mi madre?

—No, coño, a tu madre no. Te compro la librería.

—Déjate de guasas, Facundo.

—No hay guasa que valga. Te hablo más en serio que nunca. ¿No me has aconsejado docenas de veces que invierta lo que me queda de la quiniela en un negocio?

—En un negocio que chute, “Palito”. Mi librería...

—Tu librería —le cortó Palomero— da lo justo para mantener a una persona. Son palabras textuales de don Virgilio Mier Perduela. ¿Te suenan? —Sin darle tiempo a replicar, continuó explicándose. —¿Y cuántas personas soy yo? Una, mira por dónde. Así que, como no tengo intenciones de enriquecerme, este es el negocio perfecto para mí.

—Pero, Facundo; tú no tienes ni idea de cómo llevar una librería —le recordó su amigo.

—Ni una librería, ni un salón de belleza, ni una fábrica de lavativas. Desconozco por completo cómo se dirige cualquier clase de negocio, lo cual no ha sido óbice para que tú me insistieras día tras día en que montara uno. Además, en todos estos años, no me ha parecido que a ti te resultara muy difícil llevar la librería. Y con tan poca clientela, dispondré de mucho tiempo libre para aprender a dirigirla.

Virgilio contempló a Facundo con una mirada recelosa.

—¿Seguro que no me estás tomando el pelo?

—Segurísimo —afirmó Palomero con gravedad.

—Te advierto que no te va a salir barato.

—Me parece muy bien. No pretendo aprovecharme de los amigos. Si no me llega con lo que tengo ahorrado, estoy dispuesto a vender mi casa y comprarme un piso pequeñito en el centro del pueblo.

—¿Vas a vender tu casa justo cuando acabas de terminar de pagarla?

—Precisamente. Es más; me vendrá de perlas trasladarme al centro. Así estaré mucho más cerca de mi librería.

Virgilio le observó, pensativo, con la mirada con que una vaca contempla al extraño que entra en el establo.

—¿Por qué haces esto, Facundo?

—Muy sencillo, “Viriji”. Lo hago para evitar que, el día que te mueras, pongas cara de frustración por haber dejado escapar dos veces la oportunidad de vivir feliz con la mujer que quieres.

El rostro de Virgilio se iluminó con una dulce sonrisa. Trató de hablar, pero un nudo en la garganta se lo impidió. Dio un paso adelante y abrazó a su amigo, lo que causó el asombro de los numerosos transeúntes que pasaban junto a ellos.

—Anda, “Viriji”, no te pongas sentimental y suéltame —le susurró Facundo al oído—, que la gente va a pensar que somos pareja. Como nos vea alguien del pueblo, seguro que nos sacan coplas.

—Pues mira, a lo mejor me venía bien. —Virgilio se separó de su amigo y habló con voz entrecortada. —Porque así se acabarían de una vez los rumores sobre mi noviazgo con la viuda del “Garrafón”.

—Por eso no te preocupes. Ese rumor se extinguirá por completo en cuanto se sepa que te has ido con la Goyita a Barcelona para vivir en pecado. Porque me figuro que, a estas alturas, no tendréis intención de casaros, ¿verdad?

—Ni intención, ni necesidad —confirmó Virgilio—. Nada de bodas, ni de papeles. Estaremos juntos porque nos queremos y ese será nuestro único compromiso.

—Un compromiso importante.

—Ya lo creo. Como que estoy pensando en regalarle un anillo a Goyita, como prueba de mi amor y de mi...

—Para el carro, “Viriji” —le cortó Facundo—. ¿No acabas de decir que de papeles y bodas, nada de nada? Entonces, ¿a qué viene lo del anillo?

—No sería un anillo de matrimonio, “Palito”, sino un simple regalo. Podría grabarle mi nombre en la parte interior, o alguna frase romántica.

—Para Goyita, de Virgilio, con amor —sugirió Facundo.

—No te ha llamado a ti Dios por el camino de la poesía, ¿eh, “Palito”?

—Era una mera sugerencia, “Viriji”. Ya sabes que yo no soy tan creativo como Olegario.

—Tendría que ser algo que hiciera referencia a nuestra segunda oportunidad. Goyita y Virgilio, reincidentes en el amor.

—Demasiado cursi —estimó Palomero.

—Hum... ¡Ya lo tengo! No se nos volverá a escapar.

—Parece el anuncio de un medicamento contra las pérdidas de orina.

—Amor de ida y vuelta.

—¿Ese no es el título de un disco de Julio Iglesias?

—¿Qué tal, segunda y definitiva?

—¿Qué es, un plagio de “Fortunata y Jacinta”?

—Pues no sé, chico. Tiene que ser algo así. Segundas partes sí son buenas, nuestro amor siempre vuelve, Goyita y Virgilio, juntos a pesar de haber estado separados...

—Eso suena muy bien, “Viriji”, pero, ¿dónde lo piensas grabar, en un anillo o en un hula-hop?

—Mira que eres cachondo, Facundo. Espero que no pierdas nunca tu sentido del humor. Sobre todo ahora, que te va a hacer mucha falta.

—¿Para qué?

—Para sobrellevar las habladurías sobre ti que surgirán en Quintana.

Facundo enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Sobre mí? ¿Qué van a decir de mí, “Viriji”?

—Que estás mal de la chaveta. Porque hace falta estar chiflado para gastarse el premio de la quiniela en comprarme la librería.

—Pero qué dices, tontín. Qué chifladura ni qué niño muerto. ¿No te das cuenta de que tendré a mi disposición todos los libros que se me antojen? Será el paraíso para un recién aficionado a la lectura, como mi menda.

—Más vale que te dure la afición porque si no, te vas a aburrir como una ostra.

—No lo creo probable —estimó Facundo—. Aparte de leer, tendré que aplicarme para mantener a flote la librería “Perduela”.

—¿No vas a cambiarle el nombre?

—De ninguna manera. “Perduela” es un nombre lleno de historia, de profunda raigambre y verdadera enjundia. Además, si le cambio el nombre, tu madre es capaz de correrme a escobazos por el pueblo.

—A propósito; cuando topes con alguna dificultad, puedes pedirle consejo a mi madre, que se encargó de la librería durante unos cuantos años.

—Gracias por advertírmelo, pero creo que, llegado el caso, recurriré a tu auxilio. Te llamaré por teléfono o, ya puestos, haré una escapadita a Barcelona para visitarte.

—Serás bien recibido —le prometió Virgilio—. Estoy seguro. Por lo que a mí respecta, sabes que podrás venir a visitarme todos los fines de semana.

—Ah, no, “Viriji”; no seas acaparador —objetó Facundo—. Algún fin de semana tendré que venir a Burgos para seguir repartiendo mi herencia, o para darle la tabarra al bueno de Olegario. Por cierto; ¿nos acercamos hasta su casa y le ponemos al corriente de nuestro acuerdo comercial?

—No, “Palito”. Mejor lo dejamos para otro día, porque si nos presentamos de

improvisado en su casa un domingo a la hora de comer, a la Benita le da un soponcio.

—Bien visto, “Viriji” —reconoció Palomero—. De todas formas, habrá que hablar con “Gari” para preparar tu fiesta de despedida.

—Pero, Facundo; ¿te parece poca fiesta la que nos hemos corrido con “Brenda” y “Brandy”?

—Bien visto, otra vez, “Viriji”. Muy bien visto.

La noche comenzaba a adueñarse de Quintana Salceda cuando Facundo llegó a su casa. Al abrir la puerta sintió una inesperada resistencia. Empujó con más fuerza y entró en su domicilio. Entonces descubrió que le había costado abrir a causa de la corriente que producía una ventana abierta de par en par.

Estaba seguro de no haber cometido semejante descuido, así que aquello solo podía tener un significado: alguien había entrado en su casa. Su teoría sobre la infalible capacidad de un montón de trastos viejos para mantener alejados a los cacos se acababa de ir al garete.

Cerró la ventana y efectuó un reconocimiento concienzudo, al término del cual llegó a una sorprendente conclusión: los presuntos ladrones no solo no le habían robado nada, sino que le habían dejado un martillo y una linterna.

Facundo guardó ambos objetos en su caja de herramientas y no concedió mayor importancia al incidente.

Lucía despertó poco antes de las tres de la madrugada del domingo. Sentía un espantoso dolor en la cabeza y se hallaba completamente desorientada. Tanteó el suelo a su alrededor y topó primero con el machete y después con la linterna. Se guardó el uno y encendió la otra. Alumbró en todas direcciones sin que disminuyera su desconcierto. No reconocía el lugar en el que se encontraba, ni sabía quién podía ser el individuo canijo con guantes de fregar que yacía junto a ella. Se incorporó lentamente, buscó la puerta de la casa y salió a la calle.

El aire frío le ayudó a salir de su aturdimiento y, a medida que avanzaba por el camino de Arroyoscuro, comenzó a recordar lo sucedido. Cuando finalmente todas las piezas encajaron en su memoria, se dio la vuelta para regresar a la casa y liarse a machetazos con Valladar. Pero al volverse con tanta brusquedad, el dolor de su cabeza se multiplicó repentinamente por mil. Faltó poco para que perdiera el conocimiento.

Parada en mitad del sendero, se dijo a sí misma que no estaba en condiciones de matar a nadie. Debía reconocer que había perdido facultades. Las dos veces que había pisado aquellos parajes había terminado malherida. “Lucifer”, el implacable asesino con fama de no fallar nunca, había sido derrotado en sus dos últimas actuaciones. La moraleja era palmaria: sus días de asesina a sueldo habían llegado a su fin.

El lunes por la mañana se presentó en el gimnasio, pero no para trabajar, sino para comprarlo. Se convirtió en la propietaria del “Alirón” y se deshizo de todo lo que la relacionara con “Lucifer”, incluido el apartado de Correos.

Era consciente del peligro que representaba perdonar la vida a Vicente Valladar, el tipejo que había descubierto su doble identidad. Pero ya que el sujeto resultaba tan difícil de matar y como también ella conocía un secreto de Vicente, su faceta de vendedor de drogas, Lucía decidió continuar con su nueva vida a pesar del riesgo de dejar un cabo suelto.

El cabo suelto abrió los ojos en el instante en que el reloj de la iglesia de San Pablo dio la primera campanada de las cuatro de la mañana del domingo. Se llevó las manos a su dolorida cabeza y se frotó enérgicamente la frente. El áspero tacto de los guantes de goma pareció ejercer en él un efecto revitalizador. Se puso en pie y, pese a que no veía tres en un burro, echó a andar con paso ligero, como si tal cosa, hasta que se dio de narices contra una pared y cayó de culo al suelo.

Volvió a incorporarse después de unos cuantos quejidos. Esta vez anduvo con mucha más precaución, con los brazos extendidos por delante para detectar posibles obstáculos. Al cabo de tres minutos logró salir a la calle.

Montó en su coche y circuló marcha atrás a lo largo de todo el camino de Arroyoscuro. Cómo evitó que su automóvil cayera al río es un misterio que escapa a cualquier explicación lógica. Sobre todo porque se olvidó de encender las luces y, mientras su coche iba hacia atrás, él mantenía la mirada fija al frente.

Accedió a la carretera de Villagallarda y condujo a la deriva y sin luces hasta que se le agotó la suerte y chocó contra un árbol tras salirse de la calzada.

Los policías que acudieron a socorrerle lo encontraron inconsciente, con la cabeza caída sobre el volante. Cuando dirigieron el foco hacia su rostro, Vicente despertó, se enderezó, hizo girar la llave de contacto, pisó los pedales, manipuló la palanca de cambios y aferró el volante con sus manos enguantadas sin que el vehículo se moviera un solo milímetro.

—¿Se encuentra usted bien, joven? —le preguntó uno de los agentes.

Vicente se volvió hacia él con una mirada estrábica y alucinada.

—¿Apichacol? —pronunció muy sonriente.

—¿A dónde dice, perdón?

—¿Achicopal?

—No le entiendo —confesó el policía y, a continuación elevó notablemente la voz—. ¡¿Habla... usted... español?!

—¿Ocachapil?

No hubo manera de sacarle una sola frase medianamente inteligible. No lo consiguieron los policías, ni los enfermeros de la ambulancia en que se le trasladó a un hospital, ni los médicos que allí le atendieron, ni los miembros del personal de la

clínica de salud mental en la que fue finalmente ingresado.

Cuando salieron a la luz sus tejemanejes en las cuentas de “Apochical”, Vicente no se enteró de que se le declaró culpable, entre otros cargos, de fraude y manipulación de documentos, ni de que le embargaron el piso y el coche, ni de que se nombró a un administrador judicial para que dirigiera la fundación. Todo esto se lo relataron Eugenia y Dimas, que le visitaban casi todas las semanas en el hospital psiquiátrico.

Pero lo cierto es que a Vicente todo lo que le contaban le entraba por un oído y le salía por el otro. O tal vez, ni siquiera llegaba a entrarle por ninguna parte.

El amanecer se hacía a un lado para dejar paso a la mañana del domingo cuando la viuda del “Garrafón” volvió en sí. Aunque sería más apropiado decir que volvió en no. No recordaba por qué razón estaba tirada sobre la hierba; no sabía a qué podía deberse el agudísimo dolor de cabeza que sufría; y no era consciente de que los miembros de su cuerpo no obedecían las instrucciones de su cerebro.

Creyó que se había puesto en pie cuando, en realidad, se quedó sentada sobre el terreno. Avanzó sobre las nalgas, con los pies por delante, como si fuera una estrella del “*Ballet del Ejército Ruso*” venida a menos. No obstante, ella pensaba que caminaba con absoluta normalidad.

Al llegar a su casa, creyó poner los pies sobre el escalón de la entrada. En realidad no puso los pies, sino las rodillas, con tal mala suerte que perdió el equilibrio, cayó hacia atrás, se dio un batacazo morrocotudo y quedó inconsciente ante la puerta de su domicilio.

Cuando volvió a despertar, se sentía como un grano de café que acaba de pasar por el molinillo. Abrió los ojos y vio un techo que no le resultaba familiar. Se dio cuenta de que estaba acostada en una cama, pero no en la suya. Se incorporó con tanto ímpetu que tiró al suelo el gotero que tenía conectado al brazo izquierdo.

—¡Rediez! —exclamó—. ¡Si estoy en un hospital! Me parece que me he cargado el chisme ese que tenía enganchado en el brazo. Seguro que ahora me echarán la bronca. ¡Pues que se hubieran esperado a que estuviese despierta para ponérmelo, demontre!

Irrumpió en la habitación una enfermera que, para sorpresa de doña Justa, lejos de molestarse por el derribo del gotero, se mostró feliz y entusiasmada.

—¡Qué alegría! ¡Se ha despertado!

—Pues sí, hace un momento —reconoció la viuda.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó la enfermera mientras recogía el gotero del suelo.

—Hecha cisco, la verdad. Como si me hubiesen dado un paliza en cada uno de los

músculos del cuerpo. Además, estoy muy confusa y tengo una sensación muy rara por dentro.

—No se preocupe. Todo eso es normal. Tumbese un momento, por favor, para que le retire la sonda.

Doña Justa iba a preguntar qué era eso de la sonda, pero enseguida supo de qué se trataba y guardó un avergonzado silencio.

—Voy a avisar al doctor —dijo la enfermera cuando concluyó las operaciones— y a los de Administración, para que llamen a sus hijos y les den la buena noticia.

—Pero, ¿es que llevo mucho tiempo aquí? —preguntó la viuda desconcertada.

—¿No se acuerda?

—Me acuerdo de que salí de casa ayer por la noche...

—¿Ayer? —le interrumpió la enfermera, extrañada.

—¿No fue ayer?

—No, señora; no pudo ser ayer. Lleva usted aquí mes y medio.

—¡Mes y medio! ¡¿He estado mes y medio dormida?!

—La mayor parte del tiempo sí. Ha tenido periodos de semiconsciencia, pero despierta, despierta, lo que se dice despierta, no lo ha estado hasta este momento. Voy a informar al doctor y, de paso, a preguntarle si le puedo traer algo para desayunar, que seguro que tendrá usted ganas de comer a la manera tradicional.

En cuanto volvió a quedarse sola, la viuda de Daza se esforzó en repasar meticulosamente lo que le había sucedido. Recordaba el vehículo desconocido que vio llegar a Arroyoscuro aquella noche; la misteriosa figura humana que se adentró en el barrio poco después; el cuchillo junto a la casa de Palomero; la ventana completamente abierta; ruidos en el interior; un tremendo golpe en su cabeza y el blanco techo de la habitación del hospital en la que se encontraba.

A pesar del hueco tan importante que quedaba en su reconstrucción de los hechos, doña Justa llegó a una conclusión: había sido víctima de una trampa tendida por el cascaciruelas. El muy ladino la atrajo a su residencia y, en cuanto la tuvo a tiro, le arreó un estacazo fenomenal.

El debilitado cuerpo de la viuda empezó a recuperarse a toda velocidad gracias a la energía que le insuflaba el odio visceral hacia su vecino.

De pronto, sonó un gran estallido y tembló toda la habitación. Doña Justa abandonó la cama y caminó hacia la ventana con mucho cuidado, pues sus piernas parecían haber olvidado en qué consistía la acción de andar. Abrió la ventana, se asomó al exterior y contempló una gigantesca nube de polvo que se elevaba a menos de cien metros del hospital.

—Éste ha sido fuertecillo, ¿eh? —dijo una voz a su derecha.

La viuda se giró y vio a un individuo calvo, con ojos vidriosos y una enorme nariz rugosa de color lila, ataviado con un camisón blanco igualito al que ella vestía.

—El petardazo —aclaró el sujeto ante el mutismo de la dama—. Ha sido de los potentes, ¿no le parece?

—No sé qué decirle. Es el primero que oigo.

—Ah, es usted nueva —dedujo el calvo.

—No, señor. Llevo aquí mes y medio.

—¿Y no ha oído ninguna explosión? Tendrá usted un sueño a prueba de terremotos, porque llevamos toda la semana con seis o siete bombazos al día.

—¿Sabe usted a qué se deben esas explosiones?

—A las obras —respondió sorprendido por la ignorancia de la mujer—. Ahí enfrente van a construir un montón de casas. Un barrio nuevo, prácticamente. Según se ve, han dado con un suelo muy duro y necesitan usar explosivos para excavar el hueco donde irán los cimientos.

—¿Pero cómo es posible que utilicen explosivos tan cerca del hospital?

—Qué cosas tiene, señora. No creo que haya ningún peligro. La de estudios geológicos que habrán tenido que hacer los constructores para que les concedan el permiso pertinente para empezar con las voladuras. A ver si se cree que van a ponerse a reventar el terreno así como así.

—Pues le advierto que el suelo y las paredes de mi habitación han temblado como si fueran a venirse abajo.

—No exagere, buena mujer. Ha sido un temblorcillo sin importancia —declaró haciéndose el machote.

—Oiga, ya que estamos en confianza, ¿me puede usted hacer un favor?

El narizotas observó a la viuda con interés. No la encontraba especialmente atractiva pero, considerando que era la única mujer que se le ofrecía en los últimos diez o veinte años, decidió no dejar pasar la oportunidad. Alzó la ceja derecha, se relamió lentamente el labio superior, lanzó a la viuda una sonrisa y un guiño simultáneos y le dijo:

—Pide por esa boquita, tesoro.

—¿Podría decirme qué hospital es éste?

El calvo se quedó mirándola, boquiabierto y turulato.

—El de Villagallarda —dijo por fin—. Es el hospital de Villagallarda.

El afán de venganza actuaba en las venas de doña Justa como un fabuloso reconstituyente. Con cada latido de su corazón se sentía un poco más fuerte.

Había dos puertas en la habitación, además de aquélla por la que entrara y saliera la enfermera. Le satisfizo descubrir que una de ellas era la del baño. Pero le satisfizo mucho más encontrar detrás de la otra un armario en el que alguien había depositado ropa de la propia viuda. Supuso, acertadamente, que alguna de sus hijas se había preocupado de traerle ropa limpia para el día en que le dieran el alta, y le alegró hallar junto a las prendas un bolso con su cartera y sus documentos.

Frente al hospital, una alta valla impedía el paso al terreno donde se llevaban a cabo las voladuras. Doña Justa caminó en paralelo a la valla hasta que encontró

abiertas las amplias puertas de acceso para camiones. Como nadie le salió al paso, la viuda entró en el solar como Pedro por su casa.

Pronto descubrió que no era la única persona ajena a las obras que allí se encontraba. Seis jubilados charlaban animadamente con un joven tocado con un flamante casco blanco, y la viuda de Daza se acercó a ellos.

Los jubilados pugnaban por narrar las más gloriosas hazañas de sus días como ferrallistas, albañiles, encofradores o peones de obra, mientras el más joven trataba de meter baza e impresionarles refiriendo los modernísimos artilugios de tecnología punta que utilizaba su empresa, “Iniciativas Empresariales Chamorro Sociedad Anónima”, como podía leerse en el rótulo impreso en su casco.

Doña Justa empezaba a perder el interés por el grupo cuando un giro en la conversación hizo que su organismo se estremeciera de placer. Se discutía acerca del material explosivo que se estaba empleando en las voladuras, y los jubilados se negaban a creer las maravillas que relataba el del casco, a la sazón, Supervisor Encargado de esta fase de las obras.

—Como lo oyen —aseguraba pomposo—. No hacen falta detonadores, ni temporizadores, ni metros y metros de mecha.

Los incrédulos veteranos calificaron tales palabras como sarta de tonterías, patraña sin pies ni cabeza, y otra serie de lindezas que apenas podían entenderse dado que se empeñaban en hablar los seis al mismo tiempo.

—Créanme, es lo ultimísimo en explosivos —insistía el encargado—. Se trata de un invento japonés que lleva incorporado en el mismo cartucho el detonador y un mecanismo de relojería de alta precisión.

Los jubilados dejaron de replicar. Por lo visto, creían a los japoneses capaces de fabricar cualquier clase de disparate.

—Eso habría que verlo —dijo, de pronto, una desafiante voz femenina desde detrás del grupo—. Mi difunto marido era experto en explosivos —mintió doña Justa cuando todos se volvieron hacia ella y la observaron con el desprecio que merece cualquier advenedizo—, y estoy segura de que habría puesto en duda lo que dice este joven.

Los seis veteranos arremetieron con nuevos bríos contra el encargado, rearmados por la indiscutible autoridad de la viuda de un experto en la materia.

—Está bien, está bien —se rindió el del casco—. Voy a enseñarles los cartuchos. Aguarden un momento —añadió de forma innecesaria, pues aquellos ciudadanos no tenían intención de ir a ninguna otra parte hasta la hora de comer.

El encargado regresó al pronto con dos cilindros de color naranja, gordos como mortadelas y de unos treinta centímetros de largo. Entregó uno al grupo de jubilados y alzó el otro ante ellos como si fuera el cirio pascual.

—Aquí lo tienen —anunció con tono ampuloso—: el “Pumbamatic”. El explosivo más avanzado y seguro del mercado. ¿Ven el botón rojo que hay en uno de los extremos, protegido por una cápsula de cristal? Es el activador. Al oprimirlo, dispara

el mecanismo de relojería que, cuando transcurran cinco minutos, hará estallar la carga explosiva.

—¿Así de sencillo? —preguntó el caballero que, en ese momento, sostenía el otro cartucho.

—Como se lo cuento —declaró, orgulloso, el del casco y pasó a ofrecerles una demostración—. La cápsula de protección se retira fácilmente. —Tiró de ella con todas sus fuerzas pero no consiguió sacarla. Lo intentó primero con la mano derecha, después con la izquierda, luego con ambas mientras sujetaba el cartucho entre las rodillas y, finalmente, con los dientes.

—¿No irá a rosca? —sugirió uno de sus espectadores.

El encargado hizo girar la cápsula de cristal y ésta cedió tras un leve chasquido.

—Coño, pues es verdad —reconoció el joven y prosiguió con la demostración—. El botón activador hay que oprimirlo con fuerza pues, de lo contrario, no llega hasta el fondo y no inicia el mecanismo de relojería. —Apretó enérgicamente el botón rojo hasta que lo hizo desaparecer dentro del cilindro. —¿Lo ven? Si no se hunde por completo vuelve a salir y el mecanismo no se pone en marcha.

—¿Cuánto tiempo has dicho que tarda en explotar? —inquirió el sujeto que examinaba ahora el otro cartucho.

—Cinco minutos. Tiempo más que suficiente para que el operario se retire hasta la zona de seguridad sin necesidad de apresurarse.

—¿Son muy caros estos artefactos? —quiso saber otro de los jubilados.

—Bastante, porque no se trata de un simple cartucho, sino de un auténtico sistema explosivo plenamente integrado. Claro que, a nosotros —les confió bajando la voz—, nos salen a buen precio porque somos los distribuidores oficiales exclusivos del “Pumbamatic” en toda la península ibérica. Esto se lo comunico por si se diera el caso de que ustedes conocieran a alguien que pueda estar interesado en adquirir el producto. No duden en decirles que se pongan en contacto con “Iniciativas Empresariales Chamorro”. Como les comentaba hace un ratito, también distribuimos los materiales de construcción más modernos que se fabrican hoy en día en todo el mundo.

—Oye, chaval —le interrumpió uno de los jubilados—; ¿los petardos estos son muy potentes?

—Ya lo creo. ¿Han presenciado ustedes la detonación que ha tenido lugar hace un rato? Pues se ha empleado en ella un único cartucho de “Pumbamatic”. —Hizo una pausa para que sus oyentes expresaran admiración y continuó. —La carga explosiva es una receta ultrasecreta de los fabricantes nipones que convierte a estos petardos, como usted los llama, en los más efectivos del mercado. Mientras que, gracias a su ingenioso mecanismo, son también los más seguros.

—Hablando de seguridad —terció otro de los presentes—; ¿cómo se detiene el relojillo interno para que el barreno no estalle?

—Ah, no, no; eso es imposible, señor mío. Una vez puesto en marcha, el

mecanismo de relojería no se puede desactivar. Piense que, si quisiéramos volverlo a utilizar, no sabríamos con exactitud de cuánto tiempo dispondríamos.

—Entonces, si lo he entendido bien —se explicó el jubilado—, después de quitar la capucha y apretar el botón rojo hasta el fondo, no queda más remedio que soltar el petardo y salir corriendo.

—No es necesario salir corriendo —le corrigió sonriente el encargado—. Recuerde que dispone de cinco minutos antes de que se produzca el estallido.

—Pues a ti ya solo te quedan tres, pipiolo.

El joven contempló horripilado el cartucho que sostenía en su mano. Su rostro se volvió súbitamente tan blanco que no se distinguía del casco. Giró sobre sus talones y salió disparado hacia la zona de voladuras portando el “Pumbamatic” cual si fuera la antorcha olímpica.

Los seis jubilados contemplaron su carrera con atención.

—No tiene mal estilo el muchacho —juzgó uno de ellos.

—¿Tú crees? A mí me parece que le pesa el culo —criticó el segundo—, y levanta muy poco las rodillas.

—Es cierto —corroboró el tercero—. Se ve que le da mucho a la lengua pero poco al músculo. Con ese ritmo que lleva, no le va a dar tiempo a llegar al foso.

—¿Cómo que no? —rebatió el cuarto—. Si le quedan más de dos minutos.

—Ya, pero para mí que va perdiendo fuelle —apreció el quinto.

—Pues, si no llega —vaticinó el sexto—, quedarse aquí no creo que sea muy recomendable.

—También es verdad —admitieron los demás a coro.

En cuestión de segundos, desaparecieron los seis jubilados, desapareció la viuda y desapareció el otro cartucho de “Pumbamatic”.

Tan ansiosa estaba doña Justa Galopín por personarse en Arroyoscuro, que contravino sus ahorrativos principios y tomó un taxi en Villagallarda.

Ni siquiera pasó por su casa, sino que pidió al taxista que la dejara al final del camino. Descendió del vehículo y, con el explosivo escondido bajo la ropa, contempló el edificio número cuatro del barrio. Observó que había desaparecido la aglomeración de cachivaches inservibles que bordeaba parte de la parcela.

—Caramba, cascaciruelas —susurró—; por fin te has deshecho de tu colección de trastos.

Atisbó los alrededores y las ventanas de la casa y, cuando se creyó a salvo de miradas ajenas, se dirigió con paso decidido hacia su objetivo.

Se situó junto a la pared que no podía verse desde el camino y sacó el cartucho de “Pumbamatic”. Permaneció inmóvil unos instantes, mientras imaginaba los resultados de su plan. No estaba segura de si prefería que Palomero estuviese dentro del inmueble o que se hallara ausente y, a su regreso, encontrara su residencia

convertida en un montón de escombros. Decidió que le daba lo mismo. Si el cascaciruelas escapaba a la muerte por no hallarse dentro de su casa cuando ésta volara en mil pedazos, tal vez palmara del disgusto cuando contemplase los restos de la explosión. En cualquier caso, él había intentado liquidarla de un porrazo, así que no era cosa de andarse ahora con miramientos.

Retiró la cápsula de protección, oprimió el botón hasta el fondo, depositó el cartucho en el suelo, apoyado contra la pared, y emprendió el camino hacia su domicilio a paso ligero.

A mitad del trayecto descubrió que había un grupo de personas ante la puerta de su residencia. Enseguida se percató de que se trataba de sus cuatro hijos.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó cuando llegó junto a ellos.

—¿Que qué hacemos, madre? —replicó Valentín—. ¿Qué vamos a hacer? Buscarla a usted como locos.

—Nos han llamado del hospital —expuso Casilda— para decirnos que se había usted escapado sin dar explicaciones ni esperar a que le dieran el alta.

—Hemos revuelto Roma con Santiago —le secundó su hermana Basilia— para averiguar a dónde había ido, madre.

Doña Justa se dejó besar por sus vástagos sin mostrar ningún entusiasmo.

—Pues ya veis lo lejos que me he ido, bobalicones —les dijo—. Pero no os quedéis aquí, en la calle. Entremos en casa para celebrar que ya estoy repuesta del todo.

Su hijo menor, Genaro, le salió al paso y se abrazó a su cuello.

—¡Qué alegría tan grande, madre! —exclamó emocionado—. Ya nos advirtieron los doctores que solo era cuestión de tiempo, porque no tenía usted lesiones internas. Pero no sabe las ganas que teníamos de verla por fin despierta. —La abrazó con más fuerza y se lió a darle besos.

—Vale, vale, Genarín —protestó la viuda—. Suéltame ya y vamos para dentro, que también me puedes demostrar tu cariño a puerta cerrada, digo yo.

Ahora fue Casilda quien se interpuso en su camino.

—Hay que ver, madre, la sorpresa que nos ha dado. ¿Cómo se le ocurre venirse sola, sin esperar a que fuésemos a buscarla? Y nosotros que pretendíamos sorprenderla a usted con un regalo cuando se restableciera.

—Mira qué majos. Pero mejor entramos en casa y me dais el regalo sentaditos en el salón, ¿no os parece? —les apremió doña Justa.

—Es que no se lo va usted a creer —le advirtió su primogénito—, pero hemos conseguido hacer realidad un sueño que usted y nuestro padre, que en Gloria esté...

—Entonces estaréis muy cansados —le interrumpió su madre—. Seguro que os viene bien un refresco. Vamos a ver si tengo algo de beber en la nevera, ¿eh?

Hizo amago de alcanzar la puerta pero Basilia se lo impidió al sujetarla de un brazo.

—Aguarde, madre. Lo que queremos decirle es que hemos comprado entre los

cuatro la casa del señor Palomero.

La viuda del “Garrafón” se quedó de piedra, con la boca abierta y la misma expresión de espanto que habría puesto al toparse con su propia esquila en el periódico.

—¿Qué le parece, madre? —le preguntó su benjamín, muy contento—. ¿A que no se lo imaginaba?

—Resulta que don Facundo —intervino Casilda, siempre dispuesta a ofrecer información— se compró la librería “Perduela” y un piso muy cerca, en la misma calle, y nos ofreció comprarle la casa porque sabía que estaba usted interesada en ella.

—No dice usted nada. ¿Es que no le hace ilusión? —le preguntó Valentín.

Doña Justa permaneció estática, mirando al horizonte con gesto de desolación. De pronto, tragó saliva, dejó escapar un larguísimo suspiro, agachó la cabeza y habló.

—Tierra, trágame —fueron las palabras que pronunció, pero que ni ella misma pudo oír, pues coincidieron con una potentísima explosión que quebró repentinamente la tradicional quietud que reinaba en el remanso de paz que era el barrio de Arroyoscuro, en Quintana Salceda.